V. SUÁREZ
PRECIADOS 48
MADRID

COLECCION DIAMANTE

47

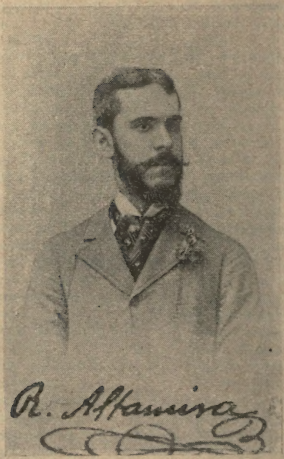
COLECCIÓN DIAMANTE

TOMOS PUBLICADOS

R. de Campoamor:

1.—Doloras, 1.ª serie.
2.—Doloras, 2.ª serie.
3.—Humoradas y Cantares.
4.—Los Pequeños poemas, 1.ª serie.
5.—Los Pequeños poemas, 2.ª serie.
6.—Los Pequeños poemas, 3.ª serie.
7.—Colón, poema
8.—El Drama Universal, poema, 1.r tomo.
9.—El Drama Universal, poema, 2.º tomo.
10.—El Licenciado Torralba.
11.—Poesías y Fábulas 1.ª serie
12.—Poesías y Fábulas 2.ª serie
13.—**E. Pérez Escrich:** Fortuna, historia de un perro agradecido.
14.—**A. Lasso de la Vega:** Rayos de luz.
15.—**Federico Urrecha:** Siguiendo al muerto
16.—**A. Pérez Nieva:** Los humildes.
17.—**Salvador Rueda:** El gusano de luz.
18.—**Sinesio Delgado:** Lluvia menuda.
19.—**Carlos Frontaura:** Gente de Madrid.
20.—**M. Melgosa:** Un viaje á los infiernos.
21.—**A. Sánchez Pérez:** Botones de muestra.
22.—**J. M. Matheu:** ¡Rataplán!
23.—**Teodoro Guerrero:** Gritos del alma.
24.—**T. Luceño:** Romances y otros excesos.
25.—**L. Ruiz Contreras:** Palabras y plumas.
26.—**R. Sepúlveda:** Sol y sombra, prosa y verso.
27.—**J. López Silva:** Migajas
28.—**F. Pí y Margall:** Amadeo de Saboya.—Juan de Mariana—Don Juan Tenorio
29.—**E. Pardo Bazán:** Arco iris, cuentos.
30.—**E. Rodríguez-Solís:** La mujer, el hombre y el amor.
31.—**M. Matoses (Corzuelo):** ¡Aleluyas finas!
32.—**E. Pardo Bazán:** Por la España pintoresca (viajes).
33. } **A. Flores:** Doce españoles de brocha gorda.
34. }
35.—**J. Estremera:** Fábulas.
36.—**E. Pardo Bazán:** Novelas cortas.
37.—**E. Fernández Vaamonde:** Cuentos amorosos.
38.—**E. Pardo Bazán:** Hombres y mujeres de antaño. (Semblanzas.)
39.—**Javier de Burgos:** Colección de cuentos, cantares y chascarrillos.
40.—**Emilia Pardo Bazán:** Vida Contemporánea. (Costumbres).
41. } **Jacinto Labaila:** Novelas íntimas.
42. }
43.—**Francisca Sarasate de Mena:** Cuentos vascongados.
44.—**F. Pí y Margall:** Diálogos y artículos.
45.—**Charles de Bernard:** La casa de los amantes.
46.—**Eugenio Sué:** La Condesa de Lagarde.
47.—**Rafael Altamira:** Novelitas y cuentos.

2 rs. tomo.


R. Altamira

LS
A4657n

RAFAEL ALTAMIRA

y Crevea

NOVELITAS

Y

CUENTOS

266316
30 3 32

BARCELONA
ANTONIO LÓPEZ, EDITOR, LIBRERIA ESPAÑOLA
RAMBLA DEL CENTRO, N.º 20

A. López Robert, impresor, Asalto. 63.

ADVERTENCIA

La presente colección de novelitas y cuentos, comprende obras escritas en distintas épocas y que responden, por lo mismo, á estados diferentes en el ideal literario del autor. En vez de buscar una falsa y artificiosa unidad, se ha dejado á cada obra su carácter, sin corregir más que los descuidos de mayor bulto y las erratas de imprenta casi inevitables. Los lectores verán al pié de cada composición la fecha en que fué escrita y que, á veces, precedió bastante á la de su publicación. El autor comenzó á cultivar este género siendo un adolescente, y ahora dedica su atención á otra clase de escritos que han afirmado el prestigio de su nombre en España y en varias naciones extranjeras.

UN BOHEMIO

(Á MI BUEN AMIGO SANMARTÍN Y AGUIRRE)

O ma jeunesse, c'est vous
qu'on enterre!

H. MURGER

I

De cómo se formó aquel carácter, él no podía darse cuenta exacta. Poco á poco, á traición, cautelosamente, se había mostrado en él, le había vencido. La edad pudo mucho; tal vez las melancolías inherentes á ella y el afán de gloria, que le consumía hasta el punto de engendrar el desaliento con frecuencia; quizá las lecturas tuvieron no poca culpa en el asunto.... Pero el hecho era que Martín....

Martín había llegado á la capital á los quince años, con la mente llena de ilusiones y la voluntad de buenos propósitos. Le habían enviado á estudiar una carrera: la estudiaría.

Él era campo fácil á todo cultivo, por lo virgen. Apenas si allí habían arraigado esas nociones primerizas que se dan en los institutos torciendo las inteligencias. Por lo demás, mucha intuición, comprensión rápida y fácil de las cosas, pero todo al natural.

Por eso prendieron tan fácilmente las ansias filosóficas en aquel ánimo joven, y con ellas el ardimiento de sectario, el amor á la controversia, el deseo de la lucha dialéctica siempre pronta á llevarse un trozo de la piel del contrario. Aquella primera época de Martín fué de entusiasmo, de pasión, de ceguedad propagandista. Rebosó del corazón el fanatismo con la entereza del apasionamiento, y salió á la boca en frases arrebatadas, enérgicas, la bella frase de la juventud, verbosa, contundente, espontánea, mezcla de retales parlamentarios y riñas de escuela, todo amasado con una fe grande, bastante á oscurecer la ignorancia que se mostraba, como un vacío, el fondo de tanto discurso; vacío que apenas si llenaba la pedantería de buena fe, tan inherente á esas imaginaciones meridionales, ricas en facundía.

Entonces conocí yo á Martín. Era un muchacho alto, espigado, de formas varoniles, muy elegantes, pero delgado, pálido, con los ojos

un poco ribeteados de esa mancha oscura de los insomnios. En el fondo de su mirada había algo brillante, una luz viva que pugnaba por salir afuera y mostrarse en todo su explendor. A veces, los ojos se abrían desmesuradamente y parecían mirar con aire de desafío; pero en seguida venía la sonrisa, la eterna sonrisa que fué por mucho tiempo nota distintiva de Martín y que lo borraba todo con su dulzura. Desde el primer momento me fué simpático aquel mozo. Le ví andar los claustros de la universidad siempre hablando, discutiendo y casi siempre haciendo el examen de un libro nuevo. Por allí se decía que era Martín muy trabajador y muy activo, y hube de convencerme de ello. No sé cómo, al fin, nos encontramos un día, y desde entonces fuimos amigos, de tal modo que yo le preferí á muchos de mis compañeros, aquellos que comenzaron conmigo los estudios y habían de terminarlos conmigo aquel año mismo. Martín, por su parte, se aficionó de tal modo á mí, que no sabía ir con otro alguno. Conseguimos que nos llamasen los *inseparables*.

Lo dijeron con razón, porque una vez penetrado el carácter de aquel niño que empezaba á ser hombre, había que quererlo. El era sobrado franco, dejaba transparentar todo

lo que sentía; y pude observar que el fondo de aquel carácter era *estético* puro, que todos sus entusiasmos iban hacia el lado, no el más verdadero, sino el más bello de las cosas, ó el que á él se le antojaba más bello, por una tendencia de su temperamento meridional que le inclinaba á lo deslumbrador, lo fuerte, lo enérgico, lleno de luz y calor y vibración. Esa tendencia fué la que destruyó todo el porvenir, toda la impulsión de actividad de Martín que, bien dirigida, hubiera producido grandes resultados. De ella procedía aquel como instinto romántico que guiaba todos sus actos, aquel amor á lo triste, aquellas melancolías que él mismo se buscaba, y aquellos entusiasmos que le enardecían.

Por algún tiempo, este mismo estado de entusiasmo mantuvo enérgica su voluntad. Trabajaba con ardor, sin descanso, aguijoneado, más que detenido, por los desengaños con que tropezaba. Pero lentamente aquel carácter iba volviendo por su pureza. En el primer año, Martín fué muy político y un tanto filósoto. En el año segundo le ví periodista. Aquel año trabajó mucho, y empezó á disgustarse de la prosa de sus estudios.

—No puedo con ellos,—me decía.—Ese formularismo del derecho me mata.

Por lo demás, estudiaba como ninguno de nosotros. En todo el día apenas si se dispensaba una hora ú hora y media de descanso, que me dedicaba, tanto en el año en que yo fuí estudiante, como luego, al encontrarme hecho un letrado con bufete abierto.

En el tercer año de sus estudios, cambió de vida.

Ya no discutía en los claustros ni figuraba en redacción alguna, pasado el entusiasmo, propio de jovenes, de verse halagado por la publicidad. ¡Oh! Aquello de ser periodista á los diez y seis años era demasiado.

Se reconcentró su carácter y mudó de conducta. Salía poco de casa. Muchas veces se me ocurrió ir por él y negarse á dejar sus libros: otras, en cuanto me veía respiraba satisfecho, se colgaba de mi brazo y me llevaba de calle en calle hasta las afueras, el campo, el campo verde y lozano que á él le entusiasmaba mucho.

En estos paseos comenzaba por hablarme de sus lecturas: era una rociada de nombres de autores, títulos de libros, argumentos, planes, consideraciones y teorías. Tenía especial aptitud para calificar las obras, y sus comentarios eran brillantes, deslumbradores, á veces cubriendo un pensamiento original. Pero

en el fondo de todo aquello notábase algo de cansancio, como si faltase á Martín un elemento esenciál de vida, cuya falta procuraba cubrir con arrebatos de elocuencia más bella de forma que profunda de fondo.

Sabía muchas cosas raras que muy contados á su edad conocían: en cambio, de la vida práctica, ¡cuán poco se le alcanzaba! Caía á lo mejor en errores que me asustaban.

Al fin, tanta hermosa idealidad iba á dar en un romanticismo, si templado por cierto dejo razonable, muy vivamente sentido y expresado sin pedantería.

Hablaba de amores, de unos amores que él se fingía y á los que adornaba con todas las galas que una imaginación poética y joven presta para tales casos. Sabiendo que todo aquello era mentira, pura creación suya, había momentos en que parecía verdad. Martín hasta llegaba á creer y convencerse de su mentira, y gozaba en ella á falta de otra cosa.

Yo solía decirle:

—Pero, hombre, busca novia y tendrás todo eso que sueñas.

Y él, mirándome con algo de burla, pero muy convencido de la certeza de su afirmación, contestaba:

—¿Novia? No puede ser. No me entienden.

Y además, tengo mala suerte, chico, muy mala.... Figúrate que una vez....

Y allá iba una historia de amores larguísima, rebosando detalles que á la legua se conocían por añadidos, pero que Martín no sabía desprender de su relación. Dejándose llevar de aquel fantaseo, mezclaba peripecias, delineaba caracteres, desentrañaba intenciones, hacía retratos, bosquejaba paisajes, muy minucioso todo, perfectamente dicho, con calor, pero con frase llana, sin rimbombancias ni adjetivos cursis de periódico chirle. A la postre, concluía por sonreir él mismo y hacer el resumen en esta frase, que le coloreaba el rostro:

—En fin, que me dió unas solemnes calabazas.

Durante este período, apenas figuró en los actos públicos de los estudiantes, ni en sociedades, ni en periódicos; y eso que ya le buscaban sus compañeros. Tenía una preocupación: «¡Que no hablaba bien! No señor. ¡Que no sabía hablar!» En cambio, avanzó prodigiosamente en sus conocimientos: con mayor práctica y más tacto, escogía ya las lecturas, y noté que en pocos días sus ideas daban un salto enorme, abriéndose nuevos horizontes y desflorando hermosos campos de investiga-

ción. Los estudios filosóficos había ido dejándolos á un lado: solo acudía á ellos rara vez. Su actividad se inclinó del lado que le era natural: se fué al arte, á la literatura.

Por aquellos días hizo Martín nueva amistad con un muchacho madrileño muy entendido en eso de literatura y lector asiduo de revistas y de novelas. Martín había leído, en punto á novelas, todo el repertorio romántico, de folletín y *por entregas*. Las pullas y desprecios del nuevo amigo, naturalista fanático—«porque, desengáñese V., novelas como las naturalistas, no hay otras»—picaron á Martín, que se propuso saber de aquel género, nuevo para él, y de aquellas teorías que el otro le trasladaba á grandes rasgos, con tonillo de maestro y con más suma de nombres que de razones.

Hecha ya la resolución, en dos meses se puso Martín en condiciones para estudiar á fondo las cuestiones estéticas y algo de historia de la literatura: parecía mentira aquel poder de asimilación que tenía el mozo para considerarse como en su casa apenas traspasaba los umbrales de un sitio desconocido antes para él. Sabía generalizar muy bien, y eso le daba gran precio en sus estudios. En fin, que le ví en camino de hacerse *concienzuda-*

mente un literato. Por lo pronto, aquellos entusiasmos se dirigieron rectamente á encender en él un amor vago, pero fuerte, á la belleza, «la belleza toda, eterna, de todas las cosas; lo bello general, en una palabra», que decía él. Estuvo á dos dedos de un panteísmo artístico.

Como era buen colorista en esto del lenguaje, eran de oir las descripciones de la naturaleza que hacía en cuanto salíamos á la huerta, fijándose en unos detalles que parecía imposible detuviesen su atención, encontrando relaciones y golpes de efecto en cosas al parecer insignificantes, y dorándolo todo con su palabra de fuego, brillante, que fijaba los cuadros y parecía tener toda la luz de aquel cielo limpio y aquel sol rojo del mediodía.

Terminaban estos arrebatos cayendo Martín en un silencio triste, obligado por el dolor de cabeza que le atenaceaba, y quizás, quizás, por algún pensamiento doloroso que le producía aquella excitación.

En este estado, cuando volvíamos á la ciudad callados, como saboreando todo lo hablado, solía él murmurar cosas que yo no entendía muy bien, pero que él mismo me explicaba en los últimos momentos, al despedirnos en la entrada del puente Mayor según teníamos por costumbre.

Allí nos deteníamos un momento gozando del paisaje que se nos ofrecía á los ojos. Martín solía hacerme fijar en él. Iba notando la sucesión de los puentes tendidos sobre el río, cuya agua corría silenciosa, bordeando los planteles de álamos y reflejando la última luz anaranjada del sol, que llegaba muy oblícua, filtrándose entre el ramaje de los árboles; luego la huerta, verde, hermosa, coronada por las torrecillas de las alquerías; y en el fondo de todo, la masa gris de la ciudad con sus campanarios, altos, esbeltos, destacándose sobre el arrebol del crepúsculo, y la cúpula de un palacio cuyas tejas doradas y azules brillaban vivamente.

Después de hablar de todo aquello, Martín decía, estrechándome la mano y embozando su pensamiento en una frase de broma:

—¡Qué bonito sería esto con una chica al lado! ¿Eh?

¡Ya lo creo! Los entusiasmos de Martín siempre tenían el mismo final.

II

De pronto, varió Martín. En cierta época de la vida, la continuidad y multiplicidad de emociones nuevas producen cambios bruscos.

Los jovenes, á cada paso, según van adquiriendo conocimiento de la realidad, rica y hermosa en su plenitud que nadie llega á poseer, ven de muy distinto modo y con aspecto diferente ese mundo que aún no pueden apreciar en su totalidad, y que admiran en detalle con toda la pasión y exclusivismo de la parcialidad de miras.

Martín, indudablemente, tuvo por entonces alguna de esas adivinaciones súbitas, ó quizás fué un capricho de los que mueven á su antojo las voluntades tiernas. Ello es que abandonó su vida á lo Juan Jacobo y se dió al mundo. Por supuesto, con reserva, muy poco á poco; pero de todos modos, señalando un gran triunfo para lo que de él era de sospechar.

Apareció de improviso á los comienzos de un otoño que había de ser para él de imperecedero recuerdo. Llegó alto, robusto, fuerte, atezado el rostro por el choque rudo y sano de los aires de la montaña. Había pasado el verano en la parte alta de la provincia, y el trato íntimo con la naturaleza franca, no la mistificada de las ciudades, había despertado en él toda la parte física que aparecía como ahogada por el desarrollo casi patológico de las energías intelectuales.

Fué cosa de júbilo entre los compañeros.

Martín acudió á los cafés, á las reuniones, allí donde había juventud, calor, vida, locura de vida, embriaguez de primavera y vientos de salud. Vistió, por primera vez, irreprochablemente á la moda, con cierta presunción que se notaba á la legua, pero sin llevar mal los trajes. El lado bromista, decidor, crítico y hasta satírico de su inteligencia, se desenvolvió ricamente. *El ilustre senado* de estudiantes que tenía su centro en el café de Santa Catalina, aplaudió aquella inesperada adquisición de un miembro más, que ponía al servicio de la santa causa de la juventud todas sus fuerzas. Llegó á plantar bandera de jefe. Aquella amabilidad proverbial suya, aquella sonrisita, el buen conocimiento de las formas sociales que se apropió en seguida, su palabra ligera, elegante, dulzona y un si es no es amiga de discreteos á la usanza de nuestro pueblo del siglo de oro, le conquistaron plaza de *leader* (eso es, *leader*, que decía él) en aquellas reuniones que el mismo Martín asimiló, en su afán de dar tono poético á todo, con el *cénacle* bohemio de que habla Murger.

Teodoro Rafael, un mediquillo *in partibus* que representaba en el ilustre senado la parte escéptica y predicadora, dijo á este propósito:

—Es un *leader*, sí, pero teórico.

La frase hizo efecto, y desde entonces á ninguno quedó duda de que Martín era un joven ... teórico. Es decir, que hablaba mucho, y lo que es en palabra parecía capaz de muchas cosas. «*En el terreno de la práctica*, —que decía Rico Muñoz, un legista de tercer curso,—en el terreno de la práctica, aun no se atrevía Martín.»

—Igualito que Castelar,—apuntó Teodoro. —Desengañaos: igualito que el gran tribuno.

Rico Muñoz, castelarista furibundo, salió á la defensa, y hubo discusión para cuatro días. Pero al fin, quedó por axiomático en los círculos estudiantiles que Martín era joven teórico. Y lo que es al médico no había quien le apease de que Martín era «un Castelar del placer, un teórico, vamos.»

Y hubo quien repitió la frase muy convencido de ella.

En verdad, el *leader* aquel sería todo lo que al mediquillo se le antojase, pero de fijo se hizo imprescindible en el ilustre senado. Pocos, entre los muchos de aquella juventud dorada, chispeando entusiasmo y verbosidad, tenían la potencia imaginativa que él, ni la fuerza poética de su palabra. Ni aun en el

consejillo del senado, formado de sólo ocho miembros, los más distinguidos y respetados como un poder ejecutivo, ni aun entre ellos (¡y mire V. que no eran ranas!) había uno que le pusiese el pie delante á Martín en cuanto se tocaba á idealizar de la vida, á forjar alegrías con recuerdos y esperanzas, á ver el lado poético de las cosas. Había leído más que ninguno en punto á literatura amena, y podía traer á colación infinitos nombres y citas de escenas ó capítulos que afirmaban sus opiniones; y en seguida, enlazaba tan diestramente la realidad del caso discutido con la fantasía que él recordaba, que ya no era posible saber si los hombres de que hablaba eran copia de la novela, ó la novela había salido de los hombres. Lo único porque demostró menor afición fué el verso.

«No, no es que no le gustase. Versos buenos.... gloria. Pero ¡había tantos malos! Además, él tenía mala memoria para eso.»

Lo cual daba motivo para que uno del *consejillo* (Arias, chico muy serio, á primera vista) recitase algunos trozos de Hugo y Lamartine, lamentándose, al propio tiempo, de su pícara memoria, que se hacía borrosa.

«Martín será olvidadizo,—exclamaba á cada momento;—pero lo que es él, hombre, ¡si él

llegó á saber de memoria un tomo de poesías de doscientas y pico de páginas!»

Y se preocupaba el bueno de Arias de aquella falta, y repetía entre dientes los versos, á ver si se le había olvidado alguna palabra más.

A Rico Muñoz le daba el naipe por otro punto: era siempre aquello de *el terreno de la práctica*; pero él sabía sacarle partido de cierto modo. Su prurito era saber de los amores de Martín.

—Porque tú debes tener amores, Martín. Eres el mismísimo Goethe en persona, movible é inquieto. (Rico Muñoz no había leído á Goethe. Este dato era importado de la erudición enciclopédica de Teodoro.)

Rico le preguntó una vez:

—Y ese Goethe, ¿de dónde le conoces tú?

Y Teodoro, afilándose el bigote, dijo con cierto desprecio:

—¡Ah, Goethe! Fué un médico (Teodoro no estaba seguro de si fué médico, pero no era cosa de confesarlo), un médico que descubrió un hueso de la cara. Figúrate tú, y hacía versos.... Muy enamorado, atrozmente enamorado.

—Bueno: como Martín,—observaba Rico Muñoz.—Martín hace también versos.... en pro-

sa. Pero nos hace falta un nombre.... A ver, Martín: el nombre, el nombre de tu actual dueña y señora.

Y Martín se enfadaba con las impertinencias de Rico.

—No hay nada, decía.

—*Nequaquam*,—murmuraba Teodoro.—Tú tienes algo. Digo, tú tienes siempre algo. ¿Cuántas novias has tenido desde que nos conocemos?

—Ninguna.

—Puede,—observó maliciosamente el mediquillo.—Pero á lo menos en pretensión te conozco una infinidad.

—¡Psh!

Y Martín llevaba la conversación á otro punto. Luego descargaba todo su disgusto en el seno de mi amistad, quejándose de aquellos aturdidos que le mareaban á puro impertinentes. El resultado era caer en uno de aquellos *cantos en prosa* que á Martín le sugería especialmente la vista del campo, ó simplemente las bellezas naturales, el sol, el río, las nubes, y aun algunas bellezas humanas, como verbigracia, una cara bonita ó un talle elegante.

A este propósito, se sublimaba Martín y prorrumpía en frases apasionadas, calientes,

que tan pronto tenían el azul de cielo del amor de Isolda como el rojo mefistofélico del de Fausto. ¡Qué memoria la de aquel chico! Y se quejaba de ella. Y ¡qué facilidad para traer á colación todo lo que se relacionaba con aquel punto! Allí salían todos los amores que el arte ha hecho célebres, con la particularidad de que Martín huía de las citas clásicas. Nunca le oí hablar de *Isabel* y *Marsilla* ni de *Eloisa*. A *Victoria Colonna* solía citarla. Pero, sobre todo, á las grandes figuras del arte contemporáneo. *Laura*.... no había que hablar de *Laura*, ni aun le placía mucho la *Elisa* de Lamartine. En cambio *Cosette* salía á menudo, y *Regina*, la de los *Burgraves*, un poco también. *Mimi*, *Mussete* y *Francine*, de Murguer; *Mignon*, de Goethe; y como especialidad, *Marta*, la de Palacio Valdés, eran las preferidas. «Porque él amaba eso: la *mujer de su casa*, alegre, amante, pero sin idealismos bobos.»

Y con este motivo, poniendo frente á frente de su alma la hermosa fila de aquellas mujeres soñadas del poeta, Martín, á su vez, se identificaba con cada uno de los personajes masculinos correspondientes de ellas. Pasaba del objeto al sujeto. Y con el sujeto se desbordaba su entusiasmo, su afán de amor, pero

tan perfectamente dicho y sentido, que yo llegué á sospechar si realmente Martín estaría enamorado de algo más que del amor mismo, y sobre todo sospeché que se sentía querido. El modo como se expresaba, no inducía á otra cosa. Pero no pude arrancarle nombre alguno, por entonces.

Solía hablar indeterminadamente de *una mujer;* y dando por concluído que gozaba con ella del amor, empezaba la pintura de cuadros los más hermosos que pueden caber en fantasía de joven, dorados todos por la luz tibia de la felicidad del cariño. La tendencia idealista de Martín asomaba la oreja de un modo alarmante. Martín era *Schaunard* unas veces, *Rodolfo* otras, *Octavio* el de Valdés muy á menudo.

«¡Oh, lo que es Octavio! Se sentía él capaz de hacer muchas de las extravagancias de aquel muchacho.»

Y Martín se crecía, se crecía poderosamente, bien seguro en aquel terreno, figurándose ser la encarnación magnífica de todos los *héroes* de novela que traía siempre entre manos.

Un día tuvo la imprudencia de ser más esplícito que de ordinario en el *consejillo.* Habló de todo lo que á mí solo decía, y juró y

perjuró que él era feliz y que sabía querer por veinte.

En seguida tomó la palabra el médico.

—¡Atención, señores!—gritó.—Hé aquí que el mismo Martín viene á confirmar nuestras sospechas de todos los días. ¿No decía yo que era Castelar? (Asentimiento de la mayoría.) Sí, señor, un panteista en materia de amor. ¿Qué sacais en limpio de ese discurso que acaba de improvisar? Pues que Martín se ha enamorado de una idea, de una ilusión que se ha forjado; en suma, de la mujer indeterminada, del eterno femenino, como si dijéramos.

—Eso es, del *eterno femenino*,—interrumpió Rico Muñoz, que estaba en la mesa de al lado leyendo el final de *Pot-Bouille*.

—Ruego á su señoría que no interrumpa,—dijo con seriedad cómica Teodoro.—Y si no, á ver,—añadió riendo,—que nos explique *su señoría* eso del *eterno femenino*. ¿Qué es eso del *eterno femenino?*

Rico Muñoz se puso muy colorado y fingió no oir. En verdad que no sabía él de esas monsérgas.

—¿Qué es eso?—repitió el mediquillo.

—¡Ah! Pues *Pot-Bouille*,—dijo Rico enseñando el libro.

La salida cayó en gracia y no se molestó más á Rico. Teodoro reanudó su discurso:

—Pues decía que Martín está enamorado, no de una mujer, de una Fulanita de Tal, sino de la mujer, de todas las mujeres....

—¡Ave María!—murmuró Arias.

—De todas las mujeres, cuyas perfecciones parciales han reunido en un tipo ideal. De lo cual vengo en consecuencia: Primero: de que Martín es un poeta, un idealista, un soñador, un filósofo, vamos. (Teodoro llamaba soñadores á los filósofos).

—Un bohemio,—apuntó Rico sin dejar su lectura.

—Bueno, un bohemio: es lo mismo. Segunda consecuencia: que encastillado en su idealismo, es incapaz de querer como se quiere en la tierra, de un modo positivo! y añado que en su vida ha tenido amores ni los tendrá, aunque le oigáis hablar con entusiasmo de ésta ó la otra. Tercera: que á pesar de todo esto, y aun por esto mismo, *en el terreno de la práctica* engañarán á Martín como á un chino; y le pronostico desde este señalado sitio, que se ha de casar con una cursi: sí, señores, con una burguesa, pero cursi. He dicho.

Martín, aunque acostumbrado á estos *razo-*

namientos de Teodoro, se picó un tanto. Protestó con todas sus fuerzas contra la inexactitud de aquellas consecuencias, y hasta dijo que estaba enamorado y que esta vez era de la mujer de sus sueños y de un modo irrevocable.

Todo inútil. El consejillo falló que las consecuencias de Teodoro debían ser tenidas por buenas, y, por lo tanto, condenaba á Martín á *estudios forzados* durante toda su vida, á ver si salía de él lo que todos esperaban: un hermoso ejemplar de oratoria, pero.... idealista. ¿Eh?

Martín casi riñó con los *ilustres consejeros* Y aquella misma noche me dijo al despedirnos, y bajando mucho la voz:

—A mí me sucede como al pastor de la fábula: una vez que viene el lobo de veras, no lo quieren creer. A bien que siempre vino, ó á lo menos, me pareció á mí que venía; de modo que no mentí: fué error *invencible*.

III

Sí que era cierto. Martín tenía ya su *Cosette*. Era en la calle de Américo Vespucio, el *boulevard* Vespucio que decía Teodoro, en el suburbio. La casa formaba esquina, destacando

el enlucido azulado de su fachada y la mole de sus cuatro pisos con entresuelo, de las construcciones de al lado, pequeñas y viejas, últimos restos de la calle antigua. En el entresuelo estaba *Cosette*.

Martín la conoció en el otoño de aquel año por una casualidad, en cierta reunión, la única á que él por entonces acudía. La primera impresión fué favorabilísima. Esperanza (se llamaba Esperanza) era alta, de formas muy elegantes y finas, blanca, sonrosada la cara, de facciones muy correctas aunque aniñadas aún; los ojos negros, hermosos, de mirada profunda pero inocente; el cabello negro y descuidadamente rizado por delante; la boca, pequeñísima, era de labios rojos, muy rojos, los más rojos que Martín había visto, y fruncidos con un gesto serio, de pocos amigos casi siempre. Cuando reían, cambiaba todo ese aspecto de mal humor que daba á una niña la representación de una mujer pensadora y desengañada tal vez; y esto hacía que muchos, equivocados respecto de su carácter, no la importunasen con sus galanterías sosas. Pero Martín, en cuanto la vió, se fué derecho á ella. Presintió que el secreto de aquel carácter era la sonrisa: quien pudiera hacer brotar de aquellos labios la risa de alegría, tenía la llave de aquel co-

razón apenas abierto á los efluvios de la vida y de la juventud.

¡Pero, señor, si era una niña! Era preciso andarse con pausa y muy discretamente ganar terreno poco á poco. Martín, tan rápido en formar resoluciones en este punto y planes de esta especie, se afirmó en aquél y lo puso en obra.

Y ¿cómo se hizo? Ni él lo sabía. Poco á poco, sin advertirse de ello, se encontraron unidos de modo tal que bastó una palabra para entenderse. La niña ponía en él su primer amor. Martín gozaba por primera vez de la dicha de ser querido. Cuando se advirtió de ello, estaba hecho: se le apareció de repente y lo deslumbró con sus luces hermosas, las luces de la felicidad, que en la primavera de la vida son más brillantes, más llenas de color y de ilusión.

Y se entregó por completo á aquella existencia nueva para los dos, en que todo era vislumbres rápidos de algo hermoso é imprevisto, intuiciones de goces no soñados, aspectos repentinos del mundo que se les aparecía de otro modo que hasta entonces, dejándoles aturdidos al saborear impresiones nunca sentidas, pero dominados por ellas, deslumbrados, sin comprenderlas.

El secreto de que se rodearon fué un aperitivo más para la ilusión. ¡Oh, no! Esperanza temblaba, temblaba de miedo cada vez que él, con una imprudencia de esas que se escapan á los caracteres vehementes, dejaba entrever algo delante de los demás. «¡No, por Dios!.... Su madre se enfadaría; vaya, que se enfadaría.»

Martín solía replicarle:

—Pero, tontina, si lo ha de saber al fin.

—Bueno: pues cuando sea hora.... Déjalo estar: no hay prisa.

La verdad es que, así de pronto, la figura de Doña Carlota infundía respeto y hasta miedo. Era una señora muy formal.

Cuando Martín logró, á fuerza de diplomacia y auxiliado de las circunstancias, que le ofreciera la casa, creyó haber hecho mucho. Alguien en la reunión se lo dijo.

—¡Pues si esa señora apenas recibe á nadie! Toda su vida ha sido lo mismo, y desde que quedó viuda, más aún. Créame usted, ha puesto una pica en Flandes.

Martín se envaneció un poco.

—¡Diantre! Puede que sí,—dijo.

Ya en casa, fué mudando el concepto que le merecía D.ª Carlota. No era tan seria como pudiera creerse. ¡Ca! Decidora, bromista, con

mucha gracia en los discreteos y en las bromas, de conversación llena de atractivo, llana, franca, dulce, de inteligencia muy viva. Martín gustó mucho de D.ª Carlota. Ella, en cambio, pareció confiarse á él; y con su autoridad de mujer y de mujer que ya se despedía de la vida, bastante cargada de años y muy cargada de experiencia y de penas que le hacían parecer más vieja, iba tocando todos los resortes de aquel corazón joven, probando sus conocimientos del mnndo, como si quisiera educarle. De Esperanza se hacía caso omiso. A lo mejor ni estaba en la sala: allá dentro en el gabinetito de la esquina, se la oía jugar con la pequeña, la última hija de D.ª Carlota, una rubita que apenas tenía cuatro años, ó bien ensayar en el piano algún trozo de *salón*, arreglos de ópera casi siempre. Otras veces, venía á sentarse junto á su madre con la costura, y trabajaba sin levantar apenas los ojos de la tela, oyendo la charla continuada de Martín, cuya música le halagaba los oídos, pero cuyas palabras no entendía; gozándose en aquel embobamiento que le causaba la presencia del ser querido, allí, á dos pasos de ella, desenvolviendo en las conversaciones acerca de la sociedad, que originaba D.ª Carlota, todo el color y la luz de su oratoria expontánea, que

pintaba á grandes rasgos, y que subyugaba con aquel tono caliente y luminoso de sus imágenes, casi siempre claras, pero á veces aun más subyugantes con cierta vaguedad filosófica que él inconscientemente les daba.

La amistad se hizo íntima, sin quererlo quizás ni él ni ellas. Pero D.ª Carlota hubo de confesarse que la semana en que Martín no iba á visitarla, le faltaba algo á la buena señora.

Martín supo aprovecharse de esto, y protestando siempre de su miedo á importunar, fué introduciéndose en aquel *interior* de casa, satisfecho de haber encontrado algo de lo que era su ideal, sintiéndose allí como en familia, familia que él había de crear al cabo. Y lo que primero fué táctica galante, vino al poco tiempo á ser necesidad de su corazón. Su temperamento romántico de joven en quien predominaba el elemento emocional (base quizás de su carácter de poeta), encontraba libertad de desenvolvimiento en aquellas mujeres que le comprendían, le halagaban, le querían, en fin. El también las quiso. Sin pizca de fantasía ni novela (estaba seguro de ello), se acostumbró á considerar á D.ª Carlota como una madre, á la pequeña como una hermana.... é hizo de ellas como un reflejo del hogar propio. Nada,

que las quería de veras. En cuanto á Esperanza.... ¡Ah, Esperanza era su alma toda! En las conversaciones rápidas, temerosas, que tenían á hurtadillas de la madre, aprovechando un descuido, una llantina de Merceditas que había que apaciguar, desbordaba Martín todo el fondo de su carácter soñador, que gozaba de aquellas pequeñeces para él nuevas y con esto más aperitivas. Los dos se entregaban al cariño como á una cosa desconocida que les halagaba: y llevados del mismo afán y de igual curiosidad, desentrañaban poco á poco los goces múltiples de la unión de dos almas que pensaban acordes, se entendían con los ojos, temblaban en los choques de las manos y hacían, del acto de trasladar una flor del uno al otro, un misterio de algo malo, cuyo descubrimiento importaba ocultar.

Martín solía ir por las tardes. Y ya al anochecer, cuando faltaban luces en la sala y fuera se oía el rumor continuado de la gente que con el crepúsculo abandonaba sus tareas y buscaba el descanso, yendo precipitada en busca de las comodidades de la casa, era frecuente que saliesen al balcón. Esperanza subía despacio, emperezada, la persiana de listones verdes, casi colgándose de los tirantes, suspendiendo la operación veinte veces para

quedar fuertemente cogida, sosteniendo en el aire aquel varillaje combinado y reclinando la cabeza sobre los cordeles tirantes, para abismarse por un momento en la contemplación de la calle, animada con el continuo pasar de carruajes, del tranvía, de la gente que volvía de paseo ó de sus quehaceres. Martín, á su lado, erguido, con las manos en los bolsillos del pantalón, iba expresando sus impresiones á la vista de todo aquello; y su voz tomaba un timbre oscuro, apagado, como sofocado dulcemente por aquel olor de muchacha cuidada, el perfume suave de violeta que salía de aquel cuerpo y de aquellas ropas, ó el aroma fuerte, embriagador, de los claveles que Esperanza solía llevar en la cabeza....

D.ª Carlota no podía oirlos. Estaba dentro recogiendo la costura, disponiéndose á encender el *quinqué*. Y ellos aprovechaban aquel momento para gozar de su felicidad y aspirar, en los ruidos que subían de la calle, en el movimiento que allá abajo rodaba, todo el hálito de vida que despide una ciudad populosa. El balcón no distaba más de un metro de la calle: de modo, que se podía tocar en la cabeza á los que pasaban. Esperanza, con el humor risueño, alegre, burloncillo, de una niña que empieza á ser mujer y se siente fe-

liz, pasaba revista á todos los transeuntes, forjaba comparaciones, hacía críticas, riendo *sotto voce*, volviendo hacia Martín su cara fresca, sonrosada, y aquellos ojos de mirada honda, profunda, deslumbrante....

El crepúsculo iba cayendo: ya no se distinguían con claridad los objetos á cierta distancia. Entonces empezaban á lucir los mecheros de *gas*, enviando á un círculo reducido su luz amarillenta, enfermiza, que apenas si reflejaba en los cristales de los balcones. De vez en cuando, pasaba la luz verde del tranvía, marcando un sector vivísimo sobre el polvo oscuro del arroyo.

Olvidándose de todos, mientras Esperanza ataba, por fin, la cuerda de la persiana á los hierros, cobrando valor en la semioscuridad que les rodeaba hablaban de su amor, maravillándose de las cosas que se les ocurrían, de los pensamientos nunca surgidos que de pronto aparecían con toda la brillantez deslumbradora de la intuición. Asombrados los dos, gozando de aquellos modos de ver la vida que nunca se les habían ocurrido (¿cómo, pues, si entonces empezaban á vivir?), hablaban atropelladamente, sin mirarse, y á veces permanecían pensativos, siguiendo en silencio el vuelo rápido, hasta las últimas consecuen-

cias, de las ideas que no sabían ó no se atrevían á expresar.

De pronto rompían el idilio Merceditas ó D.ª Carlota. Si era Merceditas, la cogía Martín, gozándose en estrujar aquellas carnes tiernas, bajo cuya piel de rosa corría una sangre tibia, joven.... La niña se dejaba acariciar, sintiendo que verdaderamente eran fiestas de cariño aquéllas; y en cambio, se enredaba con la cadena del reloj de Martín, ó le despeinaba el cabello, ó le daba de palmaditas en la cara; todo mezclado con medias palabras, la lengua estropajosa, primeriza, de nenita, que destroza el castellano, ó bautiza á su antojo las cosas.

Regularmente, Merceditas servía de punto de enfado para Esperanza. Martín, reventando de gozo, con la risa en los labios, la cara transfigurada, daba consejos á la pequeña para que no quisiera á su hermana.

—No la quieras, ¿eh?.... Es muy mala, muy pícara. No te quiere tanto como yo. ¿Entiendes? A mí me has de querer sólo.

—No lo creas, nena, no lo creas,—replicaba Esperanza.—El malo es él. Ven á tu hermana. Déjalo, pégale.

La niña les miraba con sus ojitos vivos, asombrados, no sabiendo si tomar en serio la disputa.

—Que te digo qué no,—seguía Martín estrechando á la niña.—Mira que no te he de comprar *nenés* (*nenés* eran estampas) si vas con esa.

—Sí, enséñela V. á que no me quiera,—decía Esperanza tomando á serio la broma.

—Pues es claro que sí. ¿No es verdad que no la quieres?

Y procurando cada cual la posesión de la niña, dejaban el balcón y corrían toda la sala con risas y pequeños gritos, hasta que D.ª Carlota imponía orden y había que volver á la formalidad.

A menudo, Martín prolongaba su visita una hora más; ó bien, si salían, procuraba acompañarlas pretextando que él iba por el mismo camino. En la calle se hacía el serio, velando por la seguridad de la niña si es que la llevaban con ellos, procurando que no cayese, que evitase los coches. Sobre la cabeza menuda, inteligente, de Merceditas, parecían afluir y unirse los cariños de aquellos tres seres que se creían ligados toda la vida por una simpatía que se les impuso sin saberlo ellos mismos.

Sin embargo, este idilio debía tener un término. No habían contado con la huéspeda, es decir, con la sociedad, que reclama sus con-

veniencias sin cuidarse, en ningún caso, de las circunstancias de los hechos.

—*¡Oh, moi je m'en fiche!*

Esto lo podía decir Teodero luciendo su repertorio de frases extranjeras. Martín casi que decía lo mismo. Pero D.ª Carlota ya era otra cosa.

Se murmuraba. Las comadres de la vecindad, la portera, una beata que vivía en el cuarto piso.... ¡infames!.... llegaron á decir que D.ª Carlota, sí, que D.ª Carlota trataba de atraer á Martín para su hija. Y todas aquellas lenguas groseras, insultantes, para herir más en lo vivo, compadecían á Martín (un mozo muy guapo, de gran provecho, que hablaba en el Ateneo), caído en las redes de aquella viuda que buscaba buena colocación para su hija.

Cuando D.ª Carlota, con toda la prudencia debida, le dijo todo lo que se murmuraba, Martín sintió que le subía á la cara la indignación, y luego tuvo miedo, porque previó las consecuencias de aquello. Y, en efecto, vinieron. La madre apuntó los motivos, premiosa en el decir, sintiendo sobre su alma aquel paso á que se veía forzada por las conveniencias sociales. Martín protestó, pero hubo de ceder. Quedó convenido: regatearía las

visitas; dejar de ir del todo, nunca (eso no lo exigía D.ª Carlota), pero alargar los plazos. Martín cedió, no sabiendo aún cómo se llenaría aquel vacío que de pronto se le mostraba en toda su fuerza. ¿Qué haría él si no iba á ver á Esperanza?

Y luego le asaltó una duda: con aquella ausencia forzada, aquellas intermitencias de idilio, ¿le olvidaría ella poco á poco, faltándole la costumbre del cariño repetido diariamente?

¡Oh, y cómo odiaba al mundo Martín!

IV

Sin embargo, iba haciéndose práctico.

Aquella felicidad, tan á su gusto, le había engrandecido, despertando en él todos los deseos y las inspiraciones de hombre que llevaba escondidas tras los sueños de poeta. Pensó en el dinero, el dinero, que es la base de constitución de las familias; y formó planes en punto al modo de ganarlo lo más abundantemente posible.

En el *consejillo* estaban admirados.

—¡Hombre!—decía Teodoro.— Estos *filósofos* cuando despiertan son terribles. Ahí lo tenéis hecho un positivista de tomo y lomo.

Pero al fin un *bourgeois*. De seguro que esos instintos plutócratas te los ha infundido tu *bourgeoisie*.

—¡Ah, la *bourgeoisie!*—exclamaba Rico, siempre leyendo una novela de Zola.—¡Qué asco!

—Pues claro,—añadía el mediquillo;—la clase media está perdida.

—¿Y tu aristocracia?—preguntó Martín.

—Perdida también,—dijo Teodoro riendo escépticamente;—pero no tanto.

—Eso es, no tanto,.... repitió Rico.—Y si no leed á Zola. Aquí está la verdad.—Y enseñaba el tomo descuadernado, sucio del manoseo continuo.

Martín sonrió ligeramente. Había leído á Zola mejor, de seguro mejor que aquellos señores, y sabía á qué atenerse.

—No es esa la cuestión,—dijo;—la cuestión es que voy á mandar á paseo mi vagar de libros. Porque creedme que, así como hay una holgazanería de no hacer nada, hay holgazanería de hacer mucho que no sirva para maldita la cosa.

—Exacto,—apuntó Teodoro por decir algo.

—Digo,—siguió Martín,—que yo he estudiado bastante, pero por rutina, así como el peón de albañil que construye á destajo. No

ha dejado de servirme eso, pero sólo como preparación. Desde hoy menos discursos, menos novelas y un trabajo constante dirigido á un solo punto.

—Por el camino más corto,—dijo Teodoro. —Créeme: no gastes las fuerzas.

—¡Gastar! Si las necesito todas. Figúrate que esto del derecho me apesta. Pero es mi porvenir: apechugaré con él, y vamos andando. Derecho y nada más; y en cuanto alcance un puestecito en cualquier lado, lo mando al diantre. Ya podré entonces desenvolver ampliamente mi actividad.

—¡Buenísimo!—exclamó el mediquillo.—Haz como yo. *Je m'en fiche* de la medicina. Me servirá de escalón. Pero ante todo la vida práctica, dinero, y.... conocer el mundo. ¿No es verdad, Rico?

—¡Ah! ¡Por supuesto! Correrlo como la Faloise, que iba á París á completar su educación.

—¿La Faloise, Hector la Faloise de *Nana*? —preguntó Martín.

—Sí.

—No es eso. Para conocer burdeles como el teatro de Bordenave, siempre hay tiempo. Lo que yo quiero.... ¡Bah! Si no habéis de entenderlo....

—Sí, entendido,—dijo Arias, que acababa de devolver *La Ilustración* y estaba muy ocupado en hacer caramelo con un terrón de azúcar robado á Teodoro. Y recitó:

Pienso, cual tú, que una oda sólo es buena
de un billete de banco al dorso escrita.

Y mientras Martín protestaba, cambiando de poesía dijo más alto, pero sin dejar el caramelo, que no concluía de cuajarse:

¡Qué hermoso es, cuando hay sueño,
dormir bien.... y roncar como un sochantre....
y comer.... y engordar.... y ¡qué desgracia
que esto sólo no baste!

—Pues por mí,—observó Teodoro, encogiéndose de hombros,—no hay más.

—Y yo digo que sí hay más,—replicó Martín.

Y sí que lo había para aquella cabeza joven, dotada de un gusto artístico admirable, pero que gastaba toda su fuerza en cosas pequeñas, juegos de imaginación brillantes y superficiales. Por entonces, empezó á cambiar. Volvió á sus primeras tareas de filosofía, procurando educar el pensamiento rebelde, dominado por el impresionalismo meridional. Comprendió, y se esforzaba por ver cada día más claro, que los libros no eran sólo material para idealizar,

ni servían sólo para cumplir rutinariamente en clase. Era preciso sacar de ellos algo de provecho, algo serio, encarrilar las lecturas para llegar á las grandes concepciones realizables. Nada: se concluyó el soñar. Ahora iba á estudiar para sí, para coger un buen puesto en cuanto acabase la carrera, para ser hombre de mundo, no un soñador. Con sueños no se come. Además, estaba cansado de tener ideas y más ideas y dejarlas escapar sin aprovecharlas.

Con el mismo entusiasmo que en otro tiempo las novelas, emprendió los libros serios, saliéndose de la disciplina escolar, leyendo obras que ninguno de nosotros conocíamos ni de consulta, consumiendo el tiempo sobre aquellos volúmenes de impresión estrecha, severa como sus doctrinas. A menudo, en descifrar un párrafo de alta filosofía estaba Martín horas y horas. Y sudaba, hacía esfuerzos, entreteniendo su impaciencia con mascar algún tabaco, en cuyas nubes de humo se envolvía para meditar los problemas de derecho natural. Algunas veces, de noche, después de cenar, venía por mi casa. Llegaba fatigado, cansados los ojos, con ojeras, pero satisfecho, rebosando felicidad.

—¡Ah! ¡Me voy curando!—decía.—Eso cues-

ta al principio; créeme que cuesta la disciplina del pensar. Eso de estudiar siempre lo mismo.... Pero no hay remedio. Es el modo.... No se puede soñar. Hay que ser especialista en la ciencia y trabajar en sólo aquello que es nuestro terreno. Me voy acostumbrando, chico. De ésta salgo un jurisconsulto en vez de un poeta del derecho y de la vida, como llevaba trazas.

Y Martín reía, manoseando mis libros, escudriñando los estantes en busca de algún tomo, de los que yo había comprado últimamente, que pudiera servirle.

Los domingos llegaba siempre muy temprano, tanto que me encontraba en la cama.

—¡Arriba!—decía.—Vamos á almorzar al Jardín Elíseo. Hoy es fiesta. Al diantre los libros. No más libros hoy. A ver la vida. Esta noche vamos á la reunión de las de Torres. Hay que verlo todo y vivirlo todo, que dicen los krausistas.

Y él tomaba muy por lo serio aquel axioma, creyendo que en sus desahogos del domingo, visitando siempre los mismos sitios y conociendo una reducida esfera de la sociedad, adquiriría aquel baño saludable de lo *real* en toda su plenitud. Algo nuevo iba viendo de seguro, y su talento claro, de un poder intui-

tivo é inductivo formidable, adivinaba más de lo que veía, y sacaba doble provecho de las cosas que otro cualquiera. Iba adquiriendo el tacto de la vida diaria.

Yo gozaba observando aquella inteligencia brillante que salía poco á poco de su estado embrionario, de aquel dominio excesivo de la imaginación, é iba tendiendo á resultados positivos, á ideas firmes, ciertas, de consecuencias para la educación del espíritu. Lo ocurrido á propósito de las teorías literarias del naturalismo, hubo de repetirse con la filosofía del derecho. En un tiempo relativamente corto, Martín se asimiló todo lo fundamental de la doctrina, es decir, las primeras bases, y pudo hablar de ello sin desbarrar gran cosa. A menudo sí que idealizaba en la materia, buscando lazos de unión entre las doctrinas, adivinando paralelos, lanzándose á divisiones é hipótesis. Luego, de pronto, se calmaba.

—¡Ah, esta loquilla!—decía señalando su cabeza.—¡Y cómo danza hasta en lo más severo!

Cierto día me vino con un pensamiento que quizás, sin él darse cuenta, era la expresión mejor de su estado y de sus ideas.

—A menudo, los hombres,—dijo,—y de eso tiene la culpa nuestra educación, así que

poseen dos ó tres ideas, prendidas malamente, de tal ó cual ciencia, sin digerirlas ni fundamentarlas, se dan á volar que es un primor, como si ya hubiesen agotado el campo de estudio; y sucede lo que no puede menos de suceder cuando falta *lastre:* que se tuercen y caen á lo mejor.

Luego pareció resumir su pensamiento añadiendo:

—A mí me falta *lastre*.

Y pugnaba por reducir la imaginación rebelde, enemiga de lo metódico, de lo ordenado, de las preparaciones largas, y apasionada de lo brillante, lo rápido, lo improvisado, que no pide la consunción de una juventud sobre las hojas de los libros. Yo veía sufrir á Martín, pero poco á poco aquello le iría costando menor esfuerzo. Todavía se aburría de ciertas *profundidades* filosóficas; pero la misma facilidad de generalizar que le distinguía, abriéndole horizontes hasta entonces ignorados, le encariñó con aquellos estudios. Su alma de poeta encontró allí mucho donde apacentarse. Empezó á comprender cosas que solo había visto como intuiciones. Sus mismas ideas sobre el arte se fundamentaban.

¡Oh! ¡Martín no sería un Raimundo como el de *Lo prohibido!*

V

La corriente idealista y romántica de aquel carácter meridional que tenía todas las vaguedades del norte, no encontrando ya salida amplia y desembarazada en los actos ordinarios de la vida, se rehinchó concentrándose en el rinconcito de felicidad que era, á la vez, la ilusión y salvación de Martín.

Desde que D.ª Carlota le advirtió de las habladurías del vecindario, Martín apenas si iba por allí tres veces al mes. Por lo demás, todas las tardes, sobre el anochecer, á tiempo que Esperanza salía al balcón, pasaba él por la acera de enfrente, siempre de prisa, como temeroso de que lo vieran, y saludaba con una ligera inclinación de cabeza que ella contestaba con una sonrisa. Pero las cosas no podían continuar así. Martín sentía que las confesiones, las palabras de amor, los párrafos hermosos de entusiasmo que ahora quedaban en idea, sin poder ser dichos, sin poder murmurarlos al oído de la mujer querida, le ahogaban, formando como un gran peso, allí, sobre el corazón.

¡Cómo! ¡Aquellas indecentes de comadres habían roto su idilio con la murmuración! ¿Y

él iba á quedar así, amontonando silencio, guardándolo todo, sin gustar el dulce coloquio de las almas, esas conversaciones sin método, sin orden, que son el goce de los amantes, y en que se analizan los caracteres tales como son en realidad, saliendo todo lo hondo por la fuerza de las palabras, en el abandono de la intimidad? No. El no se resignaba á eso. Y llevó toda su influencia á obtener de Esperanza que se hablasen por el balcón, muy de mañana, por la noche, cuando ella quisiese, con tal que pudieran hablar.

Ella se resistió. El pudor natural de la mujer le golpeaba el rostro con olas de vergüenza. No, no es que dudase de Martín: tenía en él completa confianza. Poro aquella novedad de encontrarse á solas con un hombre, el hombre amado, en la soledad de la noche, tan cerca.... Además, ¿y la mamá? ¡Oh! ¡Lo que es á ella si que la temía Esperanza! ¿Qué diría la mamá si descubría aquello? ¿Y si los sorprendiese? De ninguna manera: que no pensase Martín en semejante cosa: no podía ser.

Martín se esforzó, puso en juego toda su elocuencia que el sentimiento hacía más natural y más subyugadora: dijo de tal modo aquellas penas del silencio que le consumían, supo espresar de tal modo el cariño hacia aquella

niña que adoraba en él, que Esperanza, por fin, accedió. Sí: se hablarían por la noche, á las once, á las doce....

Martín no pudo recabar la hora fija; porque D.ª Carlota les interrumpió. Pero sabia lo bastante.

Entonces comenzó aquel *dúo* magnífico, tierno, sublime, que fué el mejor período de los amores de Martín. Envueltos en la semioscuridad de la gran calle, desierta á las horas aquellas, protegidos con su silencio que aun hacía más solemne el susurro monotono de los árboles de la alameda movidos por el viento, se desenvolvía, amplia y sin rebozo, la conversación íntima, poética, en que por primera vez se unían dos almas llevadas una á la otra por el oculto lazo de la simpatía. Esperanza, sentada en un taburete bajo, procurándose ocultar con los hierros del balcón ó tras la persiana caída, oía sonar, á poca distancia de ella, la voz dulce, apasionada, vehemente, de aquel hombre cuya superioridad intelectual comprendía y le subyugaba. Esperanza no sabía que era aquello: se sentía dominada por la ternura sin límites, por el prestigio de cultura que se escapaba y difundía en las palabras todas de Martín. Adivinó en él, sin poder discernir por completo la idea, un hombre de

gran valor intelectual, que sentía mucho, que sabía mucho, y que decía las cosas de un modo tan perfecto ¡ah! tan perfecto, que á veces se le escapaba á ella el sentido. Y oía, sin respirar apenas, las confesiones íntimas de Martín, aquel sondear intenciones y sentimientos que á él le complacía tanto; y sin mirarle, con los ojos en vago, recogiendo las entonaciones variadas de su voz de hombre, llena, pero suave, como laminada, creía tener á su lado un algo superior, grande, un ser que vencía en muchas pulgadas á todos los que ella había conocido. Esto la envanecía un poco; y suavemente, con toda ingenuidad, por lo mismo que apenas se daba cuenta de ello, fué ella también desdoblando su alma, manifestando su carácter muchas de cuyas cosas no entendía, sorprendida de esas contradicciones, de esos titubeos y anhelos extraños que son el cortejo de la adolescencia, en el período de la vida en que se van las credulidades y las inocencias de niño y se dibujan vagamente las verdades del mundo.

Martín, sonriendo, satisfecho de la confianza, de la intimidad recibida, de ser él el confesor y como el descubridor del carácter de aquella niña que apenas se advertía de sus ideas de mujer, le explicaba las dudas, le

aclaraba los pensamientos, las contradicciones aparentes, ayudándola á expresar lo que sentía como un médico ayuda al enfermo á que indique los síntomas, con la experiencia que él había adquirido, mitad sobre sí propio, mitad generalizando lo que en los libros aprendiera. Y después de tales excursiones al campo de una psicología primeriza, volvía al himno ardiente, sublime, nunca agotado, del amor, cuya expresión cambiaba al infinito, en cuya poesía se desbordaba ricamente la imaginación de Martín, poniendo á contribución todos los accidentes naturales que se le ofrecían, aprovechando cualquier cosa: la luna que allá arriba rodaba su disco pálido, el silencio de la noche que les envolvía, y, á veces, el rumor armónico de la música que, allá bajo, en la plaza más cercana, tocaba celebrando una fiesta ó simplemente para dar motivo de distracción al vecindario, que ya se había acostumbrado á los conciertos domingueros.

A menudo Martín, subiendo de idea en idea á sus altas concepciones idealistas, tocaba la esfera de las grandes teorías estéticas, olvidándose de que hablaba á una mujer, llevado del afán de decir lo que sentía, enderezando su inspiración del momento hacia su amor vago pero fuerte á la belleza toda, eterna, de

todas las cosas, como él repetía no sabiendo expresar más concretamente lo que sentía.

Entonces, hablando del hermoso sueño del *drama lírico* de Wagner, de la grandiosidad olímpica del pensamiento de Goethe; tocando como por incidencia los dúos sublimes de Fausto y Margarita, de Tristán é Isolda, y volviendo luego á la idea pura de la belleza, arrebatado, en un principio de obsesión, expresando ya las ideas, que aparecían tumultuosamente como ráfagas brillantes, con medias palabras, voces ahogadas, gestos, gritos; en medio de aquel delirio que le producía fiebre, veía Martín chispear la luz radiosa, fulgurante, de aquellos ojos negros, magníficos, que le miraban con admiración, que procuraban sondearle el pensamiento, adivinarlo, comprenderlo y unirse con él. ¡Ah! Sí. Podía estar seguro. Esperanza le comprendía, encendía en su entusiasmo de hombre instruído el entusiasmo indeliberado de mujer que sentía fuerte y bien; y sin entenderlo del todo, se dejaba arrastrar por aquellas oleadas de la idea de la belleza, que llevaban á los dos, en arrebato embriagador, por el mundo de la idealidad pura, envolviéndolos en abstracción ideal inmensa, que era casi un misticismo sin dios definido.

De pronto se detenía Martín fatigado, agotadas las fuerzas con aquella gimnasia intelectual sin regla ni medida, y quedaba jadeante, con la boca seca, la cara medio congestionada, mirando á Esperanza que respiraba fuerte como quien ha detenido largo rato la respiración.

Entonces, por declinación natural, venían á los detalles pequeños, insignificantes, de la vida diaria. Hablaban de la mamá, de si impediría aquellos amores; y luego de Merceditas que crecía á toda prisa, enriqueciendo su charla con vocablos nuevos, sorprendiendo todos los días con alguna gracia de esas que hace tan amable la edad primera de los niños. Insensiblemente iban llegando á la idea de su casa, la casita propia que ellos tendrían, bien arreglada, tranquila, elegante; y Esperanza desenvolvía su plan de ama, sus teorías domésticas, su método de vida, entusiasmando á Martín con aquel cuidado, aquel tacto que ponía ella en el arreglo imaginario del hogar futuro.

A la idea de que D.ª Carlota pudiera sorprenderles, no prestaban gran atención. Esperanza estaba segura de que dormía: la había visto acostarse después de arreglar la camita de la nena. Esperanza dormía en una alcoba

de al lado, que tenía comunicación con el gabinete. Así es que escapaba muy bonitamente en cuanto estaba segura de qué mamá dormía; y hacía esto con miedo, asustada de aquel engaño que á ella le parecía gravísimo delito; tanto, que en los primeros momentos Martín tenía que derrochar elocuencia para tranquilizarla.

Un día, á prima noche, estuvo á dos dedos que no los descubriesen. Esperanza estaba en el balcón, aguardando á que la llamasen para cenar. Estaba sola. Martín pasó, se detuvo y empezaron á charlar. Hubo un momento en que se olvidaron de todo, figurándose que eran las doce de la noche. De pronto sonó un ruidito á espaldas de Esperanza, en la sombra de la habitación á oscuras. Hubo un movimiento rápido: Esperanza, que gritó, apagando la voz:—¡Vete!,—y él que se separó del balcón como si continuase su paseo de todas las tardes. Fué en balde: allá arriba, por entre los pies de la joven, apareció el gato, un gatito blanco que servía de juguete á la niña; y tras él, en seguida, Merceditas, que se posesionó al momento del animal sin huída ante los hierros del balcón. La nena vió al momento á Martín y gritó:

—¡Tete!

El hizo como que no oía, pero la otra seguía chillando, sin soltar el gato que mayaba suavemente.

—¡Tete, tete!

Martín no pudo resistir. Había en aquel llamamiento de niña algo dulce, cariñoso, que le seducía como si la voz de un hijo, que él soñaba, le atrajese. Volvió á su sitio, bajo del balcón, preguntando á la nena:

—¿Qué quieres?

Y ella, riendo de ese modo franco, envidiable, de los niños, le enseñó el gato, todo pintado de rojo con almagre del que la criada había traído para pintar las portezuelas de la carbonera. La sorpresa y el miedo de haber sido descubiertos se deshizo entonces en una carcajada doble, sonora, provocada por la travesura de la nena. Esperanza, queriéndose hacerse la formal, la riñó.

—¡Mire V. que estaba bonito eso de pintar al pobre Minín! ¡Y digo, ensuciándose toda! ¡Ay, qué babero se había puesto! ¡Si estaba toda ella sucia de almagre!

Pero la niña miraba con unos ojillos tan picarescos, sonreía tan satisfecha de su gracia, que Esperanza no pudo menos de cogerla y continuar la riña besándola.

La cosa terminó con la aparición de doña

Carlota. Le contaron el hecho, y entre las risas y el enfado se tapó perfectamente la presencia de Martín, «atraído por las risas de la nena cuando precisamente se retiraba á casa.»

Y sin embargo de tan natural tapujo, aquellos dos muchachos que eran en muchos puntos casi dos niños, hablaron con el temblorcillo nervioso del miedo, viendo en el descubrimiento de sus amores la peor de las desgracias, el rompimiento de la *ilusión del misterio,* que era un aperitivo muy gustoso á sus aficiones románticas, hijas del prepotente y desequilibrado desarrollo del sentimiento, falto de la experiencia de la vida.

VI

Esperanza tenía buen talento natural. Aquella niña cuya educación no había podido ser, como en la mayoría de las mujeres, plena ni suficiente á desarrollar todas las facultades innatas y á educir todas las energías potenciales, y que á más de esto era una niña, dejaba escapar sin embargo, á través de la capa tradicional y uniforme de la mezquina instrucción que se da á las señoritas, luces vivísimas de intuición que le hacían adivinar mu-

chas cosas de que nunca le habían hablado, pero que, no sabía por qué, no le llegaban de nuevas. El mejor beneficio que le produjera su educación de colegio (allá cuando aun vivía su padre estuvo la niña en una *pensión* francesa) fué despertar su actividad, hiriendo el amor propio. Esto podía haberse descarriado en el prurito inconsciente de castigar la memoria con adquisiciones repetidas y sobrecargadas, traídas solo al intento de ser la *primera de clase*. Pero por una tendencia que tal vez era instintiva, Esperanza llevó á sólo un punto todo aquel orgullito de perfección. Le dió por ser mujer práctica, por estudiar algo de la vida y de las cosas de la vida, y sobre todo, por saber los oficios manuales de la casa, el arreglo del hogar, los mil pequeños trabajos y faenas que componen el heroísmo diario de la mujer. Lo que es en eso no había quién le pusiese el pié delante, ni ella lo hubiera consentido. Luego, como desahogo de aquella educación práctica (que la llevó á leer algunos libros de educación, de los que no entendió mucho por aquel entonces), todo lo ideal y vago de la mujer del mediodía tuvo amplio desarrollo en la música. Lo que es la música, la adoraba Esperanza, y en esto tampoco consintió que le pusiese el pié delante

ninguna de sus condiscípulas. Decididamente tenía su orgullito Esperanza.

Fué así llevada á una concepción de la vida que le pareció la más normal y perfecta. Según ella, el fin de toda mujer (como el de todo hombre) era distinguirse de la multitud, ser superior al *vulgo* (creía en el vulgo), distinguirse y brillar por encima en cualquier orden á que se dedicase la persona. No, no estaba ella por las medianías, y eso que bien sabe Dios si ella, con grave dolor, se creía algo más que mediana en todo; pero á lo menos opinaba que era cobardía cejar, que había que luchar siempre para vencer alguna vez. Allá al fin, quizás todo ello no tuviese otro resultado que halagar el *amor propio:* en esto de *fines* no ahondaba la chica; pero lo que es en los medios, estaba decidida, á conciencia. Eso de si era bueno trabajar para saber y sólo por la satisfacción del trabajo, no lo había reflexionado mucho; pero que se debía trabajar, eso sí.

El roce íntimo y contínuo con Martín, abriéndole nuevos horizontes y dándole el espectáculo desconocido del carácter, las ideas, las ambiciones de un hombre, avivó en ella toda la concepción de la vida que se había formado. Desde que salió del colegio, no se acordó de

semejantes ideales, si no es en ciertos momentos de reflexión algunas noches, cuando, desvelada, entretenía el aburrimiento de no dormir pensando en mil cosas que se le ocurrían, ó recordando con cierta fruición lo poco que había visto ó adivinado de la vida y de la sociedad. Lo demás del tiempo lo empleaba trabajando, llevando al *terreno de la práctica*, que diría Rico, aquellas ideas, con el aplomo de un profesor que vive acorde con su sistema de filosofía, del que, por otra parte, suele no acordarse, como tal sistema, hasta que lo ha de explicar á los otros.

Martín hizo revivir en ella aquellos planes de colegio. Vió Esperanza en él un hombre de excelentes aptitudes para ser algo de provecho en la vida. Más aún: creyó que ya lo era, deslumbrada por el brillo engañador de aquella oratoria que en Martín disfrazaba no pocas veces, sin querer hacerlo, la falta de consistencia é intensidad de las ideas. Cuando él, á los comienzos de su cambio de vida y de método de estudio, le hizo ver de ese modo brusco, despiadado, del que abandona un ideal y se acoge á otro, todo lo falso é insuficiente de la instrucción extensa (no muy extensa tampoco) pero superficial, inarmónica, que daba el Estado, Esperanza sufrió una decepción. Pero

Martín le supo hablar tan perfectamente de sus propósitos de corrección, de su educación nueva, práctica, completa, «estudiando los libros y la vida», que iba á procurarse: en los libros siendo especialista, porque eso era preciso para saber algo, y en la vida dando amplio desenvolvimiento á todas las facultades, á la actividad plena, bañándose en el aire sano de la *realidad toda*, dejando un poco de ser retórico para llegar á ser hombre; que Esperanza, sacando de todo aquello la conclusión más positiva, se entusiasmó igualmente y vió las aptitudes de su amigo en camino de ser lo que ella se figuró que ya eran. No lo eran aún, pero podían serlo, llevadas al resultado final de la creación de una familia («deber de todo ciudadano»), á la que había de procurar vida desahogada merced al trabajo del padre y de la madre.

En este punto llegaron á unirse y á identificarse las dos voluntades y los pensamientos de Esperanza y Martín. Para ella era la tal cuestión la única en cuyo estudio había empleado su inteligencia, que por este lado tenía un desenvolvimiento sin proporción comparado con otros aspectos de la vida.

Para él era la idea dominante, la obsesión del momento, que llegó á ser afanosa, como

queriendo recuperar el tiempo perdido en pocos días, temeroso de que se le pasasen los años.

Y entonces comenzó la labor común de aquellos dos chicos, que eran chicos en todo, pero que en tocando aquel punto alcanzaban una seriedad asombrosa. Discutían fríamente, con todo aplomo, los métodos de estudio; criticaban las universidades: él muy ufano de ciertos puntos de vista que le venían de nuevas y le parecían superiores, ella entusiasmada con todo aquello, aún sin comprenderlo mucho, pero afanosa de empujar la labor, viendo á su final la casita propia que se dibujaba con toda la frescura y todos los atractivos de una *casa nueva* en que ella, Esperanza, había de realizar todo su plan de vida mesurada, práctica.

Volvió á leer alguno de aquellos libros que leía en el colegio: allí estaban los estudios de Sofía Tartilan, los cuadros de la Beecher-Stowe, y, sobre todo, los libritos de D.ª Concepción Arenal que le llevó Martín, entusiasmado con la lectura de ciertos escritos de la autora. Varias cosas de aquellas resultaban manjares muy fuertes para Esperanza; pero ella aguantaba el aburrimiento de la no comprensión; sostenía la atención continua sobre aquellas

páginas que Martín se cuidaba mucho de aclarar, no dejando que ella se hundiese en un «limitado punto de vista que la hiciera desconocer el valor de otras ideas.»

Con esto llegaron á ser los dos, más que amantes, compañeros de estudio, que se animaban mútuamente al trabajo, como si tratasen de obtener pronto, el uno, una notaría, y el otro cualquier plaza oficial bien pagada.

Para Esperanza, llegaban momentos en que el espejismo de la próxima felicidad, de la creación de aquel hogar «que no llegaría hasta que él fuese *un hombre de provecho,*» la hacían idealizar por todo lo alto, queriendo que Martín fuese mucho, un genio quizás:

—Sé un genio,—decía, creyendo que eso de ser genio era como recibirse de abogado.

Y ya se veía ella triunfante, con el orgullo de ser la compañera de un hombre superior, á quien todos respetarían y señalarían como ejemplo de notoriedad científica.

Por aquí asomaba la oreja el romanticismo.

Ya en ese punto, aparecía *el otro lado* de amantes; y volvían los párrafos apasionados, las pinturas ideales, los trozos de poesía lamartiniana que cantaba Martín en frases brillantes, mezclando y haciendo una misma cosa de su amor y de sus nuevas ambiciones.

Ese enlace que habían llegado á establecer ambos, lo ví palpable algunas veces en casa de Martín. A menudo lo encontraba estudiando fervorosamente, y teniendo ante sí, sobre el pupitre, la cajita de raso verde en que guardaba los objetos que Esperanza le había dado (las flores, los lazos de cinta, todo el repertorio que es del caso), gozándose en aquella extravagancia romántica que él legitimaba diciendo:

—Esto me anima al estudio. Bellini trabajaba teniendo á un lado un zapato de su amante.—Y sonriendo, añadía:—Verás: voy á pedirle un zapato, un zapatito muy mono, de doradillo, del par nuevo que estrenó el otro día.

Y siempre así.

VII

Decididamente, Martín se iba haciendo *un hombre* en toda la extensión de la palabra. Poco á poco se desprendía «de aquel manto brillante, pero falso» con que su imaginación meridional, impresionable y colorista de suyo, ataviaba las cosas sin darles más que un baño reluciente de pintura en la superficie. Todo eso desaparecía: á fuerza de trabajo, en que

ayudó la excelente condición intelectual de Martín, iba notándose, por bajo de aquella costra de ligereza y retórica que él creyó por mucho tiempo lo más útil del mundo, el hombre sério, perfecto, que trata de ser algo útil, de atesorar ideas y no derrochar palabras, de saber por fin alguna cosa de un modo completo y profundo. Los pruritos de *experiencia de la vida* que acompañaron á esta nueva dirección intelectual de Martín, le llevaban á frecuentar las reuniones, los casinos, los paseos, en tanto que se lo permitía el poco vagar que él se diera; y en ellos, á propósito del menor incidente, se enteraba de todas las particularidades que antes pasaban inadvertidas para él. Nada: que constituía ya una obsesión aquel deseo de educarse prácticamente, como él decía, sin poder renunciar á la comezón de *hacer frases*. Martín había llevado á este propósito todo el ardor y el entusiasmo todo naturales á su temperamento, que se impresionaba enseguida, sublimando sus deseos y enamoramientos.

Esto se trasparentaba y se hacía notar muy bien allá donde iba Martín.

El *senado* del café de Santa Catalina estaba en decadencia. Poco á poco los chicos habían ido terminando sus estudios y abandonando la

vida estudiantil. Del *consejillo*, aquel año únicamente permanecían Teodoro, Arias y Martín, todos tres próximos licenciados en el inmediato julio. Rico Muñoz se había trasladado á Barcelona, con harto sentimiento de sus compañeros. Aquellos chicos que se veían cercanos al fin de sus respectivas carreras, lentamente, sin advertirse de ello, adquirían cierta seriedad creciente, como satisfechos de tirar á un lado la disciplina de las aulas, y orgullosos por otro de la significación pública en que se encontrarían una vez los echasen á la calle con la hornada nueva de licenciados.

—¡Ea, señores! ¡A bandeárselas tocan!—decía Teodoro.—Ahora sí que hay que apretar los puños. Se acabaron las clases y empiezan de veras los apuros, *la lucha por la vida.*

—Inevitable,—observó Arias;—porque como dijo el poeta,

sólo es merecedor de la libertad y la vida
el que cada día sabe conquistarlas.

Esto lo había leído Arias en cierto libro que no decía quién fuese el autor. Arias suponía que un francés.

—¡Quita allá!—clamó Teodoro.—Sentencias así no vienen más que de los alemanes.

—O de los ingleses,—dijo Martín, que defendía la sociedad inglesa por lo *práctica.*

—Bueno,—siguió Teodoro, algo cortado de aquella observación.—Aunque no vayas tú á figurarte que los ingleses son así el *non plus ultra*....

—¿Qué no?—interrumpió el otro.—Te puedo citar un millón de nombres.

—Y yo otros tantos.

Hubo un tiroteo espantoso de apellidos largos, difíciles de pronunciar, traídos á maltraer y desfigurados los más de ellos.

Arias quiso intervenir con sus conocimientos poéticos. Él sabía de Byron, de Longfellow, de Tennyson....

—Hombre, no: Longfellow era americano, —dijo Teodoro, que lo sabía de cierto por haberlo leído media hora antes en una revista.

—Pues tanto da.

—¿Qué ha de dar, hombre?

—Dé ó no,—dijo Martín,—es lo cierto que los ingleses son muy prácticos.

—Nadie les quita que lo sean,—afirmó Teodoro, quien, sin embargo, no estaba muy convencido de ello.

—Y que debemos imitarles.

—También.

—Y ser prácticos, sobre todo prácticos.

—Conforme.

—Y verlo y oirlo todo,—concluyó Martín.

—Cierto; pero no como tú,—observó riendo Teodoro.—¿Crees que lo ves todo yendo á reuniones cursis, festejando señoritas *burguesas*, aburriéndote en el Ateneo ó tomando café con nosotros? Hay más, algo más, mucho más. La verdadera experiencia es la vida de arriba ó la de abajo, los salones aristocráticos ó los barrios pobres, sobre todo los barrios pobres.

Allí has de ver la vida del pueblo: te educarás en las contrariedades de su miseria, en sus penas, en sus necesidades.... Es la gran enseñanza, chico.... Por lo demás, el sistema de los mejores novelistas; á tí te dió por ello hace tiempo, aunque ahora te me has hecho filósofo.... Has cambiado mucho, querido, pero mucho, en cosa de un año.

—¿Lo crees?

—¡Vaya! A la vista está Sin embargo de tus filosofías, atiende un consejo: la experimentación, siempre por delante la experimentación. Es el gran método.

Martín hizo gran caso de aquellas observaciones del mediquillo. Desde aquel día dedicaba algún tiempo á extraviarse por los barrios pobres, respirando la atmósfera sucia, cargada de olores desagradables que allí hay; viendo cuadros de la vida del pueblo que él se empeñaba en encontrar bellos, deduciendo

siempre alguna enseñanza, aunque hubiera que mal traerla.

Aquel nuevo entusiasmo produjo un beneficio. Las aptitudes de Martín eran más artísticas que científicas, aunque muy faltas, en todo caso, del lastre de las ideas; y con la experiencia de aquellos cuadros que veía, mostrándole dentro de la ciudad un mundo nuevo, que tenía un modo de ser distinto del que él creyó hasta entonces común á todos los habitantes de la capital, fué agrandando su concepto de la vida y tendiendo á la representación bella de todo lo que observaba.

Reapareció en cierto modo su entusiasmo literario. Pero esta vez ya no era del todo infructuoso, no se diluía en chorros de palabras, en citas de autores y proyectos que nunca pasaban á ser hechos: aprovechando sus estudios de filosofía, fué Martín construyendo su criterio estético y pensó ya en escribir. Un día me vino con prospectos de una novela.

—¡Ah valiente!—le dije.—Con que dejas de ser genio pasivo? ¡Ya no te contentas con leer y admirar actores! ¡Escribes ya!

—Es preciso,—observó.—Hay que aprovechar el tiempo. Ya ves: Esperanza también lo comprende. ¡Si tú pudieras apreciar lo que me anima!

Y empezaba un canto, un verdadero canto épico en alabanza de la mujer que había encendido y atizaba en su alma constantemente el fuego santo del trabajo fructífero, la idea aquella de la *vida práctica;* concepto oscuro aún para ellos, pero que iba dando sus resultados. Empecé á confiar en que Martín sería algo mejor que un retórico, que un poeta de la ciencia. Pero, de todos modos, aquel ardor, aquel entusiasmo arrebatado, hiperbólico, que él ponía en sus mismos propósitos *prácticos*, descubrían á la legua el fondo ligero é impresionable, la prepotencia de la imaginación y la sensibilidad hijas del temperamento y la raza, aumentadas por la descuidada educación.

A veces, me confesaba su cansancio del estudio.

—El que no está hecho á bragas...—decía. —Esta disciplina rigorosa de las ideas me es todavía muy fuerte: es comida que no digiero bien sino á fuerza de buenos propósitos. Pero confío acostumbrarme.

Eso queríamos todos: era cuestión de que no se perdiesen aquellas hermosas aptitudes en la inacción de lo incultivado.

Por eso Martín, comprendiendo su debilidad, suspiraba por un hombre, un hombre de ex-

periencia y de estudio que le guiase y le animase.

—Eso en Madrid,—solía decirme;—allí lo encontraré. ¡Y con él y mi amor.... magnífico!

Y se restregaba las manos, satisfecho de aquella idea, con el entusiasmo y la confianza que prestaba á todas sus ilusiones.

VIII

Corrían malos vientos sanitarios por la ciudad. Aquel clima húmedo predispone atrozmente á las enfermedades; sobre todo á los jovenes era repetida la predicación para ponerles en guardia.

—Cuidado con el clima; que hay mucha humedad; que los alimentos son poco nutritivos; que se enferma del pecho....

Las personas asustadizas no dejaban de regalar con tales observaciones á las familias de los pueblos, que enviaban sus hijos á la capital con el intento de hacerlos futuros médicos, notarios ó letrados y hasta seminaristas. Tales voces daban poquísimo gusto á las madres; pero es lo cierto que allí no se moría la gente, la gente joven incluso, más que en otra parte cualquiera.

De vez en cuando llegaba una de esas rachas

terrible que minan lentamente la población, pero de cuyos efectos no se hacía gran caso en fuerza de la costumbre, que ya es ley en las grandes ciudades. Una vez eran las viruelas, otra el tifus. Aquello era realmente endémico, y nadie se cuidaba de alarmar al vecino, si no es cuando la enfermedad subía de punto: entonces había inquietud por dos ó tres días, se tomaban algunas medidas de precaución; después de lo cual, todos volvían á su trabajo, como seguros de la impunidad, y continuaba normalmente el gran movimiento burgués é industrial de la población.

Pero aquel año la cosa tomaba otro aspecto. En las reuniones de confianza, y en las clínicas del hospital, algún médico solía decir en secreto que la salud pública no era muy buena. Teodoro llevó la noticia al café.

—Y ¿qué es ello?—preguntó Martín.

—Nada,—dijo el otro, tifus, fiebres cerebrales: dos ó tres cosas de que tú no entiendes pizca.

—¡Bah!

A Martín le tenía sin cuidado aquello: otras cosas le absorbían completamente. De un lado, sus estudios, la terminación de la carrera, el plan de cierta obra que le había de dar celebridad, la publicación de algunas *cosas me-*

nudas, como él decía, en cierto periódico ilustrado; de otro, su amor, su poema de amor, su idilio, fuente para él de energía y de actividad, acicate de grandes deseos y movedor de brillantes facultades.

El mismo Teodoro estaba admirado del cambio sufrido por Martín. Fué aquella su mejor época, el mejor período de la vida: á la vez se habían engrandecido y hermoseado su cuerpo y su inteligencia: se hizo robusto, fuerte, atrevido.... La imaginación levantisca, alborotada á lo Espronceda, de aquel muchacho, iba cediendo paso á la claridad y fijeza del raciocinio, á los atinados puntos de vista, á todo el despertar vigoroso de una inteligencia que se afirmaba, desenvolvía su complejidad, y dejando la región de los sueños, se hacía á toda prisa apta la vida. Había logrado esto en poco tiempo, con aquella maravillosa facilidad de adaptación que poseía, asimilándose rápidamente las ideas, hallándose al punto como en su casa con el nuevo modo de ver y apreciar el mundo y la misión del hombre. Por una reacción que aún era fruto de su natural arrebatado, llegó hasta á odiar los versos.

—¡Eh! ¡Dejadme á mí de estas cosas! Es perder el tiempo.—Con la prosa transigía, pero nada de lirismo, ¿eh? La novela, y la

novela bien hecha, simple retablo de la vida real.

Teodoro hubo de rectificar su opinión.

—Me retracto,—dijo.—Este diantre de Martín ya no es un *bohemio*, ni un teórico, ni un soñador. Nada de eso. Llegará á ser un *esprit fort*, de seguro. Hasta en amores ha dejado su panteismo idealista.

(Esto de los amores lo sabía Teodoro por un vecino de D.ª Carlota, que había visto á los chicos hablando alguna noche.)

—Después de todo,—concluía el mediquillo,—me alegro. Nos hace falta eso: menos parlanchines, menos poetas de la vida y más hombres prácticos. Pí y Margall lo dice: «Fundemos la revolución sobre una base filosófica, etc., etc.»

Martín no hacía caso de aquellos comentarios, y seguía dejándose llevar por la corriente nueva y deliciosa que le conducía al través de campos ignorados hasta entonces y llenos de un atractivo que él nunca imaginara.

De pronto se detuvo aquel movimiento. Esperanza estaba enferma. ¡Ah, pobrecilla! La noche anterior.... ¿cómo decirlo sin enternecimiento y sin cierto orgullo?.... la noche anterior había salido al balcón, vacilante, acongojada, con una calentura que á Martín le pareció

altísima, los ojos brillantes, llorosos, pero haciéndose la valiente.

—¿Qué tienes?—preguntó él asustado.

—Nada, nada,—dijo ella. Y la piel le abrasaba, le temblaba la voz.

Como el balcón era tan bajo, Martín le tomó las manos y sintió miedo.

—¡Qué tienes?—repitió estrechando aquellos deditos finos, elegantes, que ardían con el fuego de la calentura.

—No sé: dolor de cabeza.

—¿Mucho?

—Sí,—dijo ella apoyando la frente en los hierros del balcón, como buscando el frío del metal.

Martín estaba violento, asustado. El pulso acusaba una aceleración bastante acentuada.

—Vamos, dime,—preguntó dando un tono mimoso á la voz y jugando con la pulsera de oro que aprisionaba la muñeca derecha de Esperanza.—¿Qué sientes? ¿Qué has tenido?

Esperanza no separaba su frente de los hierros. Le abandonó una mano, y con la otra se cogió también al metal frío. En medio de la agitación que la dominaba, traduciéndose en largas aspiraciones al parecer difíciles, contó lo que sentía.

Hacía algún tiempo que sufría dolorcillos de

cabeza. Por la tarde solía tener calentura. La comida, á veces, sentaba mal. Aquel anochecer tuvo un vómito, poca cosa: la mareó un rato, y luego quedó tranquila. Pero el dolor de cabeza había aumentado; la calentura también. Su madre la hizo acostar, y estuvo allí, á su lado, hasta que le pareció dormida. «¡Ah! ¡Creí que no me dejaba en toda la noche, y no hubiera podido salir.»

Martín le estrechó la mano y dijo ansiosamente:

—Y ¿qué más?

—Nada, — concluyó ella. — He estado sin dormir esperando la hora, me he vestido.... No quería hacerte esperar. ¡Si vieras qué calor tengo! ¡Y, á pesar de todo, siento frío!

Martín no entendió bien esto. Una oleada de ternura, de agradecimiento, de amor, le subió á la garganta, medio ahogándole de alegría y de miedo.

—¿Por qué has salido?—dijo queriendo que ella repitiese aquellas palabras que á él le parecieron dulces como las de Julieta al despertar de su letargo.

—¡Ah!—exclamó ella con su ingenuidad de niña.—Por verte.

Y le miró con sus ojos grandes, que brillaban de un modo extraño.

El no supo qué decir. Estrechó aún más la mano que conservaba entre las suyas, y, al fin,

—Gracias, — murmuró.— Vete. Acuéstate. Necesitas descanso. No debías haber salido. Ve, cúidate; estando enferma no se hacen locuras.—Y para dulcificar aquel reproche que le dictó el miedo á la enfermedad, dijo, atreviéndose á alzar un brazo y á tocarle la frente:

—Estás ardorosa, nena. (La llamaba nena, aplicándole aquel llamamiento cariñoso que hacían á Merceditas.) Anda, acuéstate. Yo vendré mañana. ¿Me prometes cuidarte?

La hizo poner en pie, se despidió.

—Gracias, nena: me has hecho feliz; pero no juegues con la salud. Tranquilízate, cúidate. ¿Tienes miedo?

—No,—dijo ella precipitadamente.

Pero en sus ojos de niña se reflejaba un lejano temor á la figura de la muerte, que ella veía cerca, envolviendo en el sudario blanco las líneas rígidas de su visión de esqueleto.

Martín lo comprendió.

—No tengas miedo. Eso es nada. Pero no te abandones: acuéstate, tranquilízate. Ya sabes que te queremos, que tu madre y yo no tenemos otra cosa en la vida más que á tí.

La hizo entrar, cerrar el balcón. Aun la vió

otra vez detrás de los cristales y cambiaron una sonrisa. Luego él se fué, aturdido por el contratiempo que se le echaba encima, inquieto por la salud de aquella mujer que era su ilusión, y hasta dudando de si había hecho bien mandándola acostar.

—¡Pobrecilla! Ella lo ha hecho por cariño. La verdad es que hubiéramos podido hablar, consolarla.... ¿Se habrá disgustado de lo que le he dicho? Pero yo debía haber obrado así. Su salud antes que nada. No la sacrifiquemos al egoismo de charlar de amores.

Al día siguiente, Martín se presentó en casa de D.ª Carlota. Esperanza estaba en cama; y la pobre madre, aturdida, desesperada, con un miedo atroz de perder á su hija, lloraba en silencio, ejecutando las prescripciones facultativas de un modo automático, batiéndose con todas sus fuerzas contra la dolencia infame que rápidamente agravaba el estado de aquella pobre niña. Merceditas, siempre detrás de su madre, siguiéndola como la sombra al cuerpo, miraba muy seria, con algo de tristeza instintiva en su carita. En cuanto vió entrar á Martín, corrió á abrazarle.

—¡Tete! *Elmana* enferma,—dijo.

Martín la besó sin contestar, y corrió hacia D.ª Carlota, que salía de la alcoba.

—¿Qué hay?—preguntó.

—No sé, no sé,—murmuró la pobre madre, que se ahogaba en sollozos.—Esa chica....—Bajó la voz, y dijo con la pena profunda de una convicción dolorosa:—¡Se muere!

Martín se mordió los labios para ocultar la emoción.—No,—pudo decir, queriendo tranquilizar á D.ª Carlota. E instintivamente, adelantó hacia la alcoba.

—¡De ningun modo!—exclamó la madre deteniéndole.

—Sí,—replicó él con una audacia extraordinaria;—quiero verla.

—Ahora no,—suplicó D.ª Carlota.

—¿Por qué?—dijo Martín. Y recordando súbitamente lo que él era en aquella casa, un amigo, sencillamente un amigo para la buena señora, y por añadidura un mozo, casi un niño, sintió desfallecer su energía momentánea. —Como V. quiera,—concluyó.

Merceditas miraba la escena con ojos asustados. D.ª Carlota se inclinó al oido de Martín, y dijo dulcificando su voz más de lo que lo era naturalmente:

—No quiere que la vea V. así.

Maquinalmente sonrió él.—¡Ah!—pensó.—¡La última coquetería, el último afán por no ofrecerme un espectáculo doloroso, feo!—La

palabra *feo* despertó otras ideas que le hicieron estremecer.—Estará mala, muy mala: se habrá desfigurado...—Y se estremeció con uno de aquellos movimientos nerviosos que en él producían las grandes emociones. Sin decir palabra, se sentó en una butaca y jugó con los grandes rizos de Mercedes, que se había refugiado junto á él. D.ª Carlota, á poca distancia, contaba, recogiendo la voz, los detalles de la enfermedad, el parecer del médico, las medicinas ordenadas. Martín oía con grande interés, y de pronto le asaltó un pensamiento doloroso. «¡Oh! El tenía la culpa, sí: tenía la culpa. La salida al balcón había agravado la enfermedad.» Y sintió otra vez, como en la noche anterior, aquella oleada de sentimiento que le subía del corazón y le producía cierta dejadez, como la de un náufrago cuando le invade la asfixia por falta de aire.

—¡Quiero verla!—dijo otra vez, adelantando hacia la alcoba. Y había en sus ojos tal expresión, que D.ª Carlota no supo oponerse.

Entró. Había poca luz, pero él vió perfectamente á Esperanza, hundida en la cama, presa de un estupor que la dejaba sin acción alguna, con algo de coma soñoliento. La cara, aquella cara sonriente, preciosamente hecha,

en que él se gozaba, tenía una alteración profunda. Martín palideció horriblemente. No servía él para aquellas cosas. ¡Dios mío, que mala debía de estar! La llamó suavemente, inclinándose sobre las almohadas.

—¡Esperanza!

Abrió los ojos, que tenía fuertemente cerrados, y miró á Martín fijamente, pero con algo de estupidez, como si la alteración trascendiese á la inteligencia, y no contestó. Estaba pálida, con las mejillas un poco violáceas.

—¡Esperanza!—dijo otra vez Martín. Y añadió enseguida olvidándose de que D.ª Carlota estaba delante y no encontrando otra frase á la mano:—¿Me conoces?

Hubo en la enferma un ligero movimiento que no espresaba nada. Martín calló, extraordinariamente afectado, sin saber qué decir más. La madre lloraba, y la enferma, como insensible á todo, parecía profundamente dormida: había vuelto á cerrar los ojos desde que Martín dejó de hablarle. El se estuvo allí mucho tiempo, sin decir nada, sin hacer nada, de pie, apoyado en una silla, sin pensar, mirándola con ojos de miedo y de atolondramiento. Doña Carlota le hizo volver en sí. Salieron, y Martín tuvo un movimiento espontaneo que le inclinó á echarse en los brazos de aquella madre, llo-

.rar con ella, decirle que amaba á Esperanza, que se querían los dos....

No se atrevió. Sentado en un sillón estuvo largas hóras, viendo salir y entrar á D.ª Carlota, al médico; oyendo allá, en la alcoba, quejidos, gritos, ruidos de vómitos, sin decidirse á nada, sufriendo con una calma pavorosa todos aquellos golpes de dolor que le herían aun más con su novedad, y que él agrandaba con la sobre-excitación imaginativa en que había caído. Sólo una vez se levantó: D.ª Carlota pedía socorro. Tuvo que sujetar uno de los brazos de Esperanza, presa de una agitación extraordinaria, desordenada, con delirio sobreagudo. Martín sintió algo inexplicable al apretar entre sus dedos la carne suave, joven, de aquella niña en cuya vida fundaba toda su felicidad: la piel era fina, blanca, más blanca aun entonces, dejando señalar perfectamente las venas en que la sangre corría agitada, dando golpes muy irregulares.... Cuando pasó el acceso, Martín volvió á su sitio, en el sillón, y allí estuvo hasta que D.ª Carlota, advirtiéndose por una casualidad de la hora que el reloj señalaba, le dijo en tono de cariñoso reproche.

—¿No va V. á comer?

—Es verdad,—murmuró Martín. Y salió sin

despedirse, prometiendose volver al poco tiempo.

No comió: fué al café y tomó un refresco; luego una copa de *chartreuse*, que paladeó haciendo tiempo. Cuando llegaron Teodoro y Arias, no pudo contenerse y lo contó todo, sin ocultar la emoción que sentía dejando correr las palabras.

—¡Malo!—dijo Teodoro haciendo un gesto de disgusto.

Martín le miró fijamente, y, de pronto, levantándose, preguntó muy decidido:

—¿Vienes?

—¿Dónde?—dijo Teodoro.

—Allí: tú entiendes de eso: la salvarás....

En otra otra ocasión Teodoro, se hubiera reído; pero quería sinceramente á Martín, á pesar de su carácter burlón que le llevaba á criticarlo todo, y comprendió la seriedad del caso.

—Luego,—dijo haciéndole sentar.—Deja que concluya el café.

Y procurando distraerle, alegó, con razones muy disfrazadas, su ineptitud. «El no podía con ciertas cosas: era un estudiante, y la gravedad aquella....»

Realmente Teodoro sentía un miedo feroz de verse frente á un enfermo tal como decía Mar-

tín de Esperanza; y sintiendo ya sobre sí toda la tremenda responsabilidad del caso, sus humillos pedantescos se trocaron en modestia exagerada. Sin embargo, no logró calmar á Martín sino prometiéndole que iría luego, más tarde Fiado en esta promesa, y algo convencido por las razones de Teodoro, Martín lo dejó en el café y volvió á casa de D.ª Carlota. El mermado consejillo comentó, durante toda la tarde, la desgracia de su compañero. Arias recitó, con relación al caso, *Le jeune malade* de Chénier. También salió el final de *La Dama de las Camelias* y el de *Rafael* de Lamartine.

En casa de D.ª Carlota la turbación era grande. Martín se encontró con la sala llena de vecinas que habían ido á consolar y ayudar á la pobre madre. Aquello le disgustó. ¿A qué venía tanta buena señora? A estorbar. Porque en las penas estorba todo: deben pasarse en familia, á solas....

Merceditas corrió hacia él: estaba palidita, asustada de aquel trastorno, medio embobada, sin comprender del todo lo que ocurría. Doña Carlota permanecía en la alcoba, junto á Esperanza, velando todos los movimientos de la enferma que se iba, se iba rápidamente. Una de las vecinas quiso impedir que Martín en-

trara: él la rechazó con alguna dureza.

—¡Déjeme V. en paz!—le gritó.

Y la otra asustada, no supo replicar.

D.ª Carlota estrechó nerviosamente la mano de Martín.

—¿Cómo está?—preguntó él en voz baja.

Y la madre, ahogando los sollozos, dijo:

—¡Se muere, se muere!—con una convicción desesperada que daba miedo.

Martín se fijó en Esperanza. El color violáceo de las mejillas había aumentado; los ojos, extremadamente abiertos, mostraban una dilatación excesiva en las pupilas; la respiración era muy lenta; y el cuerpo, rígido, delgado, dibujando rudamente sus formas netas bajo las sábanas, yacía en una insensibilidad alarmante. Martín se atrevió á cogerle una mano: parecía muerta, pero el pulso era muy frecuente. Por un momento estrechó aquella mano huesosa, fina, que no respondía como otras veces á las caricias de los dedos. Volvió á ahogarle aquel exceso de ternura en que se desbordaba todo su temperamento nervioso y todas sus tendencias románticas. Pensó en la muerte, en el abandono en que él, Martín, iba á quedar, en el vacío de la vida una vez desaparecido aquel amor, el único que le había hecho sentir algo fuerte, algo duradero, y que

le había traído felicidad; evocó rápidamente, por una asociación de imágenes muy natural, los cuadros risueños de su idilio; y de pronto, como movido por algo irresistible, inclinó el cuerpo y besó aquella frente pálida, sobre la que caían, desordenados, los rizos negros que agradaban tanto á Martín. Luego salió precipitadamente de la alcoba y fué á dejarse caer en un sillón, donde se le unió Merceditas, que buscaba en él un refugio, alguna caricia de las que no encontraba ya en su madre.

D.ª Carlota no dijo una palabra. Sintió el beso, que sonó apagado, respetuoso; y con la perspicacia de madre vió en un momento todo lo que allí había, comprendió aquel amor ¡ay! que hacía aún más dolorosa la muerte de su hija.

Pero qué, ¿moriría? Vagó un momento por la casa con esta idea, que la ahogaba apretándole el corazón. Enseguida volvió á Martín. ¡Cómo sufriría el pobre muchacho, nuevo en aquellas lides del dolor, ilusionado con aquel cariño que quizás era grande, era sincero! El beso no escandalizó á D.ª Carlota: ella no era mojigata, y comprendía aquel arranque de sensibilidad. Todo el cariño que sentía por Martín, cariño de simpatía, renació entonces en otra forma, y le saludó interiormente como

hijo, uniéndose á él, con ese egoismo que produce la desgracia, por el lazo fuerte del dolor común. ¡Oh sí! Ella prometía que si Esperanza se salvaba.... ¡Qué salvarse!

En un acceso de ternura y desesperación, estrechó frenéticamente el cuerpo de su hija, la llamó besándola, cogiéndole la cara para despertar su atención, queriendo reanimar aquel organismo que lentamente, por grados, iba cayendo en el coma, última escena, muda y terrible, de aquella tragedia del hogar.

Dos de las vecinas oficiosas que se atrevieron por fin á entrar en la alcoba, visto que Martín había salido, arrancaron á D.ª Carlota de aquella peligrosa excitación. Se la llevaron fuera, á una habitación interior, mareándola con sus consuelos, sus reflexiones, sus ofrecimientos de fórmula, que muchas hacían por el solo placer de mangonear en la casa y ser dueñas por un rato. Quedó una en la alcoba para atender á la enferma, y Martín tuvo tentaciones de entrar.

Pero no se atrevió: sentía miedo, un miedo extraordinario y una dejadez que le hundía en el sillón, sumiéndole en la inmovilidad más estúpida, sin enterarse más que á medias de lo que ocurría, viendo pasar á las gentes como á traves de una gasa tupida. Así estuvo toda

la tarde. Vió llegar al médico, y con él volvió D.ª Carlota; sintió como se iban algunas vecinas.... El silencio reinó en la casa: sólo se oía el murmullo irregular, interrumpido, á grandes intérvalos, del médico que hablaba allá dentro. Cuando salió, Martín fué hacia él. Con una entonación estúpida, como bobo, le preguntó por la enferma. El médico era un señor ya viejo, muy feo, pero simpático. Miró al joven con cierta extrañeza por aquella turbación extraordinaria; y, volviéndole la espalda para dulcificar la noticia, dijo echando á andar:

—¡Mal!....

Y al llegar á la puerta, como recordando algo que importaba, añadió secamente:

—Que la administren.

Fué al anochecer. La turba de vecinas había vuelto á invadir la casa. Las conversaciones seguían en voz medrosa, produciendo la ilusión de un templo con el cuchicheo de las beatas. Habían adornado un poco la alcoba y la cama. Martín, en un rincón, arrodillado vió entrar al sacerdote revestido, muy serio, según convenía á las circunstancias, y murmurando latines. La ceremonia de administrar los óleos duró mucho tiempo, según le pareció á Martín.

Luego pasó todo. Las vecinas se fueron; sólo

dos, más testarudas ó quizás más penetradas del caso, permanecieron allí, en la sala, charlando en voz baja, prontas á prestar auxilio cuando preciso fuera. Martín volvió á su sillón. Ya no tenía ni á Merceditas: la niña estaba dentro, en la cocina, cenando de lo que la criada había arreglado de prisa, sin humor de confeccionar guisotes.

Ya tarde, apareció D.ª Carlota. Estaba desfigurada de tanto llorar. Vió á Martín y fué hacia él.

—¿No se va V. á descansar?—dijo.

—¡Yo!—exclamó él como asombrado de que le preguntasen aquello.

—Es tarde,—replicó D.ª Carlota.

—Mejor,—dijo el alzando los hombros.

Y viendo en la mirada de D.ª Carlota una corriente de cariño y de agradecimiento, le cogió una mano y se la estrecho vivamente. Luego volvió la cabeza para no verla llorar.

Allí se estuvo toda la noche, durmiendo á ratos, vencido por la fatiga y la necesidad de reposo, pero despertando muchas veces sobresaltado, víctima de un sueño horrible. Entonces, con los ojos medio cerrados, miraba curiosamente á su alrededor, penetrándose del velo de muerte que invadía la casa.

Le habían dejado solo en el gabinete, casi á

oscuras, porque el quinqué tenía poco petróleo y alumbraba mal, sumiendo en sombras la habitación. Martín se complacía en aquella oscuridad. Desde allí, sin que nadie le molestase, asistía como de incógnito al drama que se iba desarrollando allá dentro.

Oía en la sala el ronquido suave de una de las vecinas, y á veces los pasos cuidadosos de la otra, que iba de aquí para allá. En la alcoba también sonaban ruídos ahogados, y más hondos; en la cocina, choques de vasos y murmullos de voces, velados, oscuros, como si se oyeran á través de un muro espeso; y de pronto, cesaba todo, y sólo quedaba el ruidito monotono de la sangre, que en el silencio dejaba oir sus golpes en las arterias de la cabeza.

Al amanecer entró en el gabinete D.ª Carlota. Martín, que acababa de despertar, quiso levantarse. Ella no le dejó: se sentó junto á él y rompió á llorar. Martín no sabía qué hacer: nunca se había visto en casos tales. Sentía toda su debilidad, toda su inexperiencia de la vida que le embarazaba, matando en él las más felices disposiciones. ¡Ah, si se tratase de contar aquello! ¡Qué lujo de color, de detalles, de pesimismo derrocharía! Pero pasarlo, eso de pasarlo, ya era cosa más fuerte. No sabía qué decir. Sólo se le ocurrió murmu-

rar:—¡Calma, calma!—Pensó en hablar de la muerte, de lo natural que era; en fin, algo filosófico, de aquellas filosofías que él estudiaba. Pero ¿á qué? ¿servían para algo? No, de fijo que no, porque él mismo estaba que se le podía ahogar con un cabello. Sí, vaya usted á una madre con filosofías: ni á él, ni á nadie.

Sintió un profundo disgusto de la ciencia, que no curaba nada ni consolaba lo más mínimo.

Luegó pensó en confesarle á D.ª Carlota sus amores. Era lo natural unirse á la madre en aquella ocasión, mostrarle hasta qué punto estaba identificado con ella, sufrir la desgracia juntos. Pero ¿cómo? Tenía miedo, vergüenza, sobre todo vergüenza de enternecerse y llorar allí como una mujer.

—¡Calma, calma!—repitió.

Y luego, por decir algo, hizo la pregunta de siempre.

—¿Cómo está?

A él le parecía aquello estúpido, pero no se le ocurría otra cosa.

Y la pobre madre no sabía contestar más que su eterno gemido, lúgubre, de convicción dolorosa.

—¡Se muere, se muere!

Algo más tarde, la criada llamó á Martín. Le hicieron comer algo, no atreviéndose á decirle que se fuera. D.ª Carlota no disponía nada, no estaba para esas cosas.

Aquello duró unas horas más. Con el día volvieron las vecinas, las amigas, el médico. Martín, desmadejado, rendido, con los ojos soñolientos, la cabeza despeinada, trató de hacer algo. Aun entró en la alcoba, pero salió al instante. La cara de Esperanza estaba desfiguradísima, daba miedo.

A la hora de comer quedaron solos nuevamente. La criada los llamó para que tomasen algún alimento. D.ª Carlota no quiso dejar á su hija; y Martín, sin ganas, tuvo que ir al comedor para apaciguar á Merceditas que chillaba pidiendo sopa. De pronto sonó un grito allá dentro: corrieron, y en la puerta de la sala Martín tropezó con D.ª Carlota, que salía llorando, mesándose los cabellos. Se abrazó á él, y allí, sobre su hombro de joven, derramó aquellas lágrimas de madre que humedecieron la espalda de Martín con su agua caliente, ardorosa. A él le pareció que tenía entre sus brazos el cuerpo inerte, pesado, de la muerta; sintió todo lo profundo del mal sufrido; y otra vez, más fuerte, más acentuada que nunca, le subió aquella angustia, aquella oleada de ter-

nura, de sentimiento, que le ahogaba apretándole la garganta y escociéndole en los ojos.

IX

Fué un golpe mortal para Martín. Durante muchos días no salió de casa, sumido en la inacción más absoluta, sin estudiar, ni leer, ni hablar siquiera. Echado en la cama, amodorrado por aquella posición uniforme que le producía una soñolencia enfermiza, hacía por no acordarse de nada, cerrados los ojos á la luz menos cuando distraía la mirada observando las nubecillas azuladas del humo del cigarro, que ahora se daba á fumar desesperadamente.

Teodoro le hizo algunas visitas que él no le agradeció. Le molestaba la gente, la conversación, todo. ¡Vaya, que á el le importaba si la política iba á derechas, ó en el Ayuntamiento se arañaban, y hasta si se publicaban libros nuevos! No, señor: aquello había concluído. El otro contaba multitud de cosas, le leía periódicos: una tarde le llevó al amigo Arias, que se iba catequizando positivista y recitaba versos de Mme. Anckermann, entreverados de

párrafos y reflexiones filosóficas sobre la muerte y la vida. Teodoro habló también por aquel entonces de un libro sobre el asunto de *La Muerte*, que había publicado en París un español.

—¡Sí, señor, en París, y en francés!—decía el mediquillo dando grandes voces!—El autor ha tenido que traducir su libro y publicarlo allá. Aquí no se protege la ciencia.

Martín llegó á pedirle el libro: las recientes lecturas filosóficas habían hecho peso en su ánimo y creyó encontrar consuelo en aquellas doctrinas.

—Advierto que es positivista el autor,—dijo Teodoro.

—¡Bueno!—contestó el otro, para quien era indiferente lo de escuelas y partidos

—¡Ah! Entonces....—concluyó Teodoro.

Y le llevó el libro, que Martín encontró muy bien escrito, pero que no daba consuelo. A lo menos á él le dejaba tan dolorido como antes: era aquello muy frío, muy razonable y no estaba él para razones. Devolvió el libro sin concluirlo y continuó su vida misantrópica, triste, sin hacer el menor esfuerzo para salir del marasmo, de la casi estupidez en que había caído.

Por las noches, después de cenar, iba, ocul-

tándose de las gentes, por las calles más oscuras y excéntricas, á visitar á D.ª Carlota. ¿Para qué? Ni él lo sabía. Era una costumbre y como una complacencia que sentía en reforzar constantemente el recuerdo vivo, palpitante, sobre el terreno, de aquella desgracia que les anonadaba.

La pobre madre sufría dolorosamente con tenerlo al lado, recordando más aún á su hija y soñando en aquel amor que hubiera sido la felicidad de su vejez. El, á la vista de todos aquellos objetos de la casa, tan familiares, que aún parecían exhalar el perfume de flores con que los engalanaba Esperanza, sentía también renovarse el dolor de la muerte, que había echado sobre él el luto eterno de la felicidad desvanecida. Y, sin embargo, sentía un gozo feroz, un placer extraño en reforzar el dolor, en abismarse en la pena, espoleando los recuerdos, evocando intencionadamente los detalles más íntimos del idilio pasado. Revolvía frases, repetía conversaciones, suscitaba memorias, empeñado en aquella lucha loca de abrumarse á fuerza de sentimiento. Con doña Carlota apenas hablaba: permanecían el uno junto al otro, sin mirarse apenas, procurando no hacer el menor ruído, como si estuviesen oyendo alguna música lejana cuyos

sones llegaban con vaguedad. La luz amarillenta del quinqué alumbraba mal la escena, envolviendo el conjunto en una tinta gris casi uniforme, en la cual eran manchas más oscuras los trajes negros de luto. Martín se había vestido de luto: fué un capricho de que no hubo quien le apeara. Quería demostrar al mundo con algo externo, palpable, toda la pena de su alma.

Hacia las once de la noche se despedía de D.ª Carlota. Era breve: un apretón de manos, una mirada triste y *adios*. Antes de salir entraba en la alcoba donde dormía Merceditas. Miraba á la niña, que respiraba suavemente, con la boquita entreabierta, como sonriendo, y con los bucles rizosos regando la almohada. En una silla, tirado al descuido, estaba el vestidito negro, de percal, que exhalaba un olor acre de tinte. Martín se inclinó sobre el rostro de la niña: tenía todos los rasgos, todas las facciones de la otra, que parecía reflejarse allí como en una miniatura. Martín se acordó de un retrato de niña que Esperanza le había enseñado pocos días antes de la enfermedad: era ella, exactamente ella, cuando tenía poca más edad que Merceditas.

En su casa, Martín continuaba la misma vida: inacción absoluta. Teodoro tuvo una frase feliz:

—Chico, haces el turco como Zola,—le dijo viéndole fumar echado sobre los colchones. Martín se sonrió tristemente. Tenía en la mano un libro que aquella misma mañana, súbitamente, había tenido deseos de leer. Era de Murger, el indispensable tomo de Murger; *Scènes de la vie de bohême*. Teodoro se alegró.

—¡Hola! ¡Buen síntoma que leas eso!—exclamó.

—¿Por qué?—dijo Martín enseñándole el capítulo que leía. Teodoro reformó su juicio: era *Le manchon de Francine*, aquella historia sencilla y melancólica del bohemio Jacobo y de *Francine*, la modista que muere tísica.

—¿No te parece que yo soy Jacobo?—preguntó Martín.

Y luego añadió tristemente:

—¡Oh, juventud mía! ¡Tú eres la que has muerto!

Nunca dijo mayor verdad. No era, no, aquel afán por la vida práctica, aquel despertamiento de sus facultades positivas, el fondo y el alma del amor de Martín. La savia de aquel cariño fué la juventud con todas sus hermosuras, sus entusiasmos, sus idealidades, sus melancolías, que Esperanza evocó en él é hizo

vivir de modo enérgico. El gran secreto de la felicidad que encontró Martín en el amor, de los sentimientos nuevos que le produjo, es que con él fué por primera una vez, cuando menos lo esperaba, joven; y vió en el mundo aspectos ignorados hasta entonces para quien, como Martín, vivía en una esfera intelectual de fantasmas, falsa y brillante; y empezó á comprender la vida, á saber que hay otro mundo más real que el mundo de imágenes de los libros en que él se había engolfado antes. Como Anteo, Martín cobró nuevas fuerzas al chocar con la madre tierra, la realidad hermosa y rica, que siempre nos guarda alguna sorpresa coloreada con la tinta hermosa de lo que vive y se agita y cambia.

Teodoro, tratando de disuadirle de aquella idea, hubo de recordar todas sus primitivas observaciones acerca del carácter y del talento de Martín. Aquel mismo día comunicó sus conclusiones con Arias.

Decididamente aquello estaba perdido. El hombre *práctico* se iba, se iba á toda prisa: y volvía el soñador, el romántico, que no se aviene con los tropiezos de la vida ante ellos: y se dobla el bohemio, en fin, sí, señor, el bohemio puro. Ahora lo era más que antes. Todo el esplendor súbito que les había asombrado,

aquel renacimiento hermoso y como evocación provechosa de las facultades de Martín, moría para no volver. Sin duda alguna, Martín no se levantaba más: no sería ya nunca otra cosa que un diamante en bruto. Y Teodoro acentuó la frase:—Sí, señor: un diamante en bruto; mucha potencia y cero en resultados.

¡Ah! ¡Y tenía razón! La causa que despertó en Martín el deseo y el ardor del trabajo, del trabajo firme que aprovecha, había muerto; y todos los sueños de vida práctica, todo el afán de saber profundo positivo, morían también, perdiéndose de nuevo en la idealidad vaga, brillante como los fuegos de pólvora, pero que se resolvía al fin en humo, aplastada por la pesadumbre brutal de una contrariedad abultada á lo infinito. El lo comprendió así:

—Esto se va,—me dijo un día señalándome sus libros.—A cantar otra vez. Libertad absoluta: *lo primero que salte á la mollera.*

Y así fué. Aquel año concluyó la licenciatura y marchó á su pueblo con ánimo de encerrarse en él, de ser quizás un *Rafael* como el de Lamartine. Creo que no se despidió de doña Carlota.

Al poco tiempo, nadie se acordaba de él. Desapareció como había venido. Empujado un momento por el amor en el camino en que es-

taba llamado á ser algo útil y grande quizás, desenvolvió fugazmente todas las energías pasionales de su alma. Luego, toda aquella brillantez se borró de pronto, quedando sólo el hombre de rápida intuición que adivina lo grande, pero que no puede llegar á ello por falta de estímulo, de energía y de constancia. Prevaleció el elemento emocional, la influencia de raza y de clima. Aquel primer carácter que las lecturas encendieron más vivamente, se enseñoreó de todo, matando en su principio de vida el florecer robusto de una inteligencia excelente, pero mal educada, en que el sentimiento lo era todo, desarrollado de una manera falsa, enfermiza, sin nada de la fortaleza sana que da la conciencia de lo real, la apreciación exacta de las cosas de la vida. Lo que decía Teodoro:

—Un bohemio, desengáñense Vds.

Ultimamente se ha sabido que Martín es secretario del Ayuntamiento en su pueblo natal. Arias también asegura haber leído unos versos lacrimosos firmados por Martín. No tiene nada de particular.

Y, sin embargo, como concluía Teodoro al hablar de aquel chico:

—Es una lástima, porque prometía.

1886.

EL TIO AGUSTIN

I

Sentado en la cama, con la ropa apelotonada á un lado, miraba Agustín de ese modo medio estúpido propio de la soñolencia, las líneas de luz que marcaban las rendijas del balcón. Sin duda, debía de ser muy tarde, porque la luz aquella era muy fuerte, de un tono rojizo.

--Las ocho lo menos,—pensó Agustín.

Y de pronto, como por una decisión enérgica de la voluntad, saltó de la cama. Se vistió despacio, dudando aún si sería bueno eso de levantarse tan pronto....

La verdad es que la noche anterior había sido de jaleo y fiesta; y eso, después de haber pasado todo el día por aquellos montes, trás de las perdices.

Por un momento, el recuerdo de la cacería distrajo á Agustín. Ya estaba él viendo y representándose las peripecias cinejéticas del día anterior. ¡Maldita suerte! Entre dos cazadores matar una sola perdíz, es cosa que avergüenza á cualquiera. Y que se quedaban cortas de burlonas, las chicas del pueblo!....

Por allá bajo, en el zagüán quizás, sonó una vocecita dulcísima que cantaba con mucha entonación:

Vorrei morire.... etc.

—¡Qué sentimental está esa antes de almorzar!—exclamó Agustín riendo.

Concluyó de vestirse, después de bien lavado con agua fresca, muy fresca, (porque él no consentía otra cosa, ni la estación convidaba á ello), y abrió el balcón.

La luz entró libremente, inundando la alcoba y realzando el desorden de muebles y vestidos. Agustín respiró con ansia el airecillo puro, que venía de los pinares á renovar la atmósfera viciada de la casa. El día estaba precioso, día de verano que en aquellas alturas era de primavera, con su cielo azul obscuro, sus oleadas de sol que corrían sobre los montes marcando todos los detalles, animando la vegetación fuertemente coloreada y frondosa, embriagando á los pájaros que corrían de

árbol en árbol lanzando chillidos, trinos y gorjeos.

Agustín se sabía de memoria todos aquellos sitios con todas sus bellezas. Durante veinte años (los cumplió en Junio), había tenido sobrado espacio para observar el paisaje grandioso de aquel rincón de provincia. Todos los veranos iba con la familia á pasar los meses de calor en la casa solariega, que ya no era más que una masía. Pero lo monotono de la costumbre no produjo en él la indiferencia. En su alma joven estaba arraigadíslmo el sentimiento de la naturaleza, y movido de él, sabía apreciar el punto estético de aquellos paisajes.

La vocecita dulce continuaba en el zagüán:

Vorrei morire....

—¡Nieves! ¡Nieves!—gritó Agustín dejando sus observaciones campestres y corriendo hacia donde sonaba la voz.

—¿Qué?—preguntó Nieves desde abajo.

—¿Sabes que te has levantado de un temperamento sentimental?—dijo Agustín en lo alto de la escalera.

Abajo reinó un silencio penoso, durante el cual parece como que se meditaba una respuesta digna. Por fin, así como al descuido, salieron estas palabras:

—¿Y tú, dormilón?

—¿Yo? Aquí me tienes?

—Bueno, pues baja y almorzaremos.

—¿Cómo es eso?—dijo Agustín saltando de dos en dos los escalones para llegar más pronto. Pero se llevó chasco. En el zaguán no había nadie. De allá dentro, de la cocina, volvió á salir la vocecita:

—Espérate, ya voy.... Y añadió enseguida: —¿Tú querrás chocolate?

—Sin duda, dijo él.—Y la leche, ¿eh? el vaso de leche.. Se les habrá olvidado, de seguro.

La vocecita no contestó; y Agustín, con las manos en los bolsillos de la chaqueta que llevaba desabrochada, mostrando la camisa muy blanca, nuevecita, se asomó á la puerta de entrada para volver á sus observaciones estéticas. El camino que iba al pueblo, pasaba á dos varas de allí y estaba entonces muy animado. Las gentes que vivían en las afueras acudían al mercado.... á oir misa....

La campana de la iglesia, cuya torre surgía dominando las casas más altas, llamaba con ese apresuramiento que tienen las campanas cuando las maneja un monaguillo ganoso de concluir su labor....

Agustín se cansó de saludar á todos los que pasaban con el *Buenos días* imprescindible,

que no perdonan aquellas gentes, cuyas etiquetas son más pesadas que las de la ciudad; además, el sol molestaba mucho, sobre todo en los ojos. Se entró y á fé que lo hacía á tiempo, al propio tiempo que salía de la cocina Nieves, aquella Nieves de la vocecita dulce. Agustín quedó un momento mirándola; era bonita la chica; decididamente era bonita. Avanzó hacia ella y la saludó con acento burlón.

—Buenos días, Nieves.

Ella, con las manos escondidas bajo del delantal, le miró fijamente y luego dijo:

—Buenos días, tío.

—¿Tío? ¿Has dicho tío?—exclamó Agustín.

—Pues claro. ¿Eres ó nó mi tío?

—No, señor.... Es decir, sí, señor.... Pero vamos, que no quiero que me llames tío. Eso me avieja horriblemente. A ver si cualquiera se figura que tengo treinta ó cuarenta años....

—Falta te hacen,—apuntó Nieves acercando una silla á la mesa de la izquierda, mesa de comedor, sin pulimentar, y sentándose.

—¿Para qué? dijo Agustín tomando igualmente asiento.

—Para tener juicio....

—¿Ah sí?.... Pues mira te prohibo desde hoy que me hables de tú. De usted, niña, de usted.

O soy ó no soy tío.... Y ahora, dí á esa que traiga el chocolate....

Nieves llamó á Remigia y Remigia sacó los desayunos. Venía también el apetecido vaso de leche, que no se había olvidado.

—¡Bravo!—exclamó Agustín.—Veo que aún tenéis memoria.—Y añadió luego, mirando á su sobrina.

—¡Ah! ¿Tomas chocolate como yo?

—Si.... señor, contestó Nieves, mojando una cortada de bizcocho que se desmenuzó en la jícara de puro recién cocido.

—Eso es, señor. Bien hablado.... ¿Y mi padre?

—En el pueblo, con el mío.

—¿La mamá?....

—Concluyéndose de vestir.

Callaron por algunos momentos para comer de prisa.

Agustín encontró el bizcocho excelente.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí.

—Pues está muy bien. Cuando te busque novio tendré en cuenta tus habilidades de confitería.

Nieves hizo un mohín que tanto tenía de indiferencia como de contrariedad. Su cara fresca, rebosando salud, se coloreó vivamente.

—Pues mira,—continuó Agustín—sé de un amigo que aprecia mucho esos detalles.... Y entre paréntesis, ¿iremos á misa?

—Nosotras de seguro. Tu irás donde quieras....—Nieves se detuvo, como impresionada por una idea triste, algo que oscureció su frente blanquísima y pura.

Se rehizo al momento y concluyó.—¡Como todos los hombres sois ahora unos judiotes!

—Oye, chica: ¿Dónde has aprendido eso? ¿En el colegio?—dijo Agustín como enfadado. ¡Ah, y te advierto que olvidas muy pronto la consigna! Me has hablado de *tú*.

—Vete á paseo! exclamó Nieves entre enfadada y burlona.

—¡Cómo! ¿Te insubordinas contra tu tío, tu respetable tío?—gritó Agustín.

Y como viese que Nieves reía al fin descaradamente,

—¿Pero soy ó no soy tío?—añadió.

—Si; eres un tío.... muy fastidioso,—contestó la sobrina.

Y tirándole la servilleta á la cara, huyó por la escalera riendo sin escrúpulo, con carcajadas sonoras que tenían algo de canto.

II

La Hoya es un pueblo metido en un vallecito estrecho y encajonado, como un agujero de aquellas montañas; pueblo de labriegos, de leñadores y de aficionados á la caza. Casi todos los vecinos (con licencia ó sin ella) tienen escopeta, perros y hasta hurón, lo cual allí es perfectamente público, puesto que no hay guardia civil, ni se vé una pareja sinó allá, á media legua de distancia, en la carretera que va á la capital. Con esto, y una corporación municipal compuesta de los más acomodados del término, que procuraban constantemente por la administración y la rebaja de las contribuciones, los vecinos de La-Hoya eran por entonces felices, archi-felices. La verdad es que el ayuntamiento (salvo los apartados que allá en lo hondo de los libros de cuentas pudiera procurarse), era paternal y solícito con sus gobernados. La-Hoya parecía una capital en miniatura. Había un sereno, algo así como guardias municipales, alumbrado de aceite y otros lujos. Por su parte, la actividad individual, esforzándose por cooperar á la actividad administrativa, había creado varias tiendas de co-

mestibles, una sucursal de venta de escopetas, una zapatería, una sastrería, dos talleres de carpinteros, un casino que recibía *El Imparcial*, y por fin, un comercio completísimo, casi un bazar de ropas, desde la bayeta á la seda.

Hasta cierto punto, y tenían razón, esto constituía uno de los orgullos de La-Hoya. La tienda estaba perfectamente surtida, no ya de su género especial, sino también de los ramos de sombrerería, alpargatería, etc. Además, era dependencia de Hacienda pública; al lado de las ropas y adherentes, estaban los cigarros; era el estanco de La-Hoya. Con todo esto, la casa rebosaba á todas horas de compradores, porque los vecinos eran muy aficionados al tabaco y las vecinas á los refinamientos del guardarropa; aficiones que llevan en germen la decadencia y ruina de los pueblos.

Por otra parte, el dueño de aquel casi bazar merecía todos los dones del Señor. Era un hombre afanoso por trabajar, sufrido, conocedor de los negocios y muy apreciado por su honradez. No faltaban malas lenguas, que murmurasen; pero esto es patrimonio de la vida social, lo mismo en un pueblecillo que en Madrid. La verdad es que la historia de aquel hombre era la mejor lección para los araganes

y desocupados. Siempre celoso de sus bienes, no descuidaba una ocasión ni dejaba perder un momento. Representaba, además, la parte más culta del vecindario, que si abundante, tenía muy pegado el pelo de la dehesa.

El señor Narciso, por el contrario, entendía de mundo y daba gusto oirle hablar, sobre todo tocante al arte de la vida; era un hombre práctico en toda la extensión de la palabra.

Por todo esto, (lo de educación, el estanco, etcétera), había hecho Agustín de la casa-tienda su descansadero y centro de operaciones, en cuanto llegaba á La-Hoya. Los días que no le enredaban los aficionados con una partida de caza en el monte ó le retenía su sobrina para que la acompañase en un paseo, ó su madre para que la leyese cualquier libro, se marchaba muy temprano al pueblo, y ya en él, hacia las dos constantes estaciones: primero, el casino, para leer rápidamente *El Imparcial*; luego, la tienda del señor Narciso. La segunda estación debía de marcar en el libro de Agustín *parada y fonda*, porque allí se estaba largo tiempo, echado sobre los cajones de cigarros que formaban un sofá magnífico, ó montado en el mostrador, observando á los compradores y fumando, pitillo tras pitillo, el contenido de una cajetilla de treinta y cinco, gasto que en

traba en el presupuesto diario de Agustín.

Durante la visita, hablaba constantemente con el que servía el mostrador, bien fuese el señor Narciso, su esposa ó su hija. ¡Ah, sí! Con la hija gustaba mucho de hablar Agustín. Y la verdad es que aquella muchacha alta, garbosa, de formas muy perfectas, blanquísima, con los labios muy rojos y las mejillas, la frente y el remate de las orejas preciosamente sonrosados, daba gozo de ver. Era una nota bellísima, pero discordante de todas los que ofrecía La-Hoya, y con esto más bella aún.

No había en todo el pueblo una chica tan blanca, de cútis tan fino como Irene.

Agustín había jugado con ella en la niñez, la había visto crecer pulgada á pulgada, y nunca se le ocurrió aquello de que la chica era bonita, pero muy bonita. Esta reflexión vino de pronto, aquel mismo verano, cuando él se encontró de repente á la niña hecha mujer, desarrollada en un todo, llena de ese atractivo de la fruta nueva.

Cierto que la edad de Agustín también había avanzado, y que con la edad habían venido nuevas ideas y diverso modo de apreciar las cosas: ello fué que encontró á Irene divina y se condolió de no haberlo notado antes.

En un principio, la cosa no pasó de aquí. Agustín iba á la tienda como siempre, gastaba las mismas bromas que en otros tiempos, parecía tan maniático por la pulcritud en el vestir como antes. Pero insensiblemente, de un modo que en Agustín no era del todo deliberado, las visitas aquellas tomaron distinto giro. Empezó á preferir la conversación de Irene á toda otra, y hasta le aburrían los compradores.

Pueden Vds. creerlo, que le aburrían. Así es, que aprovechaba todos los momentos que tenía libres la chica, y allá iban aquellos párrafos larguísimos, aquellas historias de su vida, siempre de su vida, porque Agustín no sabía hablar de otra cosa. Lo que había sido, lo que era, lo que sería. Y esto, con un lujo de detalles algunas veces picantes, una abundancia de nimiedades psicológicas tal, que Irene se aturdía, se embrollaba y concluía por no entender aquello y reirse de todo.

Otras veces le daba á Agustín por estarse callado, allá en el sofá de cajones, contemplando ávidamente la cara, el cuerpo, las sonrisas, las miradas y el mover ondulante y gracioso de aquella juventud que tenía toda la fortaleza de la montaña y todo el fuego del medio día. Eso también lo había observado

Agustín, y como que añadía, en su concepto, nuevo valor á la belleza de Irene. Por esto ó por lo otro, ello es que se armó tal galimatías en aquella cabeza de estudiante de veinte años, que no supo entenderse ni sacar nada en limpio. .

Al final, averiguó una cosa; que estaba enamorado de Irene, ó lo que según él era igual, que gustaba muchísimo de la chica y que hubiera querido cada cinco minutos comérsela á besos. En este terreno la cuestión, Agustín que tenía algo de precavido, trató de andar con pies de plomo.

Hasta entonces no se había cuidado de que sus padres, ni su hermano, ni la sencillota de su sobrina, reparasen en las visitas á la tienda. Pero desde que se advirtió de aquel enamoramiento, creyó que se lo habían de conocer enseguida y de prohibir, por de contado; y lo ocultó mañosamente. Por lo regular, pagaba la coartada el casino. «Nos entretuvimos.... He estado allí toda la mañana.... Una partida de dominó....» Además, procuraba ir á la tienda con algún pretexto de compra; y tanto lo hizo así, que se enteró en poco tiempo de todo el surtido que en diversos ramos poseía el señor Narciso, para satisfacción de las necesidades vecinales.

III

Aquel domingo sí que acompañó Agustín á su madre y á Nieves. Estuvieron en la misa mayor, una misa con órgano atrozmente desentonado, que tocaba el barbero de La-Hoya, gran *dilettante* de la música. Agustín se colocó en la puertecilla de la sacristía, sitio de preferencia y premeditadamente escogido, desde el cual veía perfectamente toda la nave central, y con especialidad, cierto rinconcito de la primera capilla, en que se arrodillaba Irene, muy visible merced á un rayo de sol que llegaba luciente hasta ella para rodearla como de un nimbo luminoso. Así resaltaba mejor de entre la media luz, tibia y misteriosa, que el sol cortaba con aquella banda dorada y brillante.

Con toda intención, Irene iba primorosamente cuidada aquel domingo. Al lado de su madre, vieja con la vejez feísima de la mujer de pueblo, ella, arrodillada con cierto arte, realzaba aún más su juventud bella, rebosando salud, la sávia que corría por todo el cuerpo coloreándolo con matices de manzana en toda sazón.

Agustín sintió un extremecimiento de pla-

cer al admirar aquella figura que se le ofrecía con todos los encantos de lo deseado. La falda, de fondo oscuro, rameada discretamente con florecillas pequeñas estampadas con bastante fidelidad, le pareció á él manto de rosas que cubría las desnudeces de aquel cuerpo de virgen.... Por bajo de la mantilla salía el cabello rizado, de un tinte suavemente rubio, recortando la cara fresca y de mirada profunda.

Satisfecho, respirando todo el hálito del placer que se escapaba de aquella niña que súbitamente se le mostraba como mujer en todo su desarrollo y parecía llamarle para unir dos juventudes, Agustín sintió orgullo de poseedor, sí, porque él se suponía ya poseedor de todo aquello; y miró á todos lados con aire triunfal, como desafiando á la concurrencia, gozándose de ser el amo, el descubridor de aquel tesoro, con derechos de primer ocupante....

En el altar, la misa desarrollaba todo su ceremonial solemne; el órgano chillaba, horriblemente equivocados los registros, y el coro seguía su canto bajo, ahuecado, con aquellos esfuerzos de labradores que aspiraban al dictado de artistas.... Agustín no vió ni se dió cuenta de nada de esto.

Para él no había más que el referido rinconcito de capilla que le enviaba á veces miradas llenas de luz y de promesas.

Sin saber cómo, la corriente de amor se había establecido entre aquellos dos puntos. La perspicacia mujeril de Irene le había hecho comprender todo lo que Agustín sentía, y ella también, dando rienda suelta á su afán, con toda la franqueza de las gentes rurales que llega á veces hasta la grosería, contestó con rubores súbitos y ojeadas llenas de fuego.

Bien podían decir los dos que no habían estado en misa. ¿Oyeron acaso algo de las sagradas oraciones?

No, de seguro que no. Solo hubo un momento en que se fijaron en el altar. Agustín tropezó con la mirada suplicante, dolorida, de Nieves, alarmada por aquellas irreverencias; y el tío, aquel tío de veinte años, bajó la cabeza avergonzado ante la súplica muda de su sobrina.

Irene también sufrió aquella advertencia que ya entonces, para ella, tenía mucho de severa; y no atreviéndose á sostenerla, á medir armas con aquella niña de ciudad que tenía de su parte toda la fuerza de la educación, se humilló como Agustín y miró también al altar.

Pero fué un momento. Luego tornaron á su conversación de sonrisas y miradas, hasta que acabó la misa y tuvieron que salir de la Iglesia.

En la puerta, Nieves paró á su tío.

—¿Nos acompañas? le preguntó.

El hizo un gesto de desagrado, y luego, sonriendo á su madre, disimulando todo lo que pudo, dijo trabajosamente:

—¿No están ahí los papás?

—Se han ido al casino.

—¡Ah! pues entonces.... voy á verles.... á leer....

La madre de Agustín asintió, sin advertir la turbación de su hijo; pero Nieves quedó pálida, agitada por un temblorcillo nervioso, mirándole con aquellos ojos azules, magníficos, que parecían pedir auxilio.

—Bueno.... ve.... iremos nosotras solas—dijo trabajosamente.

. . . . . .

Agustín no vió en aquella palidez ni en la turbación que la acompañaba, sino un resto de enfado por la irreverencia de antes. Se despidió de prisa, y corriendo, tropezando con los grupos que había en la plaza, se fué á casa de Irene, anhelante de oir transcritas en palabras

aquellas hermosas promesas que salieron del rinconcito de la capilla.

. . . . . .

La habló con toda la efusión de su juventud, de aquel deseo ardiente, de aquella hambre de cariño que súbitamente le había dominado. Ella, en un extremo de la sala, apoyada en la cómoda, le oía sin mirarle, roja de vergüenza y de placer, expiando con miedo los pasos de su madre en la cercana alcoba. Con un grito expontáneo, una alegría feroz, que ella misma no supo contener, porque le ahogaba, le dijo que «sí,» le dijo que le quería; y esto animado con el brillar profundo de los ojos y el temblorcillo vacilante de las manos... Después se separaron. El estaba repleto de gozo, viendo pequeño el mundo ante su felicidad; ella satisfecha, sintiendo el poder magnífico de la pasión que dominaba todo su temperamento de mujer sanguínea.

IV

Desde entonces, Agustín hizo su vida en la casa del señor Narciso, acompañando á Irene en los paseos á los barrancos, en las expediciones á las heredades, pero evitando siempre dar publicidad al lazo que les unía. Ella, con

esa legítima aspiración de la mujer que se cree amada, pedía la declaración solemne de aquel amor, no sospechando, ó no queriendo entender, de la existencia de amores ocultos, vergonzantes, que al fin son repugnados por los mismos que los contrajeron. Pero á él no le convenía aquello. Sabía muy bien que había de tropezar con enérgica oposición en su familia, con disgustos enormes; y quizás, por otro lado, veía con miedo la precisión de tomar por mujer á la que hasta entonces sólo halagaba un capricho. No.... ¿estaba él seguro de que sería feliz con Irene?.... Pero si la quería, si suspiraba por ella á cada momento.... ¿Duraría aquello? ¿Se podrían amalgamar, compenetrar y vivir felizmente aquellos dos caractéres y aquellas dos educaciones tan distintas?.... Agustín rehuía estas reflexiones por que no sabía responder á ellas ó le llevaban á un punto que no le satisfacía. Parecíale mejor entregarse de lleno al amor de aquella mujer que le ofrecía la virginidad de su corazón, y que, sintiendo en él un alma superior, mejor cultivada, la hacía partícipe de todas sus penas y alegrías, de todos sus pensamientos, como buscando en él algo que la completara y le sirviera de apoyo en la vida. Decididamente, Irene tenía algo que no era de La-Hoya.

En medio de sus arrebatos de niña mimada, de sus groserías nativas, de su falta de instrucción, de sus burlas sangrientas, soeces, de sus celos de todos, de la *sobrinita* en particular, había en Irene algo que tendía á vida superior y más perfecta. Agustín, sin embargo, no cuidó de desarrollar esa aspiración; gustábale más bajarse hasta ella, hablar el lenguaje inculto de la montaña, usar las bromas picantes y gruesas de aquella gente. El no creía en redenciones ni educaciones por amor. ¿Era de La-Hoya? Pues que fuese siempre lo mismo, una montañesa, hermosa, acabada en lo físico, aunque en lo demás se mostrase ruda, arrebatada, falta de pulimento social.

Con esto empezó á caer Agustín en una degradación de maneras, de lenguaje, de gustos, que en él era dolorosísima. Todo el pueblo entendió al cabo los amores de Irene.... Algunas conversaciones sorprendió él que le irritaron. ¡Ah! ¡el pueblo soez, la canalla que se gozaba en la calumnia, el chisme, la porquería!....

Agustín tenía el orgullo de haber hecho sentir el amor á la niña con quien había jugado cuando pequeñuelo. Pero era incapaz de otra cosa. No se toleraría él una infamia....

Era difícil, eso sí, ir tras la luz sin llegar á quemarse. Pero él resistía valientemente....

No; que pudiera aquello concluir como había empezado. Un engaño de sentimiento, bueno; pero un abuso de confianza, de ningún modo.... ¡no podía ser!.... Agustín tenía aún miedo y vergüenza.

***

El amor de Irene se manifestaba de otro modo, acorde con su temperamento ardiente y su educación pobrísima.

Casi todas las tardes (validos de aquella libertad de costumbres característica de La-Hoya) salían juntos, llevando detrás al señor Narciso ó á su mujer, dirigiéndose ya á las viñas del barranco, ya á las higueras del monte, ya por fin al río, en cuyas márgenes crecían hasta una veintena de almendros, repletos de fruta sazonada, con la piel abierta y mostrando el color oscuro de la cáscara interior. Allí, en pleno campo, fuera de las miradas del pueblo, se entregaban los dos jovenes, bajo la descuidada vigilancia paternal, á todos los goces mudos de un amor que se oculta y con esto parece más apetitoso.

Las bromas y las caricias de Irene, eran siempre del mismo género. Al pasar por cual-

quier arroyuelo, no se olvidaba de mojar á Agustín con el agua fresca, aireada, saltona, que á él le parecía rocío magnífico de perlas líquidas. En cambio, Agustín la hacía rabiar grandemente si tenían que vadear el río ó que saltar un margen de tierra labrantia, negándola la mano ó haciéndola caer, gozoso de aquellos enfados fingidos, con los que ella quería imponerse.

Si pasaban por junto á una era, la broma se renovaba con nuevo aspecto. Entonces era paja, una lluvia de paja lo que cubría el cuerpo de Agustín; é Irene reía estrepitosamente, al ver el cuidado que él ponía en librarse de aquel bautizo.

Al llegar á las viñas empezaban los juegos de otro modo. Era un tiroteo sin descanso de granos de uva arrancados sin piedad, tirados al menor descuido; y á veces, volvían los dos enamorados al pueblo sin haber comido nada, pero ostentando aquí y allá, en el peinado y en el sombrero, restos de aquel derroche de uva aplastada, pisoteada, que cubría el suelo como tapiz suave, sobre el que se deslizaban aquellas dos juventudes, ansiosas de movimiento, de vida y agitación.

Así visitaron todos los rincones de la montaña, todas las fuentecitas y huertas que antes

miraron indiferentes, y que ahora llenaban con sus gritos de alegría, su alocamiento delicioso.

Tenían cuidado de esquivar la compañía de otra persona que no fuese el padre ó la madre de Irene. Estos eran tolerantes, miraban sin desconfianza aquellos juegos de Irene y Agustín, porque habían visto crecer al «señorito» y le creían incapaz de un engaño cualquiera. Allá, allá, en lo más secreto de la mente del señor Narciso, como que hubo sus proyectos y se forjaron alianzas que le parecían muy bien.... Al fin y al cabo, Agustín era un chico, un chico de los que se entusiasman pronto.... y pudiera suceder....

Si á Irene acompañaba alguna amiga, los dos, de común y tácito acuerdo, se abstenían de dar rienda suelta á sus sentimientos Entonces el paseo concluía mal; volvían tristes, apenados, como sintiendo un peso en el pecho, el peso de las palabras contenidas, de las confidencias calladas, que esperaban impacientemente su salida en aquellos párrafos que la pasión hacía elocuentes.

Pero si no venía amiga alguna, si les dejaban solos, entonces la vuelta era triunfal, algo así como la vuelta de Herman con Dorotea, rojas las caras de tanto hablar y agitarse, los

vestidos descompuestos, el cabello enmarañado y flotante. Volvían con las manos cogidas, ó llevando entre los dos una cesta y haciendo muy por lo bajo el resumen de la tarde, de las sorpresas, de la uva que se habían tirado, del agua que habían esparcido, persiguiéndose mútuamente. Retrasaban el paso, quedaban atrás, alargando el camino para alargar la expansión, hablando con medias palabras, risas y melancolías repentinas.

De pronto, cuando el señor Narciso ó su mujer les gritaban: ¡Vamos, vamos!—daban una corrida sin soltar la cesta, regando el suelo de frutas y hojas, y seguían su camino anhelantes, respirando afanosamente, sofocados por aquel modo de agitarse y hacer alarde de su fuerza de juventud.

Pero todo aquello concluyó de pronto, súbitamente, cuando menos lo esperaban.

En La-Hoya, las murmuraciones eran generales, y los padres de Agustín las conocieron á lo último.

En la *masía* hizo esto impresión dolorosa. La madre, aquella pobre madre que no gozaba de la compañía de su hijo, atraído casi siempre por otro cariño, se sintió herida al saber la causa del alejamiento de Agustín. Quiso llamarlo, amonestarle severamente; pe-

ro alguien se opuso á esta escena violenta que la buena señora no hubiera podido sostener hasta el final con igual energía. Nieves la quitó esta idea.

—No; deje usted obrar al abuelito.

Y el abuelito, efectivamente, con aquella serenidad que le caracterizaba, sin mostrar enfado ni alteración, quizá por sistema educativo que en él se atemperaba á las condiciones del educado, mandó arreglar la maleta de Agustín y luego le dijo estas solas palabras:

—Mañana te vas á casa.

—¿Y eso, papá?—preguntó él, temeroso de aquella orden repentina.

—Es preciso que vayas. Llevarás ordenes para los albañiles. Hay que arreglar el cuarto tocador antes de ir nosotros, y ya está muy avanzada la estación.

—¿Pero... volveré?—se atrevió á preguntar Agustín, de un modo que quiso hacer indiferente.

El padre titubeó un momento. Luego, siempre con la misma serenidad,

—En cuanto despaches, sí,—dijo.

Aquella tranquilidad desconcertó mucho á Agustín. No hubo disputa, ni riña, ni nada. Satisfecho en el fondo de aquella excursión á

la capital, no reparó el joven la añagaza que encubría. «¡Ah, sí! Y que se alegraba él poco de hacer tal viajecito....¡Vaya! Como que había de traer á Irene.... ¿que le traería?... ¿Un pañuelo, un pañuelo bordado?.... ¿una sortija?.... ¿Qué se yo? Algo, en fin, algo que le gustase.»

Al montar en la diligencia, allá en el camino que pasaba á media hora del pueblo, llevaba Agustín la cabeza llena de ilusiones, figurándose ya su vuelta á La-Hoya, redoblado su afán de amor con la forzosa abstinencia, y cargado de regalos y de visiones nuevas, las nuevas visiones de la capital que contaría á Irene.

Mientras los accidentes del camino se lo permitieron, estuvo mirando aquel pliegue de la montaña, aquel vallecito donde estaba el pueblo, todavía en la sombra, pero rodeado de una nube blanquecina, la nube de humo de los hogares que subía recto y luego se extendía formando gasa ligerísima.

Una vez no más, por un segundo, miró á la *masía* que allá en lo alto, dominando al pueblo, ostentaba su masa enorme, como fatigada de vejez. Allí quedaba una madre á quien Agustín no recordaba en aquel momento, y también un corazoncillo joven que palpitaba á escondidas por aquel ingrato que solo

veía La-Hoya y en La-Hoya una casa, aquella, la de enfrente de la iglesia.... de la iglesia cuya torre iba ocultándose poco á poco, hasta que desapareció.

*
* *

Agustín no volvió á La-Hoya. A los dos días de su llegada á la capital, se le reunió toda la familia.

—La mamá.... la mamá que se había puesto enferma. Poca cosa, el estómago,.... los alimentos....

Agustín hubo de contentarse con estas explicaciones de su padre que continuaba con aquella serenidad, como si nada supiese.

Pero el chico comenzó á decaer, á estar triste y huraño, á disgustarse de cualquier cosa, notando á su lado el vacío de aquella vida activa, exhuberante, que se unía á la suya y le había hecho gozar con la expansión de energías que ahora estaban olvidadas, como muertas, faltas de ejercicio.

Entonces pensó mil locuras: escaparse de su casa, irse á La-Hoya, robar á Irene, casarse ocultamente.... Cualquier cosa con tal de salir de aquel infierno de deseos que no podían decirse, de tristezas que no podía él llorar en el hombro de la madre.

Estuvo tentado muchas veces de pedir permiso para volver á La-Hoya. Pero Agustín temía á su padre, encontrando en la mirada de éste algo que le traspasaba el pecho, como queriendo adivinar lo que sentía; y la petición quedaba en idea, muerta en los labios, sin atreverse á salir.

—¿Papá, me dejaría V. ir?.... No, no lo diría él nunca.

Al fin, conoció que sus padres lo sabían todo.

Aquel silencio estudiado respecto de La-Hoya y las cosas de allí, aquellos monosílabos que contestaban á sus preguntas, á sus recuerdos de los meses pasados, le convencieron de que su amor estaba descubierto y de que le habían engañado, sí, le habían engañado atrozmente!

Se encerró en mayor mutismo, en mayor tristeza, gastando el tiempo, como quien tiene prisa por que corra, en lecturas larguísimas, ó sentado muy junto á su madre, reclinando la cabeza sobre los hombros de ella, como si le doliese mucho y allí buscase alivio, en aquella caricia muda.

Otras veces, bajaba al piso de su hermano y allí se estaba todo un día, bien en el despacho, bien jugueteando en el piano, y con frecuencia, sentado frente á Nieves, viéndola co-

ser en la máquina que volteaba veloz, ó contándole algo de sus libros, que eran siempre novelas pastoriles desde *Pablo* y *Virginia* ó *El idilio de un enfermo.*

Contaba muy despacio, mirando al suelo, como buscando las palabras con que expresar aquella nostalgia de La-Hoya que le producía gran sufrimiento.

Nieves le escuchaba atentamente, pero con cierto gesto de preocupación, comprendiendo lo que todo aquello quería decir. Cuando él, por un movimiento brusco, alzaba la cabeza y la miraba preguntándole:

—¿Qué te parece?

Ella contestaba, roja como una amapola y queriendo sonreir.

—Está bien, sí, está bien....

Ya no le llamaba tío. ¡Ah, no, aquello no cabía ya! Las bromas se habían concluído para no volver.

Y la pobre niña, criada en la sociedad de su padre y de sus abuelos (la madre murió, por desdicha, hacía ya tiempo), inclinada forzosamente al amor de aquel muchacho con quien había partido todas las alegrías y los pesares todos, tenía momentos tristes, bien tristes, llorando sus ilusiones muertas. Agustín no veía esto, encerrado en su egoismo amoroso,

soñando á todas horas con Irene, Irene que allá en el pueblo le motejaría de ingrato, á él, que no tenía la culpa de aquello.

Pensó en escribirla.... pero rechazó la idea al momento. ¿Para que se enterase el padre, eh? Y abandonando este plan, continuó en su muda desesperación.

A veces, su hermano, aquel Antonio tan infeliz que había perdido á su mujer á los pocos años de matrimonio, aparecía por la sala, y acariciando á su hija, á su Nieves, que era el fiel trasunto de aquella otra Nieves que se fué para no volver más á esta vida, decía, mirando las caras severas de los chicos:

—¿Pero qué teneis, estais tristes? Algo malo le habrás dicho á Nieves, Agustín, cuando la veo malhumorada.... Alguna patochada de las tuyas.

—No papá, no,—replicaba Nieves ruborizándose vivamente.—Es que me contaba una historia triste.... una novela.... de dos que se querían mucho y se murió uno.

La pobre niña se detenía de pronto, comprendiendo que así hería profundamente á su padre, que le estaba haciendo daño sin querer; y el manto de dolor volvía á caer sobre aquellos tres seres tan distintamente movidos á un mismo estado de ánimo.

VI

Nadie diría que Nieves tenía diez y seis años.

Era alta, un poco delgada, pálida de color, de cuerpo elegantísimo, esbelto, con aquellos ojos azules, bien dibujados, que parecían mirar contantemente al cielo, como si allí buscasen la promesa de alguna felicidad misteriosa. Tenía la mirada del Norte, esa mirada, vaga, soñadora, llena de dulzura, que parece acallar todas las pasiones dándoles un tinte de delicadeza, un corte de sueño é idealidad. Cuando las pupilas subían hacia lo alto dejando al descubierto el blanco ligeramente azulado de la esclerótica, recordaba á aquellas vírgenes de la Edad media, modeladas con vaga y seductora idealidad.

Nieves hacía bien en mirar al cielo. Allí, en lo vago, en lo indefinido, en la conturbadora idea de lo infinito, tenía ella sus más queridas esperanzas.

Allí estaba, por allí debía de flotar el alma de aquella madre arrebatada en lo mejor de las caricias filiales; allí, sin límites ni fijación, como el espacio, se escondía aquel cariño de niña nacido inconscientemente, y ahora vi-

viendo de toda la vida de mujer, mujer nueva roto el capullo de crisálida; allí iban á unirse, con las nubes blancas ú oscuras, todas las melancolías de la juventud, todas las tristezas y sentimientos que, sin saber cómo, llenaban de pena, estremeciéndole, aquel corazón de diez y seis años.

No tenía Nieves á su lado nadie que la consolase en aquellos dolores. Unida á su padre aún abismado en la pena de la viudez, teniendo que regir la casa, que ser ama y directora de aquella vida de dos, su carácter se había formado muy pronto; tenía ya toda la energía de los veinte años con todas las vagas tristezas de la niñez.

En aquella situación, aferró todo su cariño á los solos dos puntos que fuera de su propia casa se ofrecían: sus abuelos y Agustín. Cuando ella nació, tenía Agustín seis años. Dió los primeros pasos llevada por el, y unidos jugaron mientras duró aquella edad de alegrías inconscientes.

Le habían dicho que era su tío; y Nieves, en medio de la franqueza de los niños, le tuvo cierto respeto, mirándole como algo superior, algo que valía más que ella. Después, las necesidades de la vida los separaron. Agustín comenzó sus estudios, trabó amistades, se hi-

zo como todos, ansioso de los oropeles del placer que el adolescente ve agrandado, como algo que es fin supremo y altísimo de la vida. Con esa tendencia tan natural al hombre, se fué separando de la casa, viviendo más con los amigos y los libros, deseando terminar la carrera para dedicarse por completo, con libertad, al disfrute de los goces que la sociedad ofrece.

Nieves sintió aquel alejamiento de ese modo íntimo que produce en la mujer el predominio del sentimiento sobre la idea. Se vió más sola, sin sospechar lo que significaba aquel vacío, y llenó sus ocios hablando con su abuela de Agustín, ese pícaro Agustín que gustaba más de ir al teatro que de pasar la velada con sus padres.

Y no es que no los quisiese. ¡Vaya si los quería! La pobre madre se rebelaba ante la presunción de que su hijo dejase de quererla.... Ahora, que el chico buscase la ocasión, era natural; cosa de los años....

Y tenía razón. Para Agustín quedaba siempre, allá en el fondo, el cariño hacia los padres, latente, pronto á mostrarse en cuanto fuese necesario. Respecto de su hermano, ¡oh, á ese le tenía un respeto! Y su sobrina.... ¡bah! una sobrina pálida, soñadora, casi romántica,

una sobrina en fin, es decir, una mujer de casa, fuera de combate.

Así pasó el tiempo hasta el verano aquel de La-Hoya. Entonces, á la simple idea del amor de Irene, que ella comprendió con esa perspicacia ingénita en la mujer, Nieves sintió que la pena del alejamiento de Agustín, el vacío que dejaba, era más que el vacío de un hermano, de un compañero de juegos que se va.

Entonces comenzó la lucha interna, aquel brotar vigoroso del amor escondido que quería salir y mostrarse á lo exterior: y los esfuerzos de la vergüenza, aquellas timideces de la esperanza muerta que volvían á encerrar el sentimiento rebelde.

Sin embargo, Nieves no desesperaba del todo. Resignada, paciente, aguardaba, no sabía por qué, algo inesperado que le trajese á su Agustín, que hiciese caer sobre ella la luz, mucha luz, para que él se fijase bien y viese lo que se le ofrecía. Por eso observaba tristemente aquella melancolía, aquella muda desesperación qué se apoderó de Agustín en el destierro forzoso de La-Hoya.

Porque aquel deseo fogoso, aquella pasión del gusto que era pasión por una vida enérgica, ardiente, que se fundiese con la suya, se había trocado en algo más vago, menos de-

finido y con esto más poético, más lleno de ilusiones: las ilusiones de los veinte años que sueñan y divagan.

Aquel vivir de la idea, siempre en el punto del deseado cariño, aquella preferencia por las historias de amor que le recordasen el campo y la montaña, duró algún tiempo. Luego, decayó el ánimo, vinieron las aspiraciones sin contornos fijos, el amor que continuaba purificándose y al propio tiempo borrando la imagen de lo amado, poco á poco, quitando la persona y dejando el sentimiento, con ese mover instintivo del corazón de la juventud, que es *fiel al amor é infiel á los amores.*

En toda esta evolución, Agustín tuvo á su lado, solícita, cuidándole siempre sin que él se advirtiese de ello, á Nieves, que parecía rodearle de ternura, de esas pequeñeces de la mujer que ama y que atraen sin saber cómo, cual la luz á la mariposa.

Ella le escuchaba pacientemente las historias llenas de gemidos, de penas, á veces de latigazos febriles de la pasión ... Ella soportaba aquellas tiradas de versos que él decía instintivamente, sin oirse, sin sospechar que había alguien á su lado.... Cuando reflexionó un poco, pudo advertirse de todo aquello y sintió la gratitud.

—Es muy buena esa chica.... es muy buena.

Y no pasó de aquí.

Pero aquello le predispuso á otras cosas. Sin hablar una palabra, por movimiento expontáneo del corazón, depositó en ella su confianza, la creyó merecedora de conocer sus penas, y ¿quién sabe? de dar alivio á ellas, quizás de apagar aquella ansiedad, que en él era la última frase de la pasión que moría. Entonces se sintió más unido á Nieves, como un penitente á su confesor; y tranquilo, satisfecho de que le ayudasen á llevar la carga, porque él estaba seguro que ella le ayudaría, preparó el ánimo para una confidencia, una de esas confidencias de la juventud en que á ciencia cierta no se sabe cuanto se va á decir, ni cómo se dirá.

VII

Aquel día comió Agustín en casa de su hermano. Comieron en la antesala del despacho, ante la chimenea encendida, repleta de leña, llameante, que calentaba la habitación. Desde allí veían el jardín, donde la mujer de Antonio aguardaba en otro tiempo, jugando con la ni-

ña, á que su marido acabase las tareas del bufete.

La comida fué triste, como lo eran las personas de aquella casa. Antonio no se había quitado el luto del alma ni del vestido, siempre de negro, de riguroso negro, es decir, la falta de todo color.... Nieves llevaba una bata de tono claro, sencilla, abrochada hasta el nacimiento del cuello; y por remate, sobre la garganta, ciñéndola suavemente, una corbata de azul claro, el color de sus ensueños, el color que amaba más, el único por quien suspiró durante el luto de su madre! Aquel día, sus ojos de soñadora tenían más fijeza, lanzando toda su luz á intérvalos sobre el rostro de Agustín, que comía en silencio, dándole vueltas á una idea que le torturaba sin darle punto de reposo.

A los postres les dejó solos Antonio. Se fué dentro, al despacho, para enterarse de unas cartas que le habían traído.... Desde su mesa veía á Nieves, aquel recuerdo vivo de la mujer amada, triste con la tristeza de la muerte, que era ya la única alegría de Antonio.... Comiendo los postres, el dulce de las monjas, la torta de manteca que había hecho Nieves, saboreando la copa de *chartreuse*, Agustín miraba á su sobrina.... ¿qué sobrina?.... no, á su

hermana, á su confidente que allí se le ofrecía con toda la solicitud de la mujer buena.... Probó de todos los dulces, repitió las copas de licor como haciendo tiempo y buscando la manera de romper y decir lo que le acongojaba el pecho de puro atropellado. Nieves también pensaba, pero era en su madre, uno de cuyos retratos, colocado en frente de la chimenea, se iluminaba á intervalos con el reflejo rojo de la leña hecha ascuas, consumida en llamas.

De pronto, haciéndose el distraído, como quien viene de repente á una idea que no es de mucha importancia, Agustín, chupando su cigarro para ocultar la turbación, llamó suavemente:

—¿Nieves?

Ella se estremeció al oir aquella voz temblorosa. Volvióse lentamente y mirándole cara á cara:

—¿Qué?—le dijo.

—Nada, mujer... que hablemos.... No me pongas cara triste, hoy que estoy convidado. Porque tú estás triste, Nieves.

Ella se ruborizó vivamente, y mirando al fuego dijo, como si le brotasen las palabras contrarestando sus esfuerzos:

—Pues no, que tú....

—¡Ah, yo!—dijo Agustín.—¡Es verdad!

Calló un momento, y luego, como siguiendo á un apuntador oculto:

—Sí,—añadió.—¡Tengo tantos motivos!.... Tú no sabes los tropiezos de la vida... Tú, criada siempre entre cuatro paredes.... Se sufre á veces mucho, pero mucho.

—¿Y eso?—preguntó Nieves queriendo echar á broma la cosa.

—¿Eso?—dijo él.—¿A qué preguntas si tú lo sabes mejor que yo, si has seguido paso á paso mis tristezas, si me has consolado en ellas infinidad de veces?

—¡Ah! murmuró ella, no sabiendo por donde escapar.—Pero yo creí que eso....

—¿Había concluído?—interrumpió Agustín.

—Sí, casi.... Por un lado, concluído del todo. Pero queda algo, el vacío.... Mira, ahora te lo puedo contar todo; pasó el entusiasmo de la personalidad, y lo puedo ya decir sin alterarme.

Hablaban en voz baja, para no distraer á Antonio, que allá en el despacho continuaba la lectura de sus cartas, interrumpida a veces para dirigir miradas amorosas á su hija.

Agustín se echó de codos sobre la mesa, y bajando aún más la voz continuó:

—Yo no sé cómo vino aquello.... no te lo

puedo decir.... Lo trajeron quizás las circunstancias, el ardor de la sangre, y sin duda el aislamiento en que me encontré, sin otra mujer al lado, una mujer que me amase y me enloqueciera de amor....

Se interrumpió. ¡Ay Dios mío! ¡Qué cara, qué cara la de Nieves! Estaba roja, llena de fuego, de vida, mostrando en aquel chispear de ojos, algo que Agustín no había visto hasta entonces, algo que era como un desprecio y una lástima, á la vez, del ciego que no había reparado en lo que se le ofrecía fácil, y juntamente una petición de luz, mucha luz, para que advirtiera al fin lo que existía á su lado, lo que era potente y rebosaba hasta salir afuera, con la alegría feroz de un sentimiento reprimido, que al cabo puede expresarse.

VIII

Para Agustín, aquella mirada fué una revelación. ¡Cuán claramente vió lo que hasta entonces, ciego, no había comprendido!

De repente, en el horizonte negro de su tristeza brillaba una luz, apartando nieblas, contorneando vigorosamente la figura de aquella mujer que era su salvación, y que era tam-

bién el amor satisfecho, aquella ansiedad que encontraba otra ansiedad con que fundirse y abrevarse.

Por un modo muy natural y muy repetido en la vida, se le fué representando todo el proceso de sus actos, en el desarrollo de su cuerpo y su espíritu unido al de la niña aquella, que fué en junto su hermana y su compañera constante, celosa sin que él lo supiera por su dicha.

Recordó los primeros años, aquellos años en que él, con sus derechos de mayor en edad y de tío, ¡nada menos que tío! guió los pasos de Nieves, y la meció queriendo hacerse el hombrecito, cuidando de ella como un padre formal.... Desde niña tuvo la mirada dulce, soñadora, mirada de víctima y de ángel bueno.... No se enfadaba nunca; era imposible, casi, hacerla llorar.... Siempre la sonrisa benévola en los labios, como aceptándolo y perdonándolo todo.

Después, se le aparecieron los cuadros de la adolescencia, cuando él empezaba á ver mundo y ella estaba á dos dedos de abandonar sus vestidos de niña.

¡Cuántas veces, impresionado Agustín por lo que había visto fuera, lleno de entusiasmo, iba á contarle á Nieves el trocito de mundo

que le había admirado tanto! Entonces las dos cabezas jovenes empezaban sus fantaseos, dejándose llevar del vuelo alto y lujoso de la imaginación.

Después, él, más metido en el mundo, con otras ideas y otras aspiraciones que le caldeaban el cerebro, no se fijó más en la mujercita que tenía al lado; una mujercita hecha y derecha, ama de casa, orgullo de su abuela, entendida en toda la prosa útil y poco apreciada de la vida real. Parecíale Nieves, su sobrina, una buena muchacha, muy buena y nada más.... Pero bien se acordaba de aquellos infinitos favores que él iba á pedirla, en un momento de compromiso.

—Mira, chica, el botón del guante que se me va á caer.... Si quisieras pegarlo.... El muellecito de la corbata que se ha descosido. Y tarareaba una canción, distraído, mirando á todos lados, sin parar mientes en aquella solicitud pacientísima, aquel trabajo lleno de encantos que denunciaba á la legua la mujer fuerte, Marta la hacendosa, la *mujer de su casa*.

En la primera volada de su juventud, Agustín hizo poca vida de familia. Sólo recordaba algunas tardes de lluvia, esas tardes fastidiosas, sobre todo en una capital de provincia,

en que el hastío parece infiltrarse en todo el sér y apoderarse de él.... Tambien recordaba de otra tarde que fueron juntos, en tranvía, al vecino puerto, para espaciarse con la vista del mar, *emblema de lo infinito*, que dicen los poetas. ¡Qué bien se le dibujó el cuadro de aquella tarde! Fué á la entrada de la primavera última ...

El día estaba precioso, convidando al paseo; un día de esos en que rompen mil flores su botón y se esparcen aromas sin cuento por el aire....

Salieron con Antonio que quiso complacer á su hija y buscar quizás algún alivio á sus penas....

A la ida no ocurrió nada de nuevo; estaba cierto de que nada ocurrió. Nieves, hecha una mujer, respirando aquella atmósfera de primavera, el aire libre, la brisa del mar que al pasar por los jardines se henchía de olores gratos, estaba guapísima. Había más dulzura en su cara, más bondad en sus ojos....

En el puerto corrieron mucho, esquivando los caballetes, las carretas llenas de fardos, el hierro de las grúas; queriendo enterarse de todo, bajando á la escollera hasta sentir la espuma de las olas que les salpicaba el rostro, deslizándose por entre un cargamento de vino

hasta la farola que se reflejaba ya en un mar hondo y al parecer sumiso que entraba mansamente por la boca de piedras de los muelles. Allí, en la farola, de pie sobre unos sillares grandes que estaban aguardando ser colocados como fin de la obra, miraron hácia el frente la llanura de agua que tomaba colores tan distintos, y que allá, en lo hondo, al final se desvanecía vagamente, fundiéndose con el azul súcio del horizonte. Luego, como asustados de aquellla inmensidad, miraron atrás, la tierra firme que comenzaba á pocos pasos, al rincón abrigado donde no había olas, repleto de buques de todas formas, de construcciónes diversas, de naciones distintas: todo confuso, enmarañado con aquel cruzamiento de cuerdas, aquel chirriar de poleas, el humo que salía negro, espeso, produciendo una niebla oscura y sofocante; y en lo alto, las banderas que flotaban al viento, amarillas, rojas, verdes, tricolores, como manos vivas que saludasen á la patria lejana, que habían dejado llevadas del afán del Comercio.

Detrás de la confusión de palos, cuerdas y cascos, el fondo de tierra apenas se veía; tan solo hacia la izquierda el lejano verdor de los campos, y más adentro, la silueta de algún campanario de la ciudad, destacándose sobre

el horizonte encarnado por la puesta de sol.... Cuando dejaron todo aquello, aturdidos por los mil ruídos del muelle, los olores fuertes y raros de las mercancías, de las comidas de á bordo y del vapor, hubieron de subir al imperial del *tranvía*, al aire libre, rozando las cabezas con las ramas de los árboles que forman la alameda entre el puerto y la ciudad.

¡Hermoso recuerdo! La noche que se venía encima á toda prisa, la luna que se levantaba á la derecha, sobre los montes violáceos, y el airecillo fresco, la brisa que allá arriba soplaba fuerte, desordenándoles el cabello.... ¡Tanto placer que no supo aprovechar!

Ahora lo veía bien. Ahora veía aquella niña que había vivido por él siempre, ofreciéndose como la *mujer de la casa*, la que ha de ser buena esposa, casta, arreglada, y luego buena madre; contrastando con el enfebrecimiento de los sentidos, aquellas alegrías locas pero enervantes y efímeras de Irene. Agustín vió todo esto, descorrió el velo que le ocultaba la nueva vida, una vida que él no hubiera sospechado... y tuvo vergüenza. ¡Cómo le despreciaría Nieves! Cómo se había de reir y cuán poco creería en una confesión de amor salida de aquellos labios que solo le habían hablado

indiferentes, y que un día tuvieron la indiscreción de hablarle de otro amor!

IX

Por unos días estuvieron retraídos el uno y el otro. Nieves tuvo miedo de haber expresado mucho en aquella mirada, en aquel gesto que se le escapó sin querer. Tuvo miedo de que Agustín la hubiese comprendido y la despreciase.

Por su parte, Agustín temía una repulsa, una carcajada ante su rápida conversión, ante aquel amor que nacía de pronto, como las ideas innatas que se manifiestan en la ocasión oportuna y entonces reconocemos que siempre las hemos ligado, instintivamente, á nuestros juicios. Por un movimiento natural, modificó su manera de vivir. Se hizo más casero, más formal, echando á un lado todas las melancolías....

Por fin, cierto día se atrevió. Les habían dejado solos cuando menos lo esperaban. Fué muy sencillo, muy breve; cosa de pocas palabras, las únicas que necesitaban para expresar lo que hondamente sentían.

—Mira, Nieves.... no te rias.... Es verdad, te juro que es verdad.... No lo digo en broma.

Y temblaba, presa de una agitación especial, pálido por la emoción.

—Yo te quiero Nieves, te quiero más que á mi vida.

Y luego, viendo en aquellos ojos azules humedecidos, en aquellas mejillas rojas, la contestación muda á su confesión, la cogió una mano y estrechandola vivamente, solo dijo:

—¡Gracias, gracias!

Se sintió más bueno.

. . . . . .

En toda su vida hablaron más de La-Hoya.

1885.

LA MOSCA DE ORO (1)

Había rodado en los boulevares, sobre el embaldosado parisien, y alta, bella, de carne soberbia como una planta que crece entre estiercol, vengaba á los indigentes y desvalidos de quienes era hija.»

ZOLA. (*Nana*, CAP. VII)

I

No recuerdo exactamente si fué leyendo el folletín de *La Correspondencia* ó unos versos de Carulla; pero ello es que me dormí como diputado de amén en el Congreso.

Soñé muy variamente: aquellas diantre de

(1) Este artículo estaba destinado á formar parte de un libro titulado: *Mujeres de la novela contemporánea*, que por entonces proyectaba escribir el autor. Otros capítulos hay en *Mi primera campaña*.

lecturas habían destornillado mi cerebro que era un contento.

Yo acostumbro á soñar muchas cosas de novela; y aquella noche fuí rodando—en gracia de lo trastornado,—de Goldsmith á D' Arlincourt, de Ayguals de Yzco á Sue y por fin de Alas á Zola. Ate V. esos saltos por el rabo!

De lo que hago memoria es de que leí en sueños, y muy de corrido, *La mosca sabia* de Clarín, y luego salté á *Nana* de Zola. Recorriendo las páginas de la novela (porque yo la leía, como ustedes ahora estos renglones) me fijé en aquel articulito que el periodista Faucherie publicó en las columnas del *Fígaro* y que era una sabrosa diatriba, pero también una perfecta pintura, de la popular *Nana*.

Zola no copia el artículo, y es cosa que siento en el alma.

Muchas veces he pensado cómo podría yo dar con el tal escritito de Faucherie, y solazarme con el satírico retrato de la rubia *Nana*, aquella historia desnuda de la *Mosca de oro*, ese insectillo de cuerpo brillante que lleva en Zoología el significativo nombre de *Musca vomitoria*.—Porque yo creo, como algunos críticos, que Zola es bastante épico en sus obras y Nana es quizá de las más épicas: con lo que la pintura aquella, para ser algo, ha-

bía de ser—aunque fuera de Faucherie y no de Zola,—un algo muy grande, muy alegórico y rebosando color y crudeza, como el original.

Pues soñando en estas cosas héte aquí que de pronto, sin más aviso del que pudiera dar un fiscal de imprenta á un periódico de oposición, héte aquí, digo, que desaparece el libro de Zola en que yo leía—leía así para adentro, con los ojos del alma—y en su vez se despliega á mi vista un número del *Fígaro*; un número colosal, que se movía lentamente, desarrollándose hacia el techo, como si subiera al piso de encima, preludiando aquella *Gran Sábana* de que habla Souvestre.

Lo cierto é importante es que yo leí en el tal *Fígaro* un artículo titulado *La Mosca de oro*, firmado por un tal Faucherie. Lo leí con tal afán, que lo conservo casi íntegro en la memoria y voy á copiarlo para ver si de ese modo consigo, con ayuda de vecinos, retratar á la rubia Nana.

Una advertencia: Yo no sé si este artículo que copio de aquel *Fígaro* es el que dice Zola. En sueños así lo creí yo, y aun tengo mis sospechas de certidumbre; pero si no sale el retrato como debe ser, yo creo que la culpa no será de Faucherie; sino que cuando uno lee durmiendo—y más si antecedieron folletines y

versos como los de marras,—mal será que no se lea de través y con abundancia de errores. Por si acaso, he resuelto no prepararme en más de mi vida al sueño del modo que lo hice aquel día.

Y, dice el artículo. . . . . .

II

»Nadie la esperaba aunque todos la temían.

»Surgió de pronto, mágicamente, en medio de los aplausos de un público frenetico y del rabioso gruñir de mil concupiscencias. Apareciose llena de luz vivísima, proyectada de antemano para hacer resaltar su carne lasciva y su mirar de fuego. Llegó desnuda, como llegara á la vida, y vida nueva era en verdad la que empezaba. Hubo un desbordamiento de pasiones, un crecimiento de deseos, un bullir violentísimo de la sangre que fustigaba con fuerza, alborotando el cuerpo todo.—Los pueblos tienen sangre como los individuos y padecen fiebre como ellos. La fiebre brotó aquella noche: todo se agitaba, todo se movía de un modo vertiginoso, inconcebible.

»La atmósfera de la pasión había subido, calentándose, hinchando el aire, haciendo estallar sus moléculas de repente; y se notaba

en aquellos rostros encarnados, congestivos, ávidos, estallando en deseos, sangrando ideas de placer brutal. Los niños sufrieron como una conmoción electrica, y de repente fueron precoces. Saludaron á la *Mosca de oro* con furor que se compadecía bien poco con sus rostros barbilampiños é inocentes. Como evocados por la fatalidad, allí se juntaron lo más bajo y lo más noble, lo más criminal y lo más exento de faltas. Los granujas de la calle llevaron allí su lodo de palabras y su veneno de saliva; para ellos fué una fiesta, como un recuerdo de fecha memoroble. ¡Ah! tropezar con lodo, un lodo tan sucio como ellos lo estaban, pero lodo bien hecho, de formas preciosas, de ademanes incitantes.... Sonrieron de alegría y escupieron una vez más su podredumbre, que subió á todas partes y lo llenó todo. La inocencia fué arrastrada, y olvidándose de lo que era, bebió del veneno y se encendió en apetitos.

«*La Mosca de oro* lo valía. Era bella, muy bella con esa perfección un poco grosera de la naturaleza exhuberante, pero ahita de vida. Deslumbraba su cuerpo, fulgurando matices de iris, reflejando la luz y lanzándola á todos lados. ¡Cómo brillaba! Ayer nadie la conocía. Todavía ayer andaba en los albañales, criándose, tomando gordura y colores, arrastrán-

dose sobre la inmundicia, revolcándose en ella, saturándose de todos los miasmas de muerte que ahora esparcirá en el aire. Allí, en la obscuridad, ha pulido sus alas, ha bruñido su cuerpo: y viene, con la sonrisa de la satisfacción, á subirse sobre toda esa multitud frenética que es ya su esclava. No desea la *Mosca de oro* gozar; gozó mucho en su vida de ayer y no busca nada más. Su intento es volver á todas las bajezas pasadas, es realizar el odio de lo pequeño á lo grande, para llevar á esos que admiran sus hélitros dorados al fondo de las degradaciones, al estercolero, á donde para todo lo que sobra, toda la carne podrida, podrida del vicio, gastada en la orgía de la miseria, de la injusticia y de la pasión.

»¡Ah público! Veo algo de providencia en la *Mosca de oro*. Ella te arrancará sangre, lágrimas, horrores, vilezas, oro y carcajadas, remordimientos y suicidios, y atraerá obscuridad, podedumbre, lepra social!.... lo mismo que le has dado, lo mismo que ella tuvo en su cuna y te arroja en la cara. No te bautiza de virtud, porque no la ha conocido. Nació pobre, miserable, de una familia proletaria y viciosa, casi sin hogar, sin amigos; creció y la incitaron á la impudencia quienes habían de moverla á la honestidad. Y devuelve aquello. Dará la vida

que le han dado; no hay que quejarse mucho, pues. Mientras rodaba sobre las baldosas del boulevard huyendo de la miseria de su casa, respiró la atmósfera de vicio, de podedumbre, y oyó las voces roncas, ansiosas, que espolcaban la pasión de todo ese hipócrita pueblo, comido por la lepra de lo grosero, de lo degradante, esclavo de la brutalidad de la carne, torturado por las ideas de refinamiento del placer.

»Si ahora escupe lo que la disteis á tragar, es porque se impone la lógica de los hechos. Creció entre el fango, desamparada, rodeada de miseria y de vicios. Los primeros ejemplos que vió, inficcionaron su sangre aun joven. La vida libre, desatendida, la promiscuidad feroz, todo lo malo de la población obrera, amontonada en los hoteles sucios y destartalados; la vida de dolor y de privaciones que se quieren ahogar en excesos; la educación nula; el vuelo alto y sin recorte de las fuerzas naturales; el miedo á la miseria de la casa, donde esperan el hambre y los golpes brutos del padre que se emborracha; todo eso la lanzó á la calle, la calle parisién que atrae como un abismo y engulle todo lo que pasa. Arrastró sus chanclos rotos y sus redondeces de adolescente por el fango de las avenidas, aprendien-

do á odiar aquel lujo que parecía insultarla pasando á su lado indiferente á tanta miseria, salpicándola con la espuma de sus caballos.

»Pero lo deseó como medio de subir á los coches forrados en raso, y desde allí tratar mano á mano, de tú, como reina, á todos aquellos que no veían en ella más que á la hembra: un cuerpo rebosando vida que se enfebrece de pasión y entra en la Bolsa de la carne.

»Al fin es hija tuya, público.... Uno de vosotros la echó al camino. Paciencia! Sabrá vengarse luego con toda la rabia de los deseos contenidos.

»Y los hijos que nazcan de ese incesto de vicios, continuarán la cadena del crimen; y por mucho agitarán en el aire sus hélitros magníficos las *Moscas de oro* de la sociedad, apoteosis de la infame figura épica, colosal, resúmen de todo lo bajo y asqueroso, de la *bestia* de la carne que reina sobre todos en París.»

Faucherie.

1885.

DESPEDIDA

Los mecheros de gas, muy distanciados unos de otros, daban una luz insegura y triste al anden, y los escasos viajeros del tren de lujo se apresuraban á entrar en los wagones, huyendo de la humedad del ambiente y afanosos por ganar un buen sitio. Nada del bullicio, de las carreras y las voces que suelen preceder á la partida. Diríase que las gentes recataban el paso y economizaban las palabras; y para fundir aún más en un solo tono, oscuro y mate, los ruídos, la lluvia menuda é insistente golpeaba con rumor apagado los cristales del techo.

¡Extraña conformidad de las cosas y del espíritu! Gabriel no se daba cuenta de ella, pero sentía su influencia que le anublaba más y más el estado *gris* de su alma. De pie ante la portezuela del coche-berlina y al lado de la

mujer á quien adoraba, sentíase el joven íntimamente emocionado, con grave peso en el corazón y exaltado desvarío en la cabeza. Carácter melancólico y reconcentrado el suyo, retraído del mundo juntamente por naturaleza y por modestia de fortuna, todas sus energías vírgenes, todos sus sueños de muchacho, todo el lado afectivo de su espíritu se habían expresado de una vez al contraer la primera amistad femenina digna de despertar los anhelos y los amores de una juventud que aun tenía ideal y conservaba puro el sentimiento. Así, aquella mujer era para él, no sólo su amor, sino la vida entera, en lo más dorado, alegre y poético de su período de ilusiones.

Ante la gravedad del peligro—una separación larga quizá ¿quién sabe? eterna—él, tan respetuoso, tan comedido para su dulce amiga, se había decidido á hablar; y ahora, en el supremo y último instante, repetía toda su confesión atolondrado y balbuciente, en su inocencia real de las cosas de la vida que no había conseguido aprender—aunque él creyó por algún tiempo que sí—ni en las novelas psicológicas ni en los libros doctrinales más serios y profundos.

Después de haber puesto toda su elocuencia en la expresión del cariño que le embargaba

ahogándole casi la voz, quedó silencioso, con un vago miedo que se traslucía en los ojos estremecido de haber dicho cosas tan graves, y cuidadoso por el gesto sereno y triste con que habían sido escuchadas.

Suspiró la mujer levemente y levantó hasta él sus ojos azules, dulces é inquisitivos. Cubierta por el velo blanco que bajaba del sombrerito de viaje, aquella cara de niña, donde los años no habían marcado sello alguno visible, parecía rodeada de un nimbo de luz tenue, al través del cual los labios, pequeños y finos, sólo formaban una línea roja y esfumada, sin contorno. Al cabo de larga pausa, murmuró Gabriel:

—Hable usted por Dios. Creo que de lo que hoy digamos depende toda nuestra vida futura, y usted es quien ha de fijar mi destino.

—¿Por qué?—dijo ella con suave acento.—No tengo yo derecho á fijar su vida de usted: es usted mismo quien ha de hacerlo.

—¡Yo, yo sólo!—exclamó Gabriel dolorosamente.—¿Acaso puedo estar ya sólo nunca?

—No digo eso. Todos vivimos en sociedad ideal con las personas á quienes nos une el afecto, y con el recuerdo y la influencia de ellas nos nutrimos y formamos; pero ligarnos á una que á la vez no pueda ligarse, es des-

varío, y consentirlo, una mala acción.

—¿Aun amándose?

Vaciló la dama, y por un momento se colorearon sus mejillas; pero en seguida contestó, como quien sentencia:

—Aun amándose.

A su vez, quedó cortado el joven.

Inhábil en la lucha de discreción y disimulo que impone el trato con los hombres, no sabía más que decir sinceramente su pensamiento espontáneo, haciéndose traición á cada instante.

—Bien—dijo por fin.—No hablemos de atar vida á vida. No pretendo eso. Me resigno á que se vaya usted sin decidir sobre esa relación, la más esencial para mí.... No la veré á usted más; no embarazaré su camino; no me obligaré á nada. Pero necesito saber una cosa que será como la promesa del ideal que llenará mi alma, aunque, como todos los ideales, no lo alcance jamás.

Volvió ella á mirarlo, gozándose en aquella adoración entusiasta del joven, en aquella súplica más ardiente que mil juramentos amorosos; é iba á contestar, cuando la detuvo el grito de los mozos de estación:

—¡Señores viajeros, al tren!

Y al propio tiempo, asomó por la ventanilla

del coche una cabecita rubia, de pelo ensortijado, que llamó con afán:

—¡Mamá, sube; sube!

Con un gesto indicó la dama al joven la dificultad que para la conversación representaba la presencia del niño; y como si se amparase de ella, escudándose así para no contestar, alargó la mano pequeña y fina á Gabriel, y dijo con voz insegura:

—¡Adiós!

Quedóse el joven dolorosamente sorprendido por aquel brusco corte de la dulce intimidad á que creía haber llegado, y no supo insistir, sobrecogido también por cierto temor de aparecer á los ojos de la mujer amada ridículo ó impertinente. Retuvo un instante la mano enguantada, sin atreverse siquiera á estrechar el contacto; pero cuando notó un ligero movimiento que la dama hacía para desasirla, la llevó á los labios inclinándose, y besó en el puño, sobre la carne suave, en el espacio libre que el guante dejaba.

Luego la vió subir, desaparecer en el coche y volver á mostrarse en la ventanilla, al lado de la cabecita rubia cuyos cabellos acarició suavemente.

—¿Escribirá usted alguna vez?—preguntó ella mirándolo de una manera fija, como una

buena amiga que no quiere dejar trás de sí disgustos ó tristezas.

—Escribiré—dijo él.

Y añadió en seguida:

—Mas ¿para que?

Sonrió la dama y se animaron sus ojos, reflejando algo más que la nota simpática de las amistades.

No contestó sin embargo á la reflexión de Gabriel; mas para éste, la mirada suplió al acento.

Otra vez sintió la ola de la esperanza invadiéndole el corazón, y aguardó impaciente á que se expresara toda la promesa. Comprendió por instinto que las palabras que iban á seguir serían declaración simbólica del pensamiento íntimo, y por lógica asociación de ideas recordó la frase en que Dumas advierte que sólo en las últimas líneas de las cartas que escriben dejan escapar las mujeres su verdadero estado de ánimo.

—¿Qué va usted á hacer esta primavera?—siguió preguntando la dama.—¿Va usted á su país?

—Sí—dijo él.—Pasaré con mi madre el día de su santo.

—¿Cuando es?

—A la vez que el mío. Se llama Gabriela.

—¡Ah!—exclamó la dama.—¡Qué nombre tan hermoso! Verdaderamente es hermoso el nombre de usted.

Palpitóle al joven el corazón fuertemente, y se atrevió á decir tan sólo:

—¿De veras?

—¡Oh, sí!—afirmó ella. Y poniéndose algo encendida, añadió bajando la voz:

—Crea usted que si mi Juanito tiene alguna vez un hermano.... se llamará Gabriel.

E inclinando la cabeza, besó los rizos suaves del niño, sin dejar de mirar al joven.

¿Qué oleada de luz invadió el anden é hizo brillar el espacio entero? ¿Qué horizontes rosados se pintaron en lontananza, como fondo de la vida futura? Nada podía concretar Gabriel; pero sí sabía la dicha inmensa que le embargaba agitándolo nerviosamente y borrando toda tristeza de aquella despedida. El tren pasó, acelerando la carrera de momento en momento y perdiendose en la oscuridad de la noche. La trepidación tardó en apagarse; pero mucho después aún creía el joven que la iba á oir nuevamente, retrocediendo hacia la estación y trayéndole, plena y efectiva, la felicidad que tan dulcemente se había anunciado á su alma.

1892

NOCHE DE BODAS

Cerrada la puerta de la alcoba, quedaron solos marido y mujer.

La luz era escasa y extraña, resultando de la lucha que en el gabinete vecino sostenían las bujías de la lámpara y los rayos de la luna, que los cristales del balcón dejaban pasar; pero los recién casados se veían bien, observándose mútuamente, espiando cada cual en el semblante del otro la expresión de los sentimientos que debían de agitarle. ¡Cosa rara! Ni la mujer ni el hombre parecían experimentar esa turbación particular de los enamorados cuando se encuentran solos por primera vez. En la frenta de ella había algo de rubor; pero en sus ojos no brillaba más que una curiosidad mezclada de temor y tristeza. Sentada en la cama, con la espalda apoyada sobre almohadones y el busto vestido de una cham-

bra blanquísima, abotonada hasta la barba, no parecía la mujer una novia, sino una madre reciente, aun conmovida por los dolores con que le desgarró las entrañas el hijo adorado.

También el hombre parecía enfermo. Pálido é indeciso, queriendo sonreir pero sin llegar más que á la expresión de una dulce y compasiva ternura, tomó asiento al lado de la cama y cogió una de las manos de la joven.

—¡Gracias á Dios, Rosario de mi alma! dijo aparentando alegría. Ya nos han dejado, y podemos contemplar frente á frente la felicidad de nuestra vida, conseguida al fin. ¿No es verdad, Rosario?

Tras ligera pausa, contestó ella débilmente:

—¡Sí, Tomás!

—¿Estás cansada?.... ¿Quieres que hablemos un poco?

—Sí, hablemos. Te iba yo á pedir que hablásemos.

Se miraron con recelo, como queriendo adivinarse las ideas.

—Y ¿qué tienes tú que decirme? preguntó él al cabo, con voz suavemente burlona. De fijo es lo que yo también quiero decir.... Pues no te cedo la primacía; ó, mejor, vamos á decirlo á duo. Verás.

Se levantó afectando apresuramiento, y to-

mó entre las suyas las dos manos de la joven.

—Vamos, dí conmigo. Te quiero mucho, te adoro; he deseado toda mi vida este momento, y soy tuya, tuya....

Como árbol que se troncha por súbita ráfaga de viento, cayó Rosario en brazos de su marido, ocultando la cara; pero no pudo reprimir los sollozos.

—¡Hija, vida mía! ¿Qué es eso? ¿Qué tienes? exclamó él apartándola para mirarla. ¿Ya vuelven los enternecimientos? ¡Ay con mi niña! ¡Cuán criatura eres! Anda, mírame.

La incorporó, sentándose á su lado, en el borde de la cama.

—¿Pero eso está bien? añadió ocultando su turbación. ¿Te parece galante recibir á un marido con lágrimas? ¿Tanto te pesa haberte casado?

Miróle ella como preguntándole si hablaba seriamente; y en sus ojos brilló tal chispa de pasión, que Tomás, cogiendo la cabecita querida, la besó en los labios.

—¡Ay, no, no!—gritó la joven.—En la boca no. No me beses la boca.—Y volvió la cara al otro lado.

Al pronto no supo él que decir, y concluyó balbuceando:

—¿Por qué?

Volvió ella á mirarlo y de repente se decidió á hablar.

—No, yo no puedo consentir que me beses. Loco, loco de mi alma, ¿no sabes mejor que yo que estoy enferma, que me muero muy de prisa y que mi mal se contagia fácilmente?.... Nunca, ¡qué horror si te dejara herido como yo, irrevocablemente, sin esperanza!.... No protestes Lo sé todo: he seguido paso á paso tu pensamiento, conozco tu abnegación cariñosa y he consentido por darte gusto y.... porque te adoro, porque no quiero irme sin ser tu mujer. Pero la locura tiene sus límites, Tomás. Sabes que me muero: lo sabes, y no quieres que yo lo sospeche. Para ello te has casado y pretendes seguir al lado mío, sin pararte en la repugnancia que una pobre enferma produce, sacrificándolo todo, hasta tu vida, diciéndome palabras de amor cuando en el fondo las piensas de lástima, haciéndome creer que no tengo nada, que viviremos felices por años, por muchos años.... Ya basta con lo hecho. Empieza mi deber. Te adoro con toda mi alma; te debo la felicidad de mis últimos instantes, pero no quiero llevarte conmigo. Sé mi enfermero, dime siempre que me quieres, que no olvidarás mi memoria; pero dejame que defienda tu vida, que te prive esta solidaridad

con mi muerte.... ¿Para qué, si ya sabes que no lo ignoro?

—¡Pero si eso es mentira, mentira!—gimió él desesperado, besándola en la frente. ¡Estás delirando! No tienes nada: te pondrás buena y yo no corro riesgo alguno. ¡Ay, no me engañes!—añadió buscando un modo de torcer las ideas.—Dices todo eso porque no me quieres, porque rechazas mis caricias. Acuerdate de lo que me has querido, de lo que te adoro. ¡Vaya unas ocurrencias! ¿Quién te puso en la imaginación el cuadro de esas abnegaciones mías? No hay abnegaciones, Rosario, hay amor; y no soy marido de una muerta, sino de una viva que tal vez se ha cansado de mí.

—¡Calla, calla!—murmuró ella en voz baja. —Todo eso me produce un daño horrible. ¡Hubiera sido yo tan feliz como compañera tuya mucho, mucho tiempo!

Probó él de nuevo á convencerla. La estrechó amorosamente con un gesto arrogante que desafiaba el peligro, y volvió á besarla en la boca. Rosario no pudo resistir; pero siguió llorando y suplicando.

—¡No por Dios, Tomás mío! Nó; te matas, te matas por mí! Vas á sufrir horriblemente, como he sufrido yo. Dejame. Ya has hecho todo lo que podías: rodearme de cariño infi-

nito en los últimos momentos.... No los amargues dándome en ellos la zozobra de que heredas mi mal.

—¡Tu mal!—insistió él;—¡pero si no lo hay! ¿Crees infundirme miedo? Y su mirada expresó tal confianza, tal desprecio de la muerte, como si ésta fuera un sueño, que Rosario dudó un instante si aquella actitud y aquellas palabras eran muestras de noble heroismo ó afirmación de una seguridad convencida y probada. Un relámpago de esperanza le brilló en los ojos, y entrevió el panorama brillante de un porvenir largo y tranquilo; y con esto solo le bastó para serenarse y considerar su desgracia con una dulce resignación, que le calmó la fiebre y le hizo gozar de lleno la situación del momento actual. Sin contestar nada, pero hablando interiormente consigo misma, con tal viveza que le parecía oir su voz resonando en el eco de la alcoba, siguió gran rato allí, con la cabeza apoyada sobre el hombro del joven, estremecida nerviosamente. De pronto se irguió, más serena, sonriendo casi.

—Tengo sueño—dijo—pero me fatigo acostada.... ¿No quieres ser mi marido? Pues verás.... Estate aquí á mi lado; yo apoyaré la cabeza en tí y dormiré tranquila.... Dame la mano; no la sueltes. Así. ¿Quieres estar así?

¡Eh! Me parece que hago uso de mis derechos de esposa....

Tomás se acomodó, la sostuvo por el talle y permaneció silencioso. Una delicia inmensa le embargaba el pecho; y ante la alegría de hacer feliz á aquella pobre criatura que se moría, olvidó la amargura de la situación. Sentía la respiración fatigosa de la joven, el calor calenturiento de su cuerpo, y parecíale tener entre sus brazos á un hijo con quien no cabe el más leve impulso de voluptuosidad. Sólo un punto le entristecía. No había conseguido por entero su fin, que era ocultarle entre arrebatos de pasión á su adorada la terrible sentencia que en ella iba á cumplirse.

—¡No he sabido hacerlo!—se dijo.—Lo ha conocido.

Y experimentó ese desasosiego de las almas grandes cuando notan que se les ve la grandeza, y que se pretende herir su modestia pudorosa con la alabanza y el agradecimiento.

Unas tras otras pasaron las horas de la noche, y en ellas sufrió Tomás por toda la vida. Recordó punto por punto sus sueños de amante, los arrobamientos tan deseados, la espera impaciente del primer estrechamiento amoroso. Aquel cuerpo demacrado y enfebrecido que abrazaba, era el que había ansiado tener re-

bosando juventud y vibrando de felicidad y de pasión.

Mentalmente, se repetía una á una las caricias que mil veces había pensado, los acentos suaves, cariñosos y tiernos que preparara con el ansia de las evocaciones. Pero no era despecho irritado lo que sentía al ver toda la ilusión desvanecida y rota, todos los goces anticipados ahora imposibles y sin objeto; no le torturaban los sentidos con desazonada excitación. Los ardores de la juventud habían pasado: quedaba solo una amargura triste, pero serena y pura, por el bien perdido, y sobre todo por la desgracia inmensa que se avecinaba. No pensó en sí, en su cualidad de amante borrada para siempre, sino en ella, en la pobre mujer que se moría con la desesperación callada y honda del que deja sin cumplir sus más queridas ilusiones; y aquel poco de consuelo que él le procuraba, rodeándola de su cariño hasta el último instante, le producía suave contentamiento interior, bañándole el alma como un bálsamo que cerraba la herida y templaba los dolores.

Volvió enteramente á la pureza y elevación de sentimientos que le guiara en toda su farsa, no menos piadosa por haberle faltado el éxito; y viéndose más como hermano que como

marido de aquella mujer, renunció á seguir en su empeño, pues no podía engañarla, y se resignó á no pedir ni una caricia para no herir las repugnancias de la enferma ni levantar remordimientos que enturbiasen la mirada postrera de la agonía.

Al amanecer levantó Rosario la cabeza No había dormido, pero una inmensa alegría iluminaba su rostro. Durante toda la noche el brazo de su marido, de su Tomás, le había rodeado la cintura apretándola contra él: y la cabeza de Rosario, reclinada sobre el pecho del joven, había sentido latir el corazón de Tomás, á ratos sereno y acompasado, á ratos inquieto y sin medida. La mujer había soñado mil ilusiones y todas le parecieron posibles y cercanas; pero ninguna, á pesar de todos los esfuerzos de la imaginación, superaba á la realidad de aquel abrazo estrecho, dulcísimo, que le recordaba los de su madre, y de aquella intimidad de los dos cuerpos en que le parecía á ella tener el suyo defendido y amurallado contra la muerte.

Apartándole el despeinado cabello, lo miró con avidez, con ternura llena de profundo agradecimiento, con más amor que jamás sintiera, pero con un amor que no era el que Rosario—en sus desvaríos de niña inocente que

se ve turbada por los presentimientos de la pasión—se había figurado que era *el amor de marido y mujer*. Sonrió con la boca, con los ojos; y como él hiciera un movimiento que Rosario interpretó mal.

—No,—dijo.—Tú no me besas.... pero yo sí.

Y aplicó la boca sobre la frente del joven, en un beso callado, intenso, interminable.

Aquel beso pagó á Tomás todas las voluptuosidades perdidas.

1893.

ARREPENTIMIENTO

—Pues no, no. Te aseguro que no se lo perdonaré nunca, nunca!

Fueron dichas con tal acento de ira estas palabras, que el hombre se estremeció, asombrado de aquel aspecto nuevo que le revelaba su amada.

—¡Cómo!—exclamó después de mirar fijamente el semblante descompuesto de la mujer, cuyos ojos tenían una luz siniestra.—¿Es posible que tú, tan buena, tan dulce, tan razonable siempre, cedas á un arrebato de pasión y hagas motivo de odio para con tu hermana una cosa baladí, sólo porque te parece agravio?

—No puedo, no puedo—gimió la bella; cada vez que lo recuerdo, me pasa algo candente por el corazón.

—Vamos—insistió él cogiéndole una mano

y acariciándola como la de un niño. Comprende que no está bien.... No tienes razón ninguna. Hay, á lo sumo, un error en lo que ha hecho tu hermana; pero la intención, ¿cómo puedes creer que fué de molestarte, de herirte? ¿Acaso una hermana que te quiere tanto, que te ha servido de madre, ha de desear que sufras? Si eso lo hubiera hecho tu madre, ¿no se lo perdonarías?

Callaba la joven, un poco avergonzada y apretando los labios, cual si quisiera sellar la boca.

—Advierte—siguió él—que no es cristiano lo que dices. ¿Dónde están tu religión, tus fervores, tus deseos de ser perfecta? No es así como se imita á Jesús. Hay que perdonarlo todo.... especialmente cuando la razón está de la otra parte. No es esa la nobleza moral á que me tienes acostumbrado.

La voz del amante se había hecho severa, grave y triste á la vez. Calló un momento, y luego la dulcificó, atrayendo á la amada sobre su pecho.

—Vamos, haces que te sermonee, convirtiendo esta hora de amor en misión de Cuaresma.... ¿No es verdad que mi cielo, mi gitanita, perdonará y volverá á ser como antes con su hermana?

La gitanita movió la cabeza negando, y huyó del sofá á una butaca lejana.

—¡Ah!—exclamó él despechado. ¡No eres lo que yo creía! Vas á hacer que te quiera menos. Y quedó en su sitio, moviendo las piernas nerviosamente y mirando al techo.

Allá, al otro lado, en la butaca, suena un sollozo. Qué es? La amada llora, ocultando los ojos y las lágrimas con una mano.

—Hija, vida mía, monina. ¿Que te pasa?

El amante está á los piés de la niña, arrodillado, pugnando por descubrirle la cara. En vano pregunta. La gitanita no responde.

—Pero qué; ¿Crees que no voy á quererte? Boba, tonta. ¿Es que puedo yo dejar de adorarte con toda mi alma? Aunque fueses perversa, iracunda, mala como la más mala de las mujeres.... Pero nada de eso hay. Tú eres buena en el fondo. Todo pasará, verás, sin dejar huella alguna.

Brilla tal sinceridad y un cariño tan grande en los ojos del joven, que ella cesa de llorar y casi le sonríe. De repente, se torna triste y cegijunta.

—¡Ay no, no!—dice arrojándose á su cuello.—Tú me quieres, quiero creer que me quieres; pero no me estimas como antes. Soy mala, y tú sólo puedes estimar lo bueno,

Y torna á llorar silenciosa, amargamente.

El joven la estrecha, la cubre de besos, le canta el himno del amor, queriendo aprovechar aquella crisis para la total victoria.

—Si no hay nada de eso, alma mía—repite. —Si te estimo como siempre! ¿Cómo no? Pues esas mismas lágrimas, ¿no son muestra de que reconoces tu yerro y de que comienza el perdón? La primer agua que lava el pecado es la del arrepentimiento; y ya ves, ya ves.... ¡Ea, se acabó todo! Ven, siéntate aquí, sobre mis rodillas.

Mírale la amada, aun temerosa.

—¿De veras, me estimas.... como antes, absolutamente como antes? ¡Ay, es que yo me moriría si no fuera así!

—Así es. Y tú, ¿perdonas?

Mírale de nuevo la joven, con aire dudoso.

—Si perdono, ¿me querrás y me estimarás como á nadie en la vida?

—Claro.

Vacila la amada; y luego, con un gesto malicioso, se inclina hacia el joven y dándole un beso, dice:

—Bien: pues dile á mi hermana que la perdono, que perdono la ofensa.... pero que no la olvidaré nunca.

1892.

UNA AVENTURA GALANTE

El banquete llegaba á su término. El doctor Medina, que no bebía nunca licores, empezó á saborear con fruición la taza de café, mientras los alumnos, rotas las vallas de la reserva que en un principio les dominara, bromeaban en alta voz, repartiéndose las botellas de kumel y chartreusse. La conversación concluyó por fraccionarse, constituyendose pequeños grupos que discutían con ardor temas diversos; pero al cabo, venció uno que se hizo general.

Cuál fuese, casi no necesito decirlo: la mujer. Salieron allí todas las teorías, desde la más romántica y ñoña, á lo *Rafael* de Lamartine, hasta la más escéptica, á lo Schopenhauer. El doctor escuchó por largo rato, sonriendo discretamente, hasta que uno de los discípulos, en quien el Champagne había desatado la lengua, se atrevió á preguntar.

—Maestro, ¿no ha tenido usted nunca aventuras amorosas?

—A fe que sí—dijo el doctor poniéndose serio.—Y voy á contar á ustedes una de las más peregrinas. Ya es vieja. Apenas si llevava yo un mes de ser profesor en la facultad de Medicina de Madrid.

Callaron todos los chicos y atendieron con la curiosidad más viva.

—Uno de mis primeros clientes—siguió el doctor—fué un pobre obrero, en cuya bohardilla hacía más falta la cocina que la botica. Confieso que siempre salía yo de allí vivamente emocionado. Uno de los días me llamaron dos veces: la segunda fué al anochecer. La cosa iba mal y bajé á la calle con gran disgusto: el enfermo se me moría infaliblemente. Tomé el camino de casa muy despacio, buscando alivio para aquella preocupación. El azar me ayudó. Al doblar una esquina vi venir hacia mí una moza garrida si las hay, que caminaba perezosamente, con cierta indecisión en los movimientos del cuerpo. La esperé bajo de un farol para verla en plena luz. Conforme se acercaba iba yo notando lo airoso del busto, lo pobre y raído del traje. La falda, que había sido negra, descolorida ya y muy rozada en los bordes, acusaba bien los contornos de

las caderas, salientes y angulosas. En la cabeza llevaba un velo medio roto y prendido descuidadamente. La cara, señores.... no he visto en mi vida una cara más perfecta, pero tampoco más pálida y ojerosa.

»Al pasar por mi lado me miró como pidiendo auxilio, y quedé pasmado de la horrible queja que expresaban aquellas facciones. La moza garrida tenía hambre, un hambre imposible de ocultar.

»Juro á ustedes que por el momento no experimenté sensación alguna de que pudiera avergonzarme; pero sin saber por qué, seguí á la mujer. Lo notó ella y aceleró el paso. Yo hice lo mismo.»

Para sorber unas cucharadas del Moka, calló el doctor un momento.

Los discípulos, maquinalmente, bebieron también en sus copas sin decir palabra.

—A poco de andàr, empecé á darme cuenta de lo que me llevaba detrás de aquella criatura (siguió Medina). La impresión que su hambre me había causado, produjo en mí un deseo especial, el deseo de verla comer, de gozar unos instantes mirándola hartarse de cosas que ni soñadas para ella.

—«¡Qué feliz sería esa chica con un buen menú!»,—pensé. Y me solazaba de antemano

con la alegría que esto podría producirle: su animación al preparar las ostras, su locura al beber el Champagne. ¡Qué hermosa debía estar aquella cara con los colores que da una buena comida!....

»Luché un poco con esta idea, que me pareció muy bien por un lado y un poco ofensiva por otro. Al fin me decidí.»

Nueva pausa, que empleó el doctor en inspeccionar las caras de sus oyentes.

—Aceptó.... con algo de miedo, justo es decirlo. Escogí un restaurant discreto, y en él, uno de los gabinetes más reservados ¡Qué orgía, señores! La pobre muchacha no podía disimular su asombro. Aunque mi peculio no era sobrado y no podía permitirse grandes lujos, la lista que hice le pareció á mi compañera deliciosa.

»Lo dió á entender así, primero con actos, comiendo afanosamente y con fruición; luego, según fué animándose, con palabras. Pues bien; ¿ustedes creerán que logré mi propósito y que me divertió la comida? Nada de eso; á medida que la muchacha iba entusiasmándose, iba yo entristeciéndome. El espectáculo de aquella hambre que se saciaba, de aquellas mandíbulas que no cesaban de mascar, de aquella alegría tumultuosa que el estómago

enviaba al cerebro, me dieron una pena profunda. Gocé solo por reflejo, viéndola gozar.... Al fin, se emborrachó, aunque sin beber mucho. Se volvió enormemente locuaz, me contó mil historias y por último se sentó á mi lado y me abrazó. Tuve un momento de gran excitación en los sentidos; pero muy pronto se apoderó de mí tal emoción, que por poco rompo á llorar.

»No comprendía ella mi estado. Quizá por expansión necesaria, siguió acariciándome y buscó mis caricias, pero yo no podía ver en esto más que el pago de una cena. Intenté rechazarla y se resistió. Entonces—¡cosas raras de los nervios!—la mimé como á una niña, como á una hija, de modo tal, que el más escrupuloso no hubiera notado pizca de ofensa en mis halagos. La senté sobre mis rodillas, puse su cabeza sobre mis hombros y traté de dormirla, como hacía muchas veces con mi sobrinito.... ¡Y se durmió!

»Durante largo rato no me atreví á moverme. Al fin me levanté y la dejé acostada en el diván. Arreglé sus ropas para que miradas indiscretas no se gozaran groseramente en ella. Le dí un beso en la frente y salí, lanzando un suspiro como quien se libra de una preocupación honda....

»Al mozo que esperaba en el pasillo le encargué que no la despertara hasta pasado algún tiempo, y aseguré mi encargo con fuerte propina. Por muchos días me duró la preocución, y me arrepentí más de una vez de haber salido de aquel modo....

Risas ahogadas acogieron esta confesión del doctor. Los discípulos creyeron adivinar lo que quería decir aquel arrepentimiento.

Pero Medina sonrió dulcemente, y terminó así, mirándolos cara á cara:

—Me arrepentí, señores, porque aquello fué un abandono. La pobre niña comió aquella noche. ¡Quién sabe si volvería á comer y á costa de qué indignidades!.... Por eso mi más hermosa aventura galante es la que más tristeza me ha dejado en el alma.

1893.

UNA BODA

—¡Carta de doña Berta!—exclamó Concha con gran alegría; y cerrando el piano, se acercó al balcón, para leer á la luz melancólica, gris, de un mediodía nublado.

La carta decía como sigue:

«Mi querida Concha: Sigues siendo cariñosa para esta pobre enferma, á quien la suerte le ha quitado toda alegría de familia cuando más la necesitaba. Cada vez que recibo carta tuya, me dá pena pensar que una muchacha como tú, halagada y solicitada por todos los placeres y dichas del mundo, ha de sustraer algún rato á las cosas agradables para dedicarlo á consolar las tristezas de una vieja como yo, quejona y desalentada de la vida; y á la vez, me admira y me seduce tanto ese rasgo de piedad que para conmigo tienes, que no lo cambiaría por nada, y pido á Dios que

no te quite la voluntad de continuarlo hasta que yo me muera. Por fortuna para mí, será esto pronto.

»En cambio de ese consuelo que me proporcionas con más amor que si fueses mi hija, yo no puedo darte más que los avisos de una experiencia dolorosa y tal vez inútil, porque parece que la experiencia solo enseña al que la pasa: es decir, cuando ya no sirve para precaver. Pero, ¿quién sabe? Acaso algo de lo que te digo, sembrando en tu alma una prudente circunspección tocante á las determinaciones, sea dique contra desengaños y desilusiones. Lo probable (y lo que yo deseo) es que tu vida no se parezca en nada á la mía, aunque tú, con esa inocencia que dan los pocos años, te figures que á todos les ha pasado lo mismo que esperas te pase á tí.

»Tus veinte años—tan puros y risueños—no comprenden aún el dolor y la desgracia, y menos todavía se figuran la variedad inmensa de los destinos que el mundo guarda á las criaturas. Ya aprenderás que cada persona es una historia tan diferente de la tuya, que al principio no querrás creerla. Y mira tú, niña mía, como queriendo alegrarme, me diste con tu carta última un rato muy amargo. Hablas en ella de tu boda próxima, me cuentas todos

los preparativos, me confiesas todas tus alegrías é impaciencias, y me pides que para participar en algo de tu dicha y para consolar el presente con memorias de lo muy pasado, evoque las imágenes de mi matrimonio.

»No necesitaban ellas conjuro tan fuerte para importunarme. Con frecuencia las tengo presentes; y por tanto tiempo he estado sola para contemplarlas, que me perdonarás el egoismo de que te asocie á mí para verlas una vez más. El contraste con las que ahora te embargan servirá, á lo menos, para que saborees mejor la dicha que te aguarda, y en ella tengas algún recuerdo cariñoso para los que no han sido tan felices como vas tú á ser.»

Sintió Concha un secreto terror al llegar aquí, y detuvo la lectura. ¿Qué tristezas ignoradas iba á escuchar? ¿Sería posible que todas las mujeres no hubiesen sido ni fuesen tan dichosas como ella, al casarse?

Venciendo á la inquietud la curiosidad, siguió leyendo:

«No basta, hija mía, ser realmente desgraciada para sufrir: el sufrimiento no viene hasta que nos damos cuenta de la desgracia, así es que, á veces, solo tras muchos años de vivir con ella empieza á doler y nos quebranta el ánimo.

»La felicidad es como todo, una cosa relativa: cada cual la pone en un punto y la vé en un grado diferente. Los humildes, los modestos, los tristes se contentan con poco. Dios me perdone la vanidad de esto que acabo de decir. No sé si yo era humilde y modesta entonces: triste, sí; con una de esas tristezas que la juventud padece de vez en cuando, y que indican un vacío en la vida que la rodea. No sabía yo qué, pero algo me faltaba en mi casa: independencia, cariño, espansión, quizá todo junto. Creí hallarlo en el matrimonio, y fuí á él sin entusiasmo, sin las ilusiones que tú; pero sonriente, como quien toma una medicina que ha de devolverle la salud deseada.

»Empezados los preparativos de la boda, descubrí en mí una cosa de que no me había dado cuenta: un germen de alegría, incomprensible para los que me diagnosticaban el carácter de taciturno y falto de gracia. Sentía en mi interior un deseo grande de reir, de divertirme, de moverme, de viajar, de hacer risueña y agradable la existencia: algo así como la vida de matrimonio que Gustavo Droz ha pintado en un libro que leerás á su tiempo, cuando le escudriñes la biblioteca á tu marido, el cual, de fijo, lo tiene. Y, claro es; mis alegrías empezaban con el día de la boda, que para

mí había de ser una fiesta, así como la del *Corpus* ó la de mi santo.

»Nada de esto decía yo á nadie, y menos á mi prometido. Supuse que vendría ello solo; pero no. En mi casa no parecían darse cuenta de esa necesidad de mi alma. Los preparativos de la boda hacíanse con una tranquilidad fría, casi indiferente, sin descuidar ningún detalle; pero sin que apareciese nada de la alegría que me bullía á mí en el pecho.

»Mi novio tampoco se mostraba muy animado, así como me figuré yo que lo estaría.

»—¡Quién sabe!—llegué á decirme,—puede que todo lo que yo siento sea pura imaginación inconveniente; quizá el matrimonio pida gran seriedad.

»La esperanza de tener yo razón no me abandonaba, sin embargo.

»Llegó el día, y resultó que yo me había equivocado. Me estremece ahora el recuerdo de la escena. Parecía que en mi casa nadie se daba cuenta de lo que me sucedía. Para mí era aquel el acto más trascendental de la existencia, algo grande, solemne, pero feliz, que pedía el concurso de todos los entusiasmos. Y nada, no se alteró en lo más mínimo el orden de las costumbres, como si no me casara. Tenían todos un aire de formalidad tal,

que acabé por quedarme tan indiferente y seca como ellos.

»En la iglesia me emocioné un poco. Mi madre lloró ligeramente. Luego comimos en familia, y á media tarde dimos un paseo en coche, durante el cual creí que yo continuaba soltera. Cenamos temprano, y, como todas las noches, hubo tertulia en el gabinete de mamá.

»Yo esperaba que me dijesen algo, pero dieron las once y se acabó todo. Solo entonces conocí que estaba casada.

»Mis padres me bendijeron, mi marido me dió el brazo, y salimos de la casa para subir á la nuestra, que estaba en la misma calle, á pocos metros, en la propia acera. Todas mis esperanzas se habían desvanecido. La indiferencia general me había ganado, y entré en el matrimonio sin placer, sin sorpresa y sin emoción. Relegué mis sueños á la categoría de las locuras, y por algún tiempo creí que lo sucedido era lo único justo, razonable y posible.

»La conciencia de mi desgracia se fué formando lentamente. La misma sombra de tristeza y de frialdad del primer día se extendió sobre toda mi vida de matrimonio. Los momentos alegres no llegaban, pero la expe-

riencia, que me los hacía ver en otros, daba mayor fuerza cada vez á mis anhelos.

»Cuando comprendí toda la inmensidad de mi sacrificio, toda mi juventud gastada inutilmente, sin una sonrisa, sin una expansión, monotona, callada... ya era tarde. Pero no lo fué para alimentar en mí esta enfermedad que me mata y para cerrarme en absoluto á todo afecto de mi familia y de mi marido.

»Te confieso mi maldad: no les he perdonado nunca el mal que me hicieron. Dios ha querido llevárselos á todos y dejarme á mí, para que, en la impotencia de rehacer mi vida, saboree la amargura de haberla gastado en balde

»Y ahora, después de esta expansión, me pedirás moraleja: ya lo estoy viendo. Pues no la hay niña mía. Para tí es una fiesta el matrimonio, y para todos los tuyos tambien. Solo una cosa debo aconsejarte: cultiva en tu casa la alegría; y si llegas á tener una hija y la casas, en vez de joyas, de oro y piedras preciosas, dale esa, que vale como ninguna.

»Déjale hacer locuras, tener ilusiones, saltar y reir. Concédele á la imaginación sus legítimos derechos; y así, aunque no le apartes—por ser imposible—toda posibilidad de desgracia, le darás un lenitivo para ellas,

y un freno para los desvaríos. Esto último no lo entenderas hoy, y me pesa casi haberlo escrito; pero cuando llegues á mi edad, no solo sabrás lo que quiere decir, sinó que comprenderás tambien por qué merecen perdón tantas mujeres á quienes el mundo acusa y desprecia.»

Concha, en efecto, no comprendió nada de estos renglones; pero no pudo seguir adelante en la lectura de la carta.

Una congoja terrible le oprimía el pecho.

Cerró los ojos; y como una gran novedad, no sospechada hasta entonces, pensó en lo incierto del porvenir.

La primera tristeza que se le revelaba con toda la inmensidad de su sufrimiento, le hacía dudar de la vida. Y así recibió su bautismo de experiencia la víspera del día en que había puesto todas sus esperanzas.

1893

FIN

ÍNDICE

	Págs.
ADVERTENCIA.	7
Un bohemio.	9
El tío Agustín.	102
La mosca de oro.	149
Despedida.	157
Noche de bodas.	164
Arrepentimiento.	174
Una aventura galante.	178
Una boda.	184

OBRAS DE D. RAFAEL ALTAMIRA

Historia de la propiedad comunal. 1 vol. en 4.° de 316 páginas. 3'50 ptas.

La enseñanza de la Historia. 2.ª edición aumentada. 1 vol. en 8.° mayor, de 477 páginas. 5 pesetas.

Pensiones y asociaciones escolares. Un folleto en 4.° de 59 páginas. No se vende.

Mi primera campaña (crítica y cuentos). 1 vol. en 8.° de 221 páginas. 1'50 ptas.

Novelas.—Un volumen en 8.°, de 287 páginas. (En colaboración con Juan Ochoa y Tomás Carretero). 3 ptas.

Cuentos de Levante. Un volumen en 8.° de 128 páginas. Ptas. 2,50.

Historia y arte (Estudios críticos).—(En prensa).

Adiciones á la Historia de la propiedad comunal. (En preparación).

256516
Altamira y Crevea, Rafael
Title Novelitas y cuentos.
LS
A 4657n

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU